

MON LEÓN

ORTO



Ayuntamiento de Madrid

LIBERTINAJE Y PROSTITUCION

GRANDES PROSTITUTAS Y FAMOSOS LIBERTINOS

Por E. ARMAND
DOCUMENTOS PARA UNA INTERPRETACION
SEXUALISTA DE LA HISTORIA
Precio: 10 pesetas

Una de las primeras interpretaciones acerca de la influencia del hecho sexual sobre la vida política y social del hombre. Esta formidable obra, de unas 500 páginas, formato 15 por 21 centímetros, va profusamente ilustrada con numerosos grabados del INSTITUTO DE INVESTIGACION SEXUAL DE VIENA

HE AQUÍ EL INTERESANTÍSIMO Y COMPLETO SUMARIO:

PRIMERA PARTE: LA PREHISTORIA

Paraíso terrenal y edenismo. Los vasos etruscos. Ninfas, faunos, silvanos y sátiros. La leyenda de Hércules. ¿Son los sátiros los antropoides antepasados del hombre? La primera prostituta. El erotismo de los primitivos y sus consecuencias. La prostitución hospitalaria.

SEGUNDA PARTE: EL ORIENTE ANTIGUO

Parsifae. La prostitución sagrada. La leyenda del Minotauro. Las hijas de Lot: El levita de Efraim. Judá y Tamar: Onán. El rigorismo mosaico. El *Cantar de los cantares*: La Sulamita. Rahab, Dalila, Judit. Las costumbres del Asia anterior. Isis y Osiris: Ródope.

TERCERA PARTE: EL MUNDO GRIEGO

Demetrio y Lamia. Alcibíades. Safo. Megalostrata: Las cartas de Alcifrón. Aspasia. Leonción: Epicuro: Dancæ. Lais. Friné de Tespiés. Tais y Glicería. Generalidades sobre las costumbres de los tiempos primitivos y de la antigua Grecia

CUARTA PARTE: ROMA

Acca Larentia: Fundación de Roma. El rapto de las Sabinas. Flora: Las Floralias. Generalidades sobre la prostitución entre los romanos. El culto a Priapo. Mesalina. Cómo se practicaba en Roma el libertinaje. La calle, los baños, los festines. Los grandes poetas romanos: El «Satiricón». Julio César, el superhombre latino. Cleopatra y Marco Antonio: Una vida inimitable. Octavio Augusto: Las dos Julias. Tiberio: La isla de Caprea. Calígula y Claudio: El lupanar imperial. Nerón y Esforo: ¿Leyenda o historia? Galba: Apogeo de la pederastia. De Otón a Tito. Domiciano. Adriano y Antinoo. Cómodo. Heliogábalo: El mitracismo sobre el trono.

QUINTA PARTE: LA ERA CRISTIANA

Las grandes divisiones de la Historia. La Magdalena y los orígenes de Jesús. Marta y Magdalena. Jesús, divinidad solar. Arrepentidos y arrepentidas entre los primeros cristianos. Costumbres de los cristianos primitivos. Los ágapes de los primeros cristianos y los agapistas. La orgía bizantina: Teodora.

SEXTA PARTE: LA EDAD MEDIA

Las costumbres medievales: Carlomagno. España en la Edad Media. La Torre de Nesle. La Corte de los Milagros. Los ejércitos y la prostitución. Ocultismo erótico: El sábado. Incubos, súcubos, filtros de amor. El enigma de Gil de Rais. La Gran Ramera. La papija Juana. Las cortes de amor. Las sectas eróticas. El erotismo católico. El pecado original, la condenación católica de las manifestaciones de amor y la práctica de los grandes dignatarios de la Iglesia. Tanchelín. Los «kloeffers»: Historia del pequeño «Josquín». Los Hombrés del Saber. Los Templarios. Las sectas eróticas de

los musulmanes. Cómo se refrenaba la lujuria en la Edad Media.

SÉPTIMA PARTE: EL RENACIMIENTO

El Renacimiento: La hermosa Imperia. Los Borgia. La corte de los Valois. Enrique VIII, el Barba Azul coronado. La Casa de Austria. La prostitución en los países de lengua alemana. Los anabaptistas. Juan de Leyden, dictador en Munster. Los Eloístas o *Libertinos de Amberes*. Solimán el Magnífico: La poligamia coránica. Don Juan. La sífilis, el mal de los ardientes.

OCTAVA PARTE: LOS TIEMPOS MODERNOS

Los muchachos y los cinturones de castidad. Los ligueros, sus procesiones y el diablo en el convento. El Verde Galante. Luisa Labe, Marión Delorme, Ninón de Lenclos. Las posesiones: Gaufridy, Urbano Grandier, La Sodoma de Louviers, El sexo del diablo. Luisa de la Vallière, la Montespán y la Maintenón. El tráfico de venenos. Las misas negras en el tiempo del Gran Rey. Las amantes de Molière. La Gran Made-moiselle y Lauzun, el don Juan del Gran Siglo: La Regencia: Los Roués. Luis, el muy amado. El Parque de los Ciervos. El pecado filosófico. La secta de los Skoptsy o Scopits. El amor en el siglo XVIII.

NOVENA PARTE: LA ÉPOCA DE LOS ENCICLOPÉDISTAS.

DE SADE, RETIF DE LA BRETONNE Y SUS TIEMPOS
Catalina II, la Semíramis del Norte. De Sade y el sadismo. La obra y la filosofía de De Sade. El sadismo y sus raíces. ¿Qué es el sadismo? El sadismo sin De Sade. El caballero d'Eon. La logia *La amistad amorosa*. Los afrodisíacos y los cosméticos en el siglo XVIII. Las virginidades simuladas. Los antivenéreos. La literatura erótica en el siglo XVIII. Retif de la Bretonne. El acontecimiento del Collar. Los aventureros de la Corte de Versailles. Casanova, *homo eroticus*. La Revolución: Theroigne de Mericourt.

DÉCIMA PARTE: DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN. EL MUNDO CAMINA HACIA UNA ÉTICA SEXUAL NUEVA

Proyecto de reglamento para una casa de prostitución bajo el Directorio. Desde Nápoles hasta fines del segundo Imperio francés. De la señora de Krudener a Rasputín. El Extremo Oriente. Las revelaciones de la *Pall Mall Gazette*. Las casas de citas. La prostitución y la libertad sexual entre los civilizados y los primitivos. Policía de las buenas costumbres y abolicionismo. Las anomalías sexuales. El autoerotismo; el símbolo sexual. La ambisexualidad. El masoquismo. El freudismo. El spiesismo. La represión y el Instituto de las Ciencias sexuales de Berlín. Los mormones. El decreto de la Unión Anarquista de Saratof (?). El malestar sexual y sus consecuencias. Reacción contra los celos y las muertes pasionales. El amor y la cuestión sexual entre los Utopistas. Las realizaciones sexuales. Pornografía o educación sexual. Conclusión.

De entre todas las opiniones de los grandes escritores sobre la gran obra de Armand, destacamos las de los tres autores más caracterizados. HAN RYNER, el conocido escritor, ha dicho: «Libertinaje y prostitución es, hasta la fecha, lo mejor que se ha escrito sobre este tema.» CAMILLE SPIESS, el célebre ensayista especialista: «Este libro es, a todas luces, de lo más instructivo sobre la materia.» El doctor L. ESTEVE califica el libro *Libertinaje y prostitución* «un magnífico manual de erotología».

Ayuntamiento de Madrid

Oro

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: **MARÍN CIVERA**

Gráficos: **JOSE RENAU**

Año II Núm. 18

Valencia, mbre. 1933

El tercer Reich

DICIEMBRE de 1932. Los resultados de las últimas elecciones y la subida al Poder de un general, von Schleicher, asegurada por el apoyo oficial de los Sindicatos reformistas y de la Reichswer, es decir, de las dos únicas fuerzas subsistentes en medio del caos político y económico, parecían significar un alto en el avance nacionalsocialista. Así fué, por lo demás, como todos lo interpretaron, lo mismo fuera que dentro de Alemania, empezando por los mismos líderes «nazis».

En las circunscripciones rurales, éstos ganaron sin duda muchos votos, perdidos por los conservadores que sostenían oficialmente a los grandes propietarios de tipo feudal; pero en los centros industriales, el nacionalsocialismo sufrió evidentemente derrotas, en beneficio de los comunistas. En las elecciones parciales de Saxe y en las ciudades libres del Norte, los «nazis» perdieron del 35 al 50 % de votos. Por otra parte, las cajas del partido quedaron poco menos que vacías. Los hombres de confianza de Hitler, a quienes éste encargara de negociar un empréstito en Suecia, habían fracasado en su empresa. Al influjo de las internas contradicciones ideológicas y de la falta de dinero, el movimiento «nazi» veía apartarse de sí

lentamente a las masas y cerrársele los caminos del Poder.

Y precisamente en estos momentos en que todo el mundo preveía el hundimiento del nacionalsocialismo organizado, fué cuando su líder máximo, Adolfo Hitler, fué llamado a la cancillería.

¿En qué circunstancias y por qué?

El escándalo de la Osthilfe

Ya conocemos la crítica situación de la agricultura alemana, especialmente en las provincias del Este del Elba, en que domina la gran propiedad. Conocemos también las medidas tomadas para prestar ayuda a los propietarios del Este (*Osthilfe*), para permitirles continuar la explotación de sus tierras, proveer de trabajo a sus jornaleros y representar su normal papel en la economía nacional: Se reanimaba a las empresas con la ayuda de subvenciones oficiales; la *Osthilfe* engullía miles de millones de marcos, sostenía cotizaciones exorbitantes para los artículos de primera necesidad, el pan, etc.; pero se impedía la bancarrota total de la agricultura prusiana y se evitaba el levantamiento obrero.

Pero Schleicher, como uno de sus antecesores, Brüning, se daba clara cuenta de lo precario de esta situación, de la urgencia de emplear medios radicales para reorganizar la agricultura alemana; y, en consecuencia, trató de parcelar los dominios feudales improductivos o demasiado gravados de hipotecas y distribuir las parcelas entre los campesinos pobres y los jornaleros, y de recurrir a una colonización interina. Inició, además, una información acerca de los resultados de la *Osthilfe*, y entonces encontré en presencia de uno de los mayores escándalos internacionales de la postguerra. Mediante la información citada se averiguó que, en lugar de ser equitativamente repartidos los fondos de la *Osthilfe*, entre los propietarios grandes y pequeños, habían ido a parar a manos de 13.000 familias feudales del Este. Los principales beneficiarios, lejos de consagrar estas subvenciones a la rehabilitación y explotación de sus fondos, las habían empleado, bien en cercar sus dominios, bien en especulaciones bursátiles o bien en gastos suntuarios (veraneos, automóviles, juego, etc., etc.). La princesa Herminia, mujer del ex emperador Guillermo II, Elard von Oldenburg Januschauer y el coronel Oscar von Hindenburg, confidente e hijo, respectivamente, del presidente del Reich, se encontraban entre los más comprometidos.

Ante la negativa categórica de Hindenburg de abandonar a su suerte a los barones concesionarios, Schleicher llamó al profesor Brand, eminente estadístico y propagandista acérrimo del reparto de tierras. Y, mientras Brand le preparaba un plan de colonización, Schleicher publicó en la prensa socialdemócrata los elementos de su archivo, producto de la información, y desencadenó el escándalo.

Hindenburg y sus colegas se dieron inmediatamente cuenta de que este escándalo acabaría en un proceso monstruo que desacreditaría para siempre a la aristocracia terrateniente; y se aproximaron al líder nacionalista Hugenberg, representante de la gran industria, quien, por su parte, se encontraba en una posición muy crítica, pues sus periódicos, sus agencias de información y sus sociedades cinematográficas marchaban de día en día hacia la bancarrota.

Todos conspiraron por la caída de

Schleicher. De acuerdo con Hugenberg y Oldenburg-Januschauer, el presidente del Reich designó para canciller al antiguo pintor de puertas, Hitler, aquel mismo Hitler a quien Hindenburg había jurado no permitir jamás que ocupara, en la vida suya, el asiento de Bismark.

Al día siguiente mismo, los diputados «nazis» maltrataban y perseguían a puntapiés a los miembros socialcristianos, socialdemócratas y comunistas de la Comisión nombrada por el Reichstag para informar sobre el escándalo de la *Osthilfe*. Los ficheros de la documentación relativa fueron destruidos y los periódicos que habían prometido divulgar el «affaire», suspendidos. Hugenberg constituyó un nuevo Comité de Encuesta sobre la *Osthilfe*. El informe de este Comité, presentado el 8 de abril, declaró que todas las acusaciones formuladas por el anterior contra la citada organización eran injustificadas y que el llamado «escándalo» era una invención calumniosa de los marxistas.

El incendio del Reichstag

Podría pensarse que, entonces, los Sindicatos católicos, socialistas, bolchevistas y anarcosindicalistas, formando un frente único, decretaran la huelga general, como cuando el golpe de Estado de Kapp. Pero los dirigentes de estas organizaciones parece que prefirieron proseguir entre sí las luchas de tendencias. Y no hubo la menor resistencia nacional; no hubo ni siquiera la más mínima conmoción local espontánea. La aceptación del hecho consumado fué general y cada uno se ocupó de sacar de él el mejor partido. Mientras que los jefes católicos esperaban del nuevo canciller la conclusión de un concordato con el Vaticano, los líderes socialdemócratas multiplicaban sus afirmaciones de patriotismo con la esperanza de conservar sus Cooperativas, sus encajes sindicales, sus bancas del Trabajo, etc. Por otra parte, los bolchevistas esperaban que la extrema izquierda del movimiento «nazi», con la que habían colaborado durante la huelga de transportes de Berlín, desbordaría al Gobierno, realizaría la nacionalización de las tierras y de la gran industria y, con esto, favorecería la bolchevización de Alemania. La minoría anarco-

sindicalista, por último, impotente ante los acontecimientos, ni siquiera tomó las precauciones elementales de salvaguardia, engañada por esa calma que precede a las tempestades y que, en efecto, marca el período precedente a las elecciones del 5 de marzo de 1933.

Y de pronto, en la noche del 28 de febrero, el Reichstag arde.

El incendiario era un joven albañil holandés, Van der Lubbe, a quien se sorprendió errando en los corredores del palacio en llamas, vestido solamente con un pantalón y portador de una antigua carta de adhesión al partido comunista. Este individuo había pertenecido sucesivamente a la socialdemocracia, al partido comunista y a una organización anarcosindicalista holandesa. Y no hizo falta más para que las autoridades hitlerianas se encontrasen con derecho a proclamar que el incendio era obra de una maquinación de socialistas, bolcheviques y anarcosindicalistas. En consecuencia, fué detenido como cómplice de Van der Lubbe el líder bolchevista Toergler, así como tres socialistas búlgaros emigrados, Timitrov, Tanev y Popov; y Erich Müsham, poeta y militante anarcosindicalista de la F. A. V. D., el cual había sido Comisario del Pueblo en Baviera durante la *Commune* de 1919.

Pero esta versión oficial no logró infundir crédito en Europa. Unánimemente se acusa a Göering, presidente hitleriano del Reichstag, de haber ordenado el incendio para fomentar una lucha salvaje contra la oposición de izquierda y, en una atmósfera de terror, asegurar la victoria de su partido en las elecciones que habían de celebrarse unos días después. El comandante de los bomberos que dirigió las maniobras de extinción del incendio, afirmó que, habiendo estallado el fuego en una veintena de puntos diferentes, no podía ser sino la obra de un equipo disciplinado, perfectamente enterado de la topografía interna del edificio; por otra parte, un subterráneo unía el palacio con las habitaciones del presidente del Reichstag; luego, sistemáticamente, los bomberos, en sus operaciones, hubieron de tomar las entradas del subterráneo. Y, por último, los llamados cómplices de Van der Lubbe, Toergler, los búlgaros y Müsham, que no se cono-

cían entre sí más que por la firma, fueron encontrados todos en lugares distintos, lejos del Reichstag, la noche del incendio. No parece, pues, dudoso que el incendio del Reichstag haya sido la obra premeditada de Göering. Los hechos, por otra parte, han mostrado la precisión de su cálculo: en las elecciones, Alemania, condolidada y engañada, se ha arrojado en los brazos de Hitler, asegurándole una mayoría parlamentaria absoluta.

Como ha hecho notar el *Comité Internacional van der Lubbe*, es posible que este joven luchador proletario, expulsado del Partido Comunista holandés, por su oposición teórica y práctica a la política impuesta por los jefes de ese partido, sea «un camarada entregado en cuerpo y alma a la revolución». Lo que no impide que, por falta de psicología y de perspicacia política, haya sido la víctima inconsciente de las maquinaciones de Göering, y que resulte así responsable, ante el proletariado y ante la historia, de la más vergonzosa reacción política, moral y cultural que haya sufrido Europa desde hace quince años.

Realización de la «unidad» alemana

Hitler puso en juego inmediatamente todas las fuerzas de sus tropas de asalto; hizo asesinar a sus enemigos políticos; cerró en campos de concentración a docenas de miles de opositores; suspendió sucesivamente los periódicos anarcosindicalistas, bolchevistas, socialistas, católicos y hasta liberalconservadores. Clausuró Sindicatos y Bolsas de trabajo; confiscó los bienes muebles e inmuebles de las organizaciones obreras; situó fuera de la ley a todos los partidos que no fuesen el nacionalsocialista. Se hicieron, en las plazas públicas, autos de fe con los libros juzgados subversivos, al mismo tiempo que se expulsaba de la Academia prusiana y de las Universidades del Reich a los mayores cerebros de Alemania no conformistas, judíos o sospechosos de liberalismo; y no se perdonó a las minorías confesionales, hebreas o católicas.

La lucha contra los judíos no fué, por lo demás, la más violenta; los incidentes de Munich, en donde el 12 de junio

30.000 delegados católicos fueron vapuleados, presos o puestos en fuga por las tropas de asalto de Hitler, mientras que el cardenal arzobispo, primado de los católicos alemanes era imposibilitado para celebrar su misa y veía con sus propios ojos morir a uno de sus sacerdotes, el abate Zinger, lo han demostrado. Pero la lucha antisemita ha tenido más resonancia en el extranjero y ha dado la señal de alarma para una especie de cruzada burguesa internacional contra el hitlerismo.

Ha habido quienes se sorprendieron de que en esta ocasión los elementos de izquierda no respondieran; pero es que lo mismo que los «nazis», los marxistas veían en estas maniobras el comienzo de un movimiento de envergadura contra el capitalismo comercial, representado en primer término por los judíos. Y muchos de tales elementos de izquierda interpretaban a su manera el aserto de su maestro, Marx, a propósito de *la cuestión judía* (1844): «Nosotros reconocemos en el judaísmo un elemento antisocial y actual que, por el desarrollo histórico en que los judíos han colaborado activamente, ha llegado a su estado culminante del tiempo presente, a una altura en que no puede menos de desmoronarse. En su última significación, la emancipación judía consiste en emancipar del judaísmo a la humanidad.»

En realidad, la agitación antisemita no significaba tanto una acción contra el capitalismo comercial y usurario, cuanto una lucha por la unidad del Reich. Los judíos, en efecto, están considerados en Alemania como un fermento extranjero de disgregación. Había que eliminar este fermento. Bismark había realizado la unidad política del Reich, pero no la unidad administrativa ni la unidad moral. Hasta 1933, Berlín era la capital de Alemania, pero no era el centro espiritual. La línea del Hein separaba dos culturas, dos religiones, como la

del Elba dividía dos economías. Por la fuerza y, sobre todo, con la universal aquiescencia, Hitler ha edificado la Alemania unitaria.

El nombramiento, hecho por Hitler, de comisarios del Reich, de *statthalters*, a la cabeza de los Estados autónomos, en sustitución de los antiguos presidentes del Consejo local (Dieta); la reorganización de la Iglesia Evangélica protestante, dominada por los cristianos alemanes («nazis»), bajo el control del limosnero militar Hüller, deudor de conciencia de Hitler; la conclusión con Roma de un concordato en términos tales que el papa admita la disolución del centro católico y la prohibición a los católicos de toda colectividad política o social particular; la eliminación de los judíos de toda función pública y de todo puesto elevado en la Economía; la disolución de los Sindicatos obreros, y el «enganche» al Reich de las masas trabajadoras, agrupadas en un Frente de Trabajo, han patentizado esa creación de un *Estado totalitario*, únicamente sometido a la influencia nacionalsocialista.

Quedaba la Reichswehr, el Ejército, hasta entonces, al margen de los conflictos políticos; pero impregnado del espíritu de von Schleicher y que mostraba cierta repugnancia, al menos aparente, a sostener a Hitler sin reservas, a participar en la unificación del Reich. Von Schleicher, detenido una y otra vez en su propia casa; vigilado noche y día por las milicias «nazis», era aún, no obstante, una amenaza. Pero Hitler descartó esta amenaza también, firmando un decreto de modificación total de la organización y reclutamiento de este cuerpo...

P. GANIVET

(El próximo artículo de Pierre Ganivet sobre «El Tercer Reich» se titulará *Bolchevización hitleriana*.)



El Corporativismo en el Estado fascista italiano

Si hemos de referirnos a la última realidad del Estado fascista, es decir, no a tal o a tal otra construcción arbitraria de una entidad abstracta llamada fascismo, sino a la estructura efectiva del organismo político fundado en Italia por los fascistas, comprobaremos que los dos elementos fundamentales de esta construcción, son: 1.º Un partido armado, dueño del Estado, que controla por medio de un órgano propio —del Partido— llamado Gran Consejo. 2.º La militarización forzosa del país, al cual se obliga a ingresar en formaciones militares especiales, cuyos cuadros están constituidos por las «altas jerarquías» del Partido. La supresión de la libertad política e individual del ciudadano y el despotismo del jefe del fascismo, llamado «duce» (1) son las consecuencias, no las premisas del sistema.

Solamente por una ilícita extensión de la palabra, se llama fascista a todo sistema de Gobierno autoritario o anti-liberal.

En abstracto, un sistema fascista no es, necesariamente, un sistema político anti-liberal. Lo mismo que un sistema despótico puede muy bien no ser —y en el orden histórico no lo ha sido— un régimen de partido declarado o de militarismo general, un orden político fascista podría hasta ser liberal, en el sentido de permitir la crítica y la discusión del sistema, dentro de los límites marcados por el interés del partido. Mussolini ha protestado siempre contra la acusación de que su sistema no tolera discusiones. Pero no es esto cierto. Los fascistas se increpan, se agitan y se querellan entre sí con cierto ímpetu, aunque los límites de la discusión estén establecidos por el interés del partido armado, erigido en dueño del Poder, que explota en inte-

rés de la «nación», es decir, de los miembros del partido (1).

Fuera del Partido armado y de la militarización obligatoria del país, bajo los cuadros constituidos por las autoridades de ese Partido, no hay fascismo. ¿Cómo es, pues, que Mussolini tiene declarado que la esencia del Estado fascista es el «corporativismo», entendiendo por «corporativismo» un sistema de organización obligatoria de los ciudadanos sobre la base de su actividad económica? «El Sindicalismo es hoy día el capítulo más esencial y más original del fascismo», proclama M. Panunzio, uno de los «teóricos» y de los «filósofos» más conocidos del fascismo. Y el mismo Mussolini añade: «El Estado fascista es el Estado sindical y corporativo por excelencia» (Mussolini, *Diuturna*, Milán, 1924). Y todos los fascistas coinciden espontáneamente en estas apreciaciones. Panunzio recuerda que «las cuestiones sindicales y el movimiento sindical son los principales argumentos de todas las reuniones fascistas desde marzo de 1919 hasta octubre de 1922.

»Cuando el fascismo era partido, su sindicalismo era movimiento de partido; cuando la revolución llegó a su fase culminante, hacia la mitad de 1924, y el fascismo hubo llegado a la conquista total e integral del Estado, el Sindicalismo (fascista) convirtiéndose en Estado, se convirtió también en movimiento legal, universal, de Estado» (Panunzio, *La Civiltà Fascista*, 1928, pág. 352).

Para comprender esta alusión al año

(1) El jefe del Partido («duce») debe ser considerado como el verdadero jefe del Estado. El rey de Italia no es más que una figura decorativa. El fascismo le ha respetado, en principio, porque fué cómplice en el golpe de Estado contra la democracia y, en segundo lugar, porque el rey tenía cierto predicamento en el ejército, al cual era conveniente atraer.

(1) Esta sistemática se acerca mucho a la del bolchevismo ruso. Pero si bien es cierto que en Rusia hay, como en Italia, un partido armado, este partido no obra exclusivamente en interés inmediato de sus miembros, sino que se ocupa de interpretar y realizar las exigencias de toda una clase: el proletariado. Este trabajo de «interpretación» es lo que en Rusia se llama «dictadura del proletariado». En general, los bolchevistas rusos son bastante sinceros en su «interpretación» de las necesidades y de los sentimientos de las clases trabajadoras y, con frecuencia, obtienen resultados satisfactorios. Aquí está el secreto de su fuerza real.

1924, es necesario recordar que éste fué el año del asesinato de Matteotti, tras el cual el fascismo arrojó su máscara y, aplastando por la fuerza a las oposiciones desarmadas, proclamó su derecho a gobernar él sólo y a descartar de la administración del país consiguientemente, a todos los demás partidos. En noviembre de 1926, el fascismo declaró a éstos ilegales e identificó el fascismo con el Estado.

Luego si el fascismo no es otra cosa que un partido armado, en un país organizado militarmente bajo las órdenes de los jefes del Partido, ¿cómo es que el fascismo exalta su corporativismo, se ufana de su sindicalismo y cifra la originalidad de su sistema en la organización de las fuerzas económicas de las agrupaciones sociales?

He aquí un problema que puede resolverse de diferentes maneras, bien en atención a la necesidad que sienten los fascistas de ocultar la triste realidad que es un Estado organizado sobre la base del principio de un ejército invasor en el territorio extranjero invadido, bien en atención a esa manía de coherencia formularia que padecen ciertas gentes que, procediendo de viejos partidos socialistas y, particularmente, de las fracciones extremistas de esos partidos, gustan de imaginarse que siguen en su posición anterior, que no han cambiado de ideas; bien en atención a su ignorancia —del fascismo, de los fascistas— que es grande; bien, en fin, a la necesidad de dar lo blanco como negro y presentar las villanías revestidas de un color rosado. De todos modos, lo cierto es que el sistema corporativo fascista no responde a ninguna de las ideas que podemos formarnos acerca de un Estado corporativo y que, esencialmente, son dos. Según la primera de ellas, el Estado corporativo es un Estado en que las funciones estatales (protección, justicia, cultura, economía) quedan transferidas a los Sindicatos y el Estado se reduce a la Federación de ellos. Esta es la vieja concepción de Wilhelm von Humboldt, reproducida más tarde por Proudhon, y que bulle en el fondo del pensamiento de Sorel. Esta sería la concepción de Mussolini, si diéramos crédito a Panunzio, que escribe: «Mussolini ha declarado muchas veces que Sorel ha sido su maes-

tro» (*Civiltà Fascista*, pág. 356). Luego el «corporativismo» musoliniano debería corresponder al «sindicalismo» de Sorel. Pero he aquí que por su «estatismo» anacrónico y monomaniaco, el primero se nos aparece como la negación más rotunda del segundo.

La segunda idea que podemos hacernos acerca de un Estado corporativo (tradeunionista) es que el Estado conserve su soberanía y su autoridad, pero que ejerza sus poderes por medio de los Sindicatos, a quienes cede la función de aquéllas. El Estado, según esta concepción, no desaparece: se convierte en un poder de control sobre los Sindicatos, pero la vida de éstos queda dependiente de la de aquél. Los Sindicatos hacen funcionar el Estado y su poder se deposita en sus miembros, cuya libertad es absoluta.

Siempre, en las dos corporaciones posibles del Estado corporativo, lo fundamental es el Sindicato: lo secundario, lo derivado, es el Estado. Nada de esto hay en el Estado musoliniano, como ahora veremos.

Esta incorporación del «corporativismo» en la teoría y, sobre todo, en la realidad del fascismo, tiene un doble origen: la derivación ideológica de los jefes del fascismo, por una parte; por otra, las necesidades internas de la organización política, creada por la contrarrevolución fascista. Ambos orígenes conducen a las mismas consecuencias.

Los jefes del movimiento fascista italiano (Mussolini, Michele Bianchi, Rossoni, Forges-Davanzati, etc.), proceden casi todos de la vieja oposición sindicalista y blanquista que se formó contra el reformismo del partido socialista italiano, representado por Turati y sus amigos. Según Roberto Michels, los orígenes del movimiento sindicalista italiano datan del año 1904, en que Michels fundó el periódico *L'Avanguardia Socialista*, en Milán, periódico en el cual Mussolini —a quien Michels había «descubierto» en provincias— debutó como escritor (Robert Michels, *Historia crítica del movimiento socialista italiano*, Firenze, 1926, cap. VIII). «De manera que yo podría reivindicar una parte de la carrera política y personal de

Mussolini» —dice Roberto Michels— (1).

Y, desde luego, el capital ideológico con que Mussolini ha vivido, fué durante mucho tiempo, es decir, hasta el momento en que se puso al servicio de la alta banca y de los grandes terratenientes, el adquirido por sus trabajos en *L'Avanguardia Socialista*.

Los caracteres de la oposición que *L'Avanguardia Socialista* y, más tarde, los sindicalistas revolucionarios iniciaron y llevaron contra el reformismo del Partido Socialista italiano y, sobre todo, contra Turati, han sido poco o nada conocidos en el extranjero y aun en Italia siguen mal apreciados todavía. Por eso, no conociendo aquellos caracteres, todo resulta enigmático en la evolución política de Mussolini, evolución que se nos presenta al nivel de un caso de corrupción personal. Pero la personalidad de Mussolini no es vulgar. Mussolini no es un Porfirio Díaz ni un Pilsudski: Nosotros ciertamente no tenemos un gran interés en ser «justos» con quien tan poco lo ha sido con tantas gentes; pero sí tenemos un gran interés en conocer a Mussolini bien. Y mucho, acerca de la naturaleza de la evolución de Mussolini, puede inferirse del conocimiento del género del movimiento político en que Mussolini participó en su juventud. Este movimiento no tuvo nada que ver con la resistencia al revisionismo de Bernstein o la degeneración política inaugurada por el caso Millebrand, aunque la política que hiciera *L'Avanguardia Socialista* y los sindicalistas revolucionarios hiciesen suyos algunos elementos de la polémica contra Bernstein y contra Millerand. Pero nosotros no somos ni kautskistas ni guesdistas. En el fondo, estamos tan lejos de Kautski y de Guesde como de Bernstein o de Jaurés. Nuestro punto de vista es estrictamente italiano; si se quiere un poco nacionalista.

El punto de partida de este movimiento era la comprobación del contraste entre los resultados de la acción del reformismo turatiano y la situación de los trabajadores

en las partes más atrasadas del país (Italia insular, Mediodía continental, Marca y Ombria). Supuesto que ese reformismo social y administrativo no podía beneficiar más que a los obreros de la gran industria septentrional (Lombardía, Piamonte y Liguria), a lo que tendía era a aumentar la distancia entre estas clases y las de los trabajadores de las partes más pobres y menos adelantadas del país. Pero, por el miedo que sembraba entre los ricos, obligaba a la clase política dominante a una resistencia que impedía la transformación general del país. El reformismo no era rechazado por *L'Avanguardia Socialista*, pero el criterio de ésta era que la cuestión esencial consistía más bien en la sustitución o en la eliminación de esta clase política dominante, con la que, el reformismo social de los turatistas (leyes protectoras del trabajo, seguros sociales, etc.), lo mismo que la transformación orgánica del país, especialmente de sus partes menos civilizadas, resultaban imposibles.

L'Avanguardia Socialista preconizaba la revolución italiana, con el programa de la República democrática, tomando como instrumento a las clases trabajadoras de la Italia septentrional. Una dictadura revolucionaria de obreros habría hecho posible la transformación radical del país. La reforma social de Turati y sus amigos no se rechazaba, pero quedaría preterida al día siguiente de la realización de la República democrática italiana, que no se limitaría al reformismo administrativo y social, sino que tendría que hacer la revolución radical de las instituciones y de las costumbres.

El reformismo turatiano, que permitía la subsistencia de las instituciones políticas atrasadas y de una organización medieval del país, no resolvía nada; y, dejando en el Poder a las viejas clases dominantes, hacía depender la realización del reformismo de su buen criterio. Y el día en que ellas hubiesen querido interrumpir la experiencia reformista, todo habría quedado comprometido; día que era fácil de prever, porque el fascismo demuestra, en todos los países, que, tarde o temprano, llega una hora en que las clases dominantes se plantean abiertamente el problema de aplastar por la fuerza al socialismo y al movimiento obrero.

Naturalmente, no se podía contar con

(1) Roberto Michels fué un antiguo socialista, pasado luego al fascismo, del cual ha hecho la propaganda en el extranjero. De nacionalidad alemana, se nacionalizó italiano durante la guerra y, naturalmente, no tomó parte en ella ni desde el ejército alemán ni desde el italiano. Estaba indicado que de socialista se pasase al fascismo.

la burguesía para la organización de este plan; había que apelar a los obreros y, sobre todo, a los obreros de la gran industria lombarda y piemontesa; luego habría que hacer jugar a estas expresiones: «lucha de clases», «socialización de los medios de producción», «dictadura del proletariado», etc., a que ellos estaban acostumbrados.

Pero la esencia del movimiento promovido por *L'Avanguardia Socialista* era republicana e italiana. No somos ni precursores de Lenin ni enemigos de Bernstein, aunque la forma que tomara nuestra polémica nos hiciera aparecer como adictos a una doctrina intransigente del socialismo. Nosotros consideramos al socialismo más bien como un instrumento de la transformación del país que como un fin valioso por sí mismo (1).

Este movimiento fué absorbido por la reacción general que sobrevino a consecuencia de la huelga general política de agosto de 1904, promovida por el grupo de *L'Avanguardia Socialista*, y que ha sido la única huelga general italiana que haya triunfado plenamente. Y renació en el movimiento sindicalista político que se desarrolló algunos años más tarde y en el que participaron también los hombres que habían iniciado el movimiento de *L'Avanguardia Socialista*. Su sustancia seguía siendo la oposición a un socialismo (el de Turati) concebido según el modelo de un conjunto de reformas obreras y administrativas. Véase en el sindicalismo político, tal como la moda soreliana lo introdujo en Italia, un instrumento para realizar una revolución total en la organización tradicional italiana. Hay que seguir insistiendo en que, aunque la forma de estos movimientos fuese «socialis-

ta» y «de clase», la sustancia era estrictamente italiana y nacional. Constituía su fondo el problema de la radical transformación del país, de manera que todo cuanto pudiese conducir a este resultado era aceptado por los grupos socialistas que se llamaban indistintamente «revolucionarios» o «sindicalistas».

Salvo excepciones personales sin importancia, los elementos sindicalistas y revolucionarios aceptaron la ocupación de Libia, en 1911, y la participación de Italia en la Gran Guerra. El punto de vista era nacional. Se tenía la idea de que toda guerra, o es una revolución o conduce a una revolución, es decir, a la desaparición de la antigua clase política. Se quería acabar con la antigua clase política que dominaba al país desde 1860, aquella clase de abogados mentores sin ideales, al servicio de los agrarios, de la alta banca y del caciquismo local, prontos a servir también a un socialismo, con tal que su denominación no comprometiese demasiado.

Resulta casi imposible explicar aquí por qué en el sentimiento de muchos de los elementos progresistas, la participación de Italia en la Gran Guerra tenía un carácter revolucionario, cuyo resultado habría podido ser una revolución total en la situación del país. Y la gran crisis revolucionaria que se desencadenó en Italia después de la guerra, es una prueba de la exactitud de aquella hipótesis. Pocos países, entre 1919 y 1921, aparecieron más agitados que Italia. Pero entonces tuvo lugar una de esas paradojas históricas que desmienten la previsión de la imaginación más profunda.

El odio del socialismo oficial —que había sido hostil a la guerra y que parecía beneficiarse de una situación revolucionaria derivada de una política a que aquél se había opuesto— colocó a los elementos sindicalistas y revolucionarios del socialismo en una situación antagónica; de manera que cuando el movimiento de las bandas organizadas, por los grandes propietarios en el campo y por los banqueros en las ciudades, contra el movimiento revolucionario se manifestó, estos elementos, revolucionarios y sindicalistas, se hallaron prontos a responder a la invitación de Mussolini de tomar la dirección de dichos bandos. Como ellos habían tomado parte en la guerra con una finalidad revo-

(1) Por lo demás, yo he sostenido siempre que en el socialismo lo que importa no es la cuestión morfológica (la «socialización»), sino la cuestión de clase, es decir, del elemento que toma la dirección de la sociedad. Yo demuestro en mi libro *Más allá del Capitalismo y del Socialismo* (París, 1932), que socialismo y empresa privada (llamada capitalista) dan los mismos resultados económicos, pero que el problema de una nueva élite dirigente, capaz de abordar los problemas económicos de una manera más completa que en la economía privada, no puede resolverse más que por la socialización. En el socialismo, pues, la socialización es un instrumento, no un fin.

lucionaria y el Partido Socialista se había opuesto a esta participación, se hacían ellos la ilusión de que, al organizar la resistencia fascista, continuaban su política revolucionaria; solamente Mussolini y algunos pocos miembros de su partido sabían la verdad de sus propósitos.

Mussolini —comprado por Francia en 1914, y, después, por los industriales que tenían leyes que les expropiaran los beneficios obtenidos de la guerra— estaba ya del otro lado de las barricadas. Si no hubiera triunfado, habría sido acusado por sus mismos amigos de traición a sus propios principios. Pero triunfó; llegó al Poder. Y pudo satisfacer los apetitos de su bando y, así, todos estuvieron conformes en que el «duce» había realizado los altos ideales que los antiguos socialistas revolucionarios antirreformistas y los sindicalistas sorelianos habían postulado siempre (1).

El nacismo nació en la confluencia de tres movimientos separados: las bandas armadas organizadas, sobre todo en el

(1) El mismo Sorel y su amigo Hubert-Lagardelle, parecen estar equivocados sobre la realidad social e histórica del fascismo. En ciertos momentos han expresado opiniones acerca del fascismo demasiado favorables. Pero Sorel —que como todos los pesimistas era un pensador de una gran ingenuidad— cometía frecuentemente errores semejantes. ¿No se cuidó, en efecto, de formular una loa de Lenin, sobre la base de una simple información de prensa? ¿Qué podía haber de común entre el sombrío estatismo del comunista ruso y el sindicalismo abierto y franco del libertario francés? Porque en su loa, en la información en que ésta se inspiró, se decía que Lenin se proponía realizar nadie sabe cuántas bellas ideas sorelianas. Y lo cierto es que todo cuanto hay de feo, de mezquino y de fanático en el ruso, es noble y sonriente en el pensador francés.

campo, por los terratenientes, con el fin de matar el socialismo agrario; los grupos socialistas, llamados revolucionarios o sindicalistas, que, habiendo estado siempre frente al partido socialista oficial, en nombre de las ideas revolucionarias, estaban convencidos de que, siguiendo opuestos a él, seguían firmes en esas ideas, y el nacionalismo político de origen literario e intelectual, sostenido ahora, con los medios de la gran industria, que se agrupaba en torno del diario romano *L'Idea Nazionale*. El rasgo genial de Mussolini consistió en la unificación de estos tres movimientos, a los que dió una forma común. Las bandas armadas aportaron la fuerza armada material; los nacionalistas, el dinero de la gran industria (además del que la banca daba particularmente a Mussolini, y los sindicalistas..., los sindicalistas aportaron las consignas populares.

Cuando los fascistas se incautaron, con la complicidad del rey, del Poder, los únicos textos que tenían para ellos valor eran los sindicalistas y revolucionarios. La idea de que habían hecho una «revolución», es decir, realizado fines favorables a la masa, estaba sinceramente arraigada en el espíritu de muchos fascistas; bajo la sugestión de esta idea fué como organizaron sus corporaciones. Pero el mecanismo de este sistema muestra muy claramente cuál es el valor de conjunto del Estado fascista.

Las ilusiones de los antiguos sindicalistas (que, por lo demás, las encontraban menos importantes que las satisfacciones materiales, traídas por la «revolución») habían de ceder fácilmente el paso a las exigencias del Estado despótico y policial creado por el fascismo.

A. LABRIOLA

ROGAMOS A LOS CORRESPONSALES, SUSCRIPTORES Y PAQUETEROS QUE TODOS LOS ENVIOS EFECTUADOS DESDE ESTA ADMINISTRACION, CALLE DE VILARAGUD, 3, VALENCIA, ES A ELLA A QUIEN HAY QUE DIRIGIR TODOS LOS GIROS Y DEVOLUCIONES.

HACEMOS ESTA ACLARACION PARA QUE NO SE CONFUNDAN CON LOS ENVIOS DE «ORTO» Y «CUADERNOS DE CULTURA» DE LA BIBLIOTECA DE DOCUMENTACION SOCIAL, MORATIN, 49, MADRID.

LA ADMINISTRACION

Los grandes establecimientos capitalistas y las organizaciones obreras

LOS capitales inmensos y las experiencias técnicas especiales que se precisan en nuestro tiempo para montar un gran establecimiento en las ramas principales de la Industria, del Comercio o de las Finanzas, ponen a las empresas existentes al abrigo de una competencia efectiva por parte de los trabajadores asociados y de las Cooperativas de Consumo.

Igualmente imposible resulta para los obreros asociados fundar en París, en Londres, en Madrid o en Barcelona un nuevo bazar del tipo del «Louvre», o el «Bon Marché», «Jorbá», o «Madrid-París»; tan imposible como el construir una nueva línea ferroviaria internacional en competencia con las ya existentes.

Y ello no sólo porque el espíritu de especulación y la experiencia de los negocios de las empresas montadas aventajan a los trabajadores asociados, sino por la simple razón de que *el sitio está ya cogido* —dicho en términos vulgares— por aquéllas.

Debido al apoyo recíproco que los capitalistas se prestan, su situación de privilegio ha tomado ya el carácter de un verdadero monopolio. Por otra parte, en atención a los riesgos que corren las empresas de la gran industria en una época en que las máquinas envejecen con una rapidez antes desconocida y en que la técnica es con frecuencia renovada totalmente en el transcurso de unos pocos años, la mayor parte de las ramas dominantes de la producción y la distribución no se prestan mucho, ciertamente, a que el Estado las explote directamente.

Sin embargo, sabemos que al paso y en la medida en que las grandes empresas capitalistas se desarrollan, y en razón precisamente a su pujanza irresistible, la general hostilidad se levanta contra ellas; hostilidad que va siempre en aumento, sea cual fuere la superioridad técnica de las

fusiones, de los cartels y trusts capitalistas, cuyo porvenir sufrirá por doquier turbaciones mayores que las que puedan experimentar la mayor parte de los pequeños establecimientos, que viven modestamente en cualquier rama aplicada del arte o en cualquier oficio artesano del campo.

Esta hostilidad ha despertado, al nacer, en muchos países una vigilancia más o menos estrecha por parte del Estado, vigilancia de la que, sin embargo, ya sabemos cuán escasa es la eficacia.

El desarrollo del régimen capitalista y, especialmente, del de las ententes, cartels y trusts, conduce a pasos agigantados al predominio de un colectivismo capitalista, de una especie de reinado industrial que, contrastando fundamentalmente con la creciente democratización de toda la vida social de nuestros días, lleva en sí mismo el germen de las revoluciones sociales del futuro.

En efecto, la explotación de las riquezas naturales de un país, en beneficio particular de un número de individuos, muy reducido, parece un anacronismo histórico, en una época en que la explotación en beneficio común comienza a ser realizable, siquiera sea con pequeños beneficios en sus comienzos.

A partir del momento en que un monopolio industrial domina el precio del mercado; a partir del momento en que, por consecuencia, los grupos de consumidores no tienen la esperanza —como antes— de ver que el perfeccionamiento de la técnica se traduce, bajo la influencia de la competencia, por un mejoramiento de la calidad de los productos, a partir de este momento, deja de existir toda razón de que la inmensa mayoría de la población tolere, por mucho tiempo, en la industria de que se trate, el reinado del capitalismo.

Ahora bien: ¿en qué sentido podrá realizarse esta transformación, que ha de va-

riar según los diversos países y su civilización especial, y cuáles serán sus signos precursores?...

Esta transformación en su principio se traduce en todas partes por la resistencia, organizada o no, de los consumidores.

Cuando los empresarios capitalistas están unidos en coaliciones rígidas, en cartels o trusts de alta envergadura, esa resistencia resulta frecuentemente vana.

Recientemente, la historia de los más formidables trusts americanos nos ofrece casos en que una coalición tan sólida como la Standard Oil Trust, cambia inmediatamente de táctica, bajando sus precios a tal extremo que la población se lanza al asalto de sus establecimientos.

El temor de la repercusión de los levantamientos populares ejerce en tales casos mucha mayor presión que todas las intervenciones de la autoridad.

Pero también se han registrado grandes movimientos populares contra las coaliciones capitalistas bajo la forma de boycott a sus mercancías.

El fracaso a que todavía están condenados tales boycotts obedece, sobre todo, a la dificultad de sustituir las mercancías boicoteadas por otras que den mayor satisfacción o, al menos, la misma a las necesidades del consumidor.

Si una industria se encuentra monopolizada en toda una región por una coalición capitalista, la población no puede prescindir de sus servicios. No pudiendo satisfacer sus necesidades vitales sin entregarse constantemente a discreción de los monopolizadores, la población llega necesariamente a convertirse en su propiedad.

De la dominación ejercida por fusiones, cartels y trusts, sólo podrán librarse aquellos enemigos que ejerzan simultáneamente una influencia indirecta, gravitando sobre el Estado, y una influencia directa por la potencia económica de la organización.

En los conflictos eventuales entre el *gran capital* y el *trabajo*, los trabajadores tienen, sin duda, en su favor la potencia del número y el carácter indispensable de su valor de productores; pero les falta todavía la suficiente experiencia y los conocimientos técnicos necesarios para dirigir ellos mismos las industrias. Esto es lo que les hace depender de los poseedores del capital y de los actuales directores de las empresas. Habían de encontrar oca-

sión las masas obreras de explotar por su cuenta y riesgo un gran establecimiento de la industria, del comercio o del transporte, y sus líderes no serían apenas capaces.

Por esto es por lo que nosotros hemos previsto, en un folleto recientemente publicado (*El comunismo libertario y el régimen de transición*, Valencia, 1933), que los obreros organizados se verán obligados, en una revolución social profunda, a militarizar a todos los jefes de empresas, considerados competentes por su personal, obligándoles por la fuerza a permanecer en su puesto.

En todo caso, en las industrias dominantes, las victorias de la lucha de clases deberán ser llevadas por los trabajadores *hasta el interior de los establecimientos capitalistas*. Y allí donde la batalla pueda ser ganada por los obreros —sea bajo una forma revolucionaria violenta, sea bajo la forma de una penetración pacífica—, las organizaciones obreras deberán forzar la mano de los empresarios particulares en sus propios establecimientos.

La lucha de clases, al evolucionar conjuntamente con la técnica industrial, recorre fases diferentes: primeras escaramuzas y revueltas por el mantenimiento o mejora de las condiciones del trabajo o por la abolición de los abusos; luchas organizadas localmente, o nacionalmente, por los obreros, a fin de poner las condiciones del trabajo en relación directa con el precio de venta de los productos, sea tanteando, sea de forma clara y categórica bajo la forma de escalas móviles de salarios (*sliding scales*) y otros contratos; y, por fin, intervención directa de las organizaciones obreras en la dirección de las empresas capitalistas.

La lucha de clases, en definitiva, lleva ya desde su comienzo un carácter de lucha por la dirección de los establecimientos capitalistas y por la determinación de quién ha de fijar las condiciones de explotación: si los que poseen en propiedad esos establecimientos o los que en ellos trabajan.

Con respecto al porvenir de las industrias, la última de estas fases de la lucha de clases es la que merece particularmente nuestra atención.

En muchos países modernos, el primero Inglaterra (bajo el nombre de *National Guilds*), ha aparecido en los últimos años

una forma de Sindicatos socialistas que propagan la penetración de los obreros en la gestión de las fábricas, talleres y almacenes en que trabajan. Y en tanto que, en Inglaterra, la socialdemocracia marxista apenas respondía a los sentimientos de la población, estas nuevas doctrinas preconizadoras de la *acción directa* de los obreros, se mostraban accesibles a los trabajadores organizados de los Sindicatos.

En las teorías de la lucha de clases tal como la comprenden los sindicalistas modernos, no son las constantes mejoras en las condiciones del trabajo con miras a la «suavización» del salariado, la cuestión primordial; ésta es, por el contrario, el asalto contra los beneficios de empresa, la conquista de las fábricas y de los talleres, aunque sea a expensas de una disminución momentánea de los beneficios (1).

La conquista de la alta dirección de las industrias por los trabajadores organizados —trabajadores manuales e intelectuales que aportan sus delegados a los Consejos directivos de las empresas— ofrece un sentido mucho más preciso, en las teorías sindicalistas, que en las viejas teorías anarquistas, que se han quedado en vaguedades, y en las de los socialistas parlamentarios, que tienden, conscientemente o no, al capitalismo de Estado, aun bajo la forma que los bolchevistas rusos han dado a esta conquista bajo la bandera de la «Dictadura del proletariado».

Las tácticas que tienden a la «eliminación del empleado», no dejan duda alguna, ni falta claridad, en los sindicalistas revolucionarios modernos.

Y no debe confundirse esta eliminación con la nacionalización de minas, fábricas, etcétera, en su sentido de transformación

en servicios públicos dirigidos por el Estado (1).

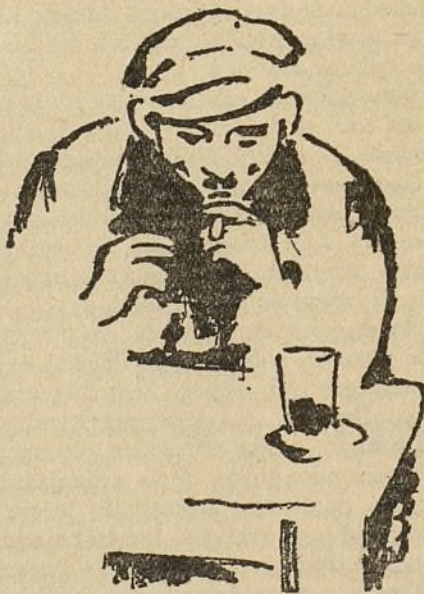
El fin del sindicalismo revolucionario es, al contrario, lo que se podría llamar «la democracia industrial». Aunque la conquista de las industrias por los trabajadores no se lleve a cabo inmediatamente y, de la noche a la mañana, por una revolución social, cada victoria obrera nos acercará al gran fin del porvenir.

En resumen: el reinado del capitalismo parece destinado, en los países de vieja civilización, a quebrarse y a transformarse, paulatinamente, en una democracia industrial.

Christian CORNELISSEN

París.

(1) «La nacionalización de las minas (tomando esta palabra en su sentido de estatalización) no conduce en la misma dirección, sino que constituye solamente un trust nacional, que tiene tras de sí todo el poderío del Gobierno, cuya única preocupación será que la industria vaya dirigida de modo que se pueda pagar el interés de las obligaciones y se realicen los mayores beneficios posibles, a fin de poder disminuir las contribuciones de los demás propietarios agrarios y capitalistas.» (Folleto citado, pág. 29.)



Ayer, en la cárcel. Hoy, meditando que la libertad del ex preso —a quien la sociedad estigmatiza ¡para siempre!— no es más que libertad... de volver a la prisión.

(1) «Que se inicie una agitación continua en favor del aumento del salario mínimo y de la disminución de las horas de trabajo, hasta que hayamos alcanzado el beneficio total de los empresarios.»

«Que nuestro fin sea fundar una organización que tome, en definitiva, posesión de la industria minera y la explote en beneficio de los trabajadores.» (Folleto *The Miners' Next Step* —El próximo esfuerzo de los mineros—. Uno de los mejores folletos del sindicalismo, aparecido, en 1912, en el País de Gales.)

De "El Capital" a las "Reflexiones sobre la violencia"

Violencia sindicalista contra violencia fascista

EL sindicalismo revolucionario podría quedar resumido en esta fórmula: *Libertad y personalidad obreras, por la utilización del fatalismo social creado por el capitalismo.*

He aquí cómo caracteriza Sorel, en su folleto *La descomposición del marxismo*, la posición de la *nouvelle école* (nueva escuela):

«La *nouvelle école* —escribe en la página 59— no pudo adquirir sino lentamente la idea clara de su independencia en relación con los viejos partidos socialistas. No pretendía ella formar un partido nuevo que viniese a disputar a los demás partidos su clientela obrera. Su ambición era otra: era abarcar la naturaleza de un movimiento que parecía ininteligible para todo el mundo. Y así procedió perfectamente a la inversa de Bernstein: rechazó, poco a poco, todas las fórmulas procedentes, bien del utopismo, bien del blanquismo; purgó al marxismo tradicional de todo cuanto fuera específicamente marxista, y quiso conservar más que lo que, a su juicio, constituía el nudo de la doctrina, es decir: lo que afirma la gloria de Marx.»

«Los autores que habían criticado a Marx, le habían acusado, frecuentemente, de hablar un lenguaje pletórico de imágenes, que no les parecía apropiado ni conveniente a investigaciones con pretensión de científicas. Se trataba de las partes simbólicas, calificadas en otro tiempo de valor dudoso que representan al contrario el valor de la obra. Hoy ya sabemos, por enseñanzas de Bergson, que el movimiento se expresa principalmente por medio de imágenes; que las fórmulas míticas son aquellas en que se desarrolla el pensamiento fundamental de un filósofo, y que la metafísica no podría suministrar el lenguaje que conviene a la Ciencia.» (Pág. 60.)

Pero, ¿qué era, para Sorel, el nudo del marxismo?

«El marxismo difiere notablemente del blanquismo en cuanto que descarta —el

primero— la *noción de partido*, que era capital en la concepción de los revolucionarios clásicos, para ir a parar a la *noción de clase*. Pero nosotros no tenemos la misma noción de *clase*, vaga y vulgar, que los sociólogos, para quienes *clase* es un conglomerado de gente de la misma condición; nosotros entendemos por *clase* «una sociedad de productores que han adquirido las ideas que convienen a su estado y que se consideran como una unidad perfectamente análoga a las unidades nacionales.

»No se trata, pues, de conducir al pueblo, sino de inducir a los productores a pensar por sí mismos, *sin el auxilio de una tradición burguesa.*» (Pág. 48.)

«El blanquismo no es, en el fondo, más que la revolución de los pobres, conducidos por un Estado Mayor revolucionario: tal revolución puede corresponder a cualquier época, y es independiente del régimen de la producción. Marx, por el contrario, habla de una *revolución hecha por un proletariado de productores, que han adquirido la capacidad económica, la inteligencia del trabajo y el sentido jurídico bajo la misma influencia de las condiciones de la producción.*» (Pág. 45.)

Según Sorel, pues, habría que establecer una distinción entre el marxismo de Marx y el marxismo de los marxistas (¡conste que yo no soy marxista!); entendiendo por el primero un marxismo de *clase*, y por el segundo, un marxismo de *partido*; y el sindicalismo revolucionario tenía la pretensión de ser este marxismo de *clase* precisamente, este marxismo verdaderamente original y verdaderamente marxista, que no era ni el marxismo de partido de los guesdistas franceses ni el de los socialdemócratas alemanes.

Un partido, por ultrarrevolucionario que sea, no puede ser nunca un Sindicato de descontentos, una coalición de pobres, a cuya cabeza figure un Estado Mayor integrado por «abogados sin pleitos», «médi-

cos sin clientela» y «estudiantes... de billar» —como dijo el propio Marx, desdeñosamente—; jerarcas y doctrinarios de una pretendida ciencia social, en nombre de la cual se abrogan el derecho de conducir al pueblo, considerado como «carne de cañón», a la conquista del Estado moderno. Porque el Estado moderno, como escribe Sorel, «es un cuerpo de intelectuales investido de privilegios y en posesión de medios llamados políticos que le permiten defenderse contra los ataques de otros grupos de intelectuales, ávidos de los provechos de los cargos públicos».

Los sindicalistas, al combatir a los partidos políticos, sean cuales fueren éstos, aun los que se definen a gritos como revolucionarios, quieren constituir una clase obrera autónoma, sin depender más que de sí misma, sin la ayuda de intelectuales tráfugas de la burguesía, y sin el objetivo de la conquista del Estado, sino con el de la huelga general, es decir: la revolución de los productores sobre el mismo terreno de la producción, que conduciría al hundimiento común del Estado y el Capitalismo. Y por *huelga general*, habrá de entenderse, no un *movimiento* de masas utilizado por un partido para vencer, en ciertos casos, las resistencias de otros, sino un *levantamiento autómatas de toda la clase* obrera, agrupada en Sindicatos y no obedeciendo a más consignas que a las propias; nada de «carne de cañón» ni «masa de maniobra» en manos de cualquier Estado Mayor sedicente revolucionario, sino cuerpo independiente, personalidad jurídica, verdaderamente dueña de sí misma, llegada a la verdadera consciencia de sus destinos originales y elevándose, como decía Proudhon, a la altura de un nuevo patriado: «Sociedad de productores que han adquirido las ideas que convienen a su estado y que se consideran como una unidad perfectamente análoga a las unidades nacionales.»

Todo esto es fundamental para la comprensión de la teoría soreliana de la violencia. No hay huelgas —observa Sorel— sin violencia, es decir, sin tentativas, por parte de los huelguistas, para convencer a los no huelguistas y arrastrarles al movimiento, considerándose la clase obrera como un verdadero *Estado en guerra* y tratando a los no huelguistas como trata, en período de guerra, un Estado a los insumi-

dos, a los refractarios y a los desertores, sin que a éstos les asista el derecho de reivindicar ninguna de las libertades individuales, para abstenerse de marchar al frente.

Estas violencias, pues, son únicamente hechos de guerra y su destino es no sólo asegurar la perfecta cohesión de las tropas de asalto, cuyo éxito depende de su «unanimidad heroica» (como dijo Proudhon), sino también quebrantar la resistencia del *orden burgués*, apoyado en sus dos columnas —el Capital y el Estado— e instaurar sobre sus ruinas un *orden libre*.

Ellos no tienen nada que ver con el despliegue autoritario de una fuerza pública que se rodea de un aparato seudojurídico para aplastar toda oposición y reducirla a la nada. Sorel distingue la *fuerza burguesa* y la *violencia proletaria*: la primera, esencialmente jacobina y aseguradora del predominio absoluto del Estado; la segunda, expresión libertaria de una revolución que tiende, por el contrario, a suprimir el Estado o, al menos, a subordinarlo abiertamente a la sociedad productora. El fascismo mismo es un simple aspecto de la fuerza burguesa; tiende a exaltar el Estado y a concentrar en él todos los poderes de la nación, encarnada ésta en un dictador; es, pues, totalmente vano e irrisorio querer transformar a Sorel en «padre espiritual del fascismo». La diferencia entre las concepciones fascistas y las concepciones sorelianas es, por el contrario, radical. La burguesía va siempre hacia la autoridad; el liberalismo burgués no es más que una apariencia y, como dijo Marx, «el antiguo régimen lleva oculto el fracaso del Estado moderno». El fascismo, cuyo fin esencial es la restauración del Estado, no puede ser más que burgués, diga o pretenda lo que quiera; no es, repito, más que un aspecto de la fuerza burguesa, manifestando al aparecer en la superficie nuevamente el viejo régimen, rasgando la cobertura seudoliberal del Estado moderno. El proletario revolucionario, en cambio, marcha hacia la libertad; está hambriento de libertad y tiene horror hacia toda dictadura de forma jacobina.

«Puros de todas las ambiciones —escribía Pelloutier—, pródigos de nuestras fuerzas, prestos a pagar con nuestras vidas sobre todos los campos de batalla, tras haber luchado con la policía y con el ejército,

volvemos, impasibles, a la tarea sindical, oscura, pero fecunda.» Así caracterizaba Pelloutier a los militantes sindicalistas.

«Proscritos del partido —continúa— porque, no menos revolucionarios que Vaillaut y Guesde, tan decididamente partidarios de la supresión de la propiedad individual, somos, además, lo que ellos no son: revolucionarios de todas las horas, hombres sin Dios, sin amor y sin patria; *enemigos irreconciliables de todo despotismo moral o material, individual o colectivo, es decir: de las leyes y de las dictaduras, incluida la del proletariado.*»

Adviértese, por todo esto, en qué se diferencia el *bolchevismo* del *sindicalismo revolucionario*: los *bolcheviques* han establecido, ¡ellos que no eran en definitiva más que unos *intelectuales revolucionarios!*, una dictadura sedicente proletaria; más, en rigor, deberían aparecer, ellos también, como encarnación de la fuerza burguesa, en sustitución de la burguesa rusa, capaz de desempeñar en Rusia el mismo papel que los burgueses de Inglaterra y Francia desempeñaron en sus países respectivos.

Si Sorel escribió una loanza de Lenin, si no escribió en cambio, lo repito, nada semejante acerca de Mussolini, será porque consideró precisamente a Lenin como a un a modo de sucesor de Pedro, el Grande, y porque opinaba que el bolchevismo era enjuiciable por la historia rusa, por tener un papel histórico determinado que desempeñar; pero no que fuese lo que se dice un modelo a copiar, ciegamente, por los proletariados occidentales más históricamente desarrollados.

La dictadura, por lo demás, no se implantó en Rusia, sino como medio provisional de asegurar una transición (1). Por el contrario, en Italia, el fascismo no puede evolucionar, sino en un sentido cada vez más dictatorial, sin abocar jamás a la normalidad jurídica.

Así, pues, la violencia soreliana reviste un carácter totalmente especial y sería cometer un error de interpretación enorme el confundirla, poco o mucho, con la *violencia fascista*, expresión de la fuerza burguesa y retorno morboso del Estado moderno a las normas del antiguo sistema.

El fascismo se opone a la democracia;

pero hay dos maneras de oponerse a la democracia —en *reaccionario* y en *revolucionario*—; y si el proletariado es el contradictor de la democracia, también es su heredero (2); y la lucha de clases no puede desarrollarse más que en el terreno del Estado moderno. Sorel, por otra parte, no mostró jamás ninguna clase de ternura ni indulgencia hacia ninguna forma de jacobinismo o de blanquismo.

Bastará con leer en las *Reflexiones sobre la violencia*, el capítulo titulado «Prejuicios contra la violencia», para ver que no hay confusión posible entre la violencia soreliana y los desafueros del fascismo. Voy a citar los pasajes más característicos.

«Las ideas que tienen circulación —escribe Sorel— entre el gran público, con referencia a la violencia proletaria, no están fundadas en la observación de los hechos contemporáneos ni en una interpretación razonada del movimiento sindical actual; derivan de un trabajo del cerebro infinitamente más simple: del establecimiento de una relación entre el tiempo presente y los pasados; y están determinadas por los recuerdos que la palabra *REVOLUCION* evoca, casi necesariamente. Supónese que los sindicalistas, por el solo hecho de llamarse revolucionarios, quieren reproducir la historia de los revolucionarios del 93.

«Los blanquistas, que se tienen por los más legítimos propietarios de la tradición terrorista, entienden que, por eso mismo, son ellos los llamados a dirigir el movimiento proletario; demuestran hacia los sindicalistas mucha mayor condescendencia que los otros socialistas parlamentarios, y están siempre dispuestos a admitir que las organizaciones obreras acabarán por comprender que lo mejor que pueden hacer es enrolarse bajo su bandera.»

Pero «hemos de preguntarnos si la ferocidad de los antiguos revolucionarios no tendría razones sacadas de la historia de la burguesía, de manera que se cometiera un contrasentido confundiendo el abuso de la fuerza burguesa revolucionaria del 93 con la violencia de nuestros sindicalistas revolucionarios; con lo cual la palabra *revolucionario* tendría dos sentidos perfectamente distintos». «De la Inquisición a la Justicia política de la realeza, y de ésta a los Tribunales revolucionarios, ha habido un progreso constante en cuanto a la ar-

bitriedad de las reglas, la extensión de la fuerza y la amplificación de la autoridad. Durante mucho tiempo, la Iglesia tuvo sus dudas respecto del valor de los procedimientos excepcionales que practicaban sus inquisidores. La realeza no tuvo tantos escrúpulos, sobre todo cuando hubo llegado a su plena madurez; pero la Revolución explanó, en su gran día, el escándalo de su supersticioso culto al Estado.»

«Nosotros no somos probablemente mejores, más humanos, más sensibles ante la desgracia del prójimo que los hombres del 93; pero tampoco sentimos en el grado que nuestros padres la superstición del Dios Estado, al cual sacrificaron tantas víctimas. La ferocidad de los convencionales se explica fácilmente por la influencia de las concepciones que el Tercer Estado, o Estado Llano, había incorporado a las prácticas del antiguo régimen y de la Revolución.» «La experiencia ha demostrado ahora y siempre que nuestros revolucionarios esgrimen la *razón de Estado*, tan pronto como llegan al Poder, y que conciben la justicia como un arma de la que pueden abusar contra sus enemigos. Los socialistas parlamentarios no escapan de la regla general; conservan el viejo culto del Estado y, en consecuencia, están preparados para cometer todas las malas acciones del antiguo régimen y de la Revolución.» «Yo creo —escribe Sorel, después de examinar la conducta y los escritos de Jaurés— que con esto tengo bastante para permitirme deducir que, si, por casualidad, nuestros socialistas parlamentarios llegaran a gobernar, se nos mostrarían como buenos sucesores de la Inquisición, del antiguo régimen y de Robespierre; los Tribunales políticos funcionarían en gran escala y —podemos suponerlo también— abolirían la ley de 1848, que suprimió la pena de muerte para los delitos políticos (3). Gracias a esta reforma podríamos ver cómo triunfaba el nuevo Estado de la mano de la burocracia.

«Las violencias proletarias no tienen la menor relación con nada de esto: son pura y simplemente hechos de guerra; tienen el valor exacto de demostraciones militares y sirven para marcar la divisoria de las clases. Todo lo tocante a la guerra se produce sin odio y sin espíritu de venganza; en la guerra no se mata a los vencidos; no se hace soportar a seres inofensivos las consecuencias de los sinsabores que

los ejércitos hayan podido sufrir en el campo de batalla; la fuerza se explana en la guerra, tal como es por sí, sin solicitar nunca el apoyo de los procedimientos jurídicos que la sociedad dispone contra los criminales.»

«Cuanto más se desarrolle el sindicalismo, abandonando las viejas supersticiones, que proceden del antiguo régimen y de la Iglesia —por conducto de las gentes de letras, de los profesores de Filosofía y de los historiadores de la Revolución— los conflictos sociales tomarán mayor carácter de *lucha pura*, semejante a la de los ejércitos en campaña. Nunca serán lo bastante execradas esas gentes que enseñan al pueblo que debe ejecutar yo no sé qué mandato superlativamente idealista de una Justicia en marcha hacia el porvenir; son gentes que trabajan en el sostenimiento de las ideas, acerca del Estado, que tantas escenas de sangre provocaron en el 93, mientras que la noción de la lucha de clases tiende a depurar la noción de la violencia.»

Y, después de haber hablado del *antimilitarismo* y del *antipatriotismo* de los sindicalistas, Sorel termina: «Tenemos derecho a deducir de esto que no es lícito confundir las violencias sindicalistas practicadas durante las huelgas por los proletarios que quieren la destrucción del Estado, con esos actos de salvajismo que la superstición del Estado sugirió a los revolucionarios del 93, cuando tuvieron en su mano el Poder y pudieron ejercer sobre los vencidos la opresión, siguiendo los principios recibidos de la Iglesia y de la realeza. Y tenemos derecho, también, a esperar que una revolución socialista, realizada únicamente por los sindicalistas puros, no quedaría mancillada con las abominaciones que mancillaron la revolución burguesa.»

No puede estar más claro: la violencia proletaria no tiene nada de común, según Sorel, ni con la violencia blanquista ni con la violencia fascista; sus actos no son comparables más que a los actos de guerra de un ejército en campaña, que ejerce, en toda su pureza —y podríamos añadir: en toda su moralidad— el derecho de la fuerza, del cual Proudhon, en su libro *La guerra y la paz*, determinó la existencia y proclamó la legitimidad, no recordando para nada esas necesidades de Tribunales Revolucionarios, en que los regímenes de te-

rror se sirven de la Justicia para aplastar al adversario y aniquilar toda oposición.

Los sindicalistas revolucionarios han roto, definitivamente, con todas las concepciones heredadas de la Inquisición, de la realeza y de la Revolución del 93, que hacían del Estado una especie de Dios, de siniestro Moloch, al que todo había de ser sacrificado, y que Mussolini, en Italia, primero, e Hitler, en Alemania, después, han resucitado con toda su ferocidad; sus violencias, las de los sindicalistas puros, no tienden a restaurar el Estado tradicional ni aun infundiéndole una nueva fuerza, sino, al contrario, a destruirlo radicalmente para hacer posible la eclosión de un orden nuevo, que será esencialmente un orden libre.

De *El nuevo Cristianismo* a *El nuevo mundo industrial y societario*, a *El Capital*, y de *El Capital* a las *Reflexiones sobre la violencia*; de la utopía a la ciencia y de la ciencia a la fase de la ética viviente: tal es, en último análisis, la evolución que ha hecho pasar al socialismo del estado dogmático, doctrinario y fantástico, en que no había más que el ensueño de un pensador aislado que esperaba de una potencia social cualquiera la realización de su sueño, al estado de *partido*, en que los intelectuales revolucionarios, en nombre de la Ciencia, trataban de lanzar contra el orden de cosas existente a un proletariado considerado todavía como un simple instrumento y, por así decirlo, como *carne de cañón* (porque no otra cosa fué, en definitiva, el marxismo de los marxistas y no el marxismo de Marx que, en último término, es el que importa, como que es el marxismo histórico), para convertirse, por fin, en *verdadero movimiento proletario*, en que la clase obrera adquiere consciencia de sí misma y se hace dueña de sus destinos.

Utopía, ciencia, mito: el socialismo, totalmente *extraproletario*, desciende más y más hacia la realidad del proletariado para acabar de identificarse con ella e impulsarla plenamente; el marxismo de los marxistas, ése que yo he llamado *marxismo ortodoxo*, constituye la fase intermedia en que los intelectuales revolucionarios forman el Estado Mayor de un partido, y, simples sucesores, en definitiva, de los utopistas, por lo mismo que pisan la arena

parlamentaria, remueven la utopía, la convierten en reforma y, de *revolucionarios*, pasan a *reformistas* —evolución fatal que todos los partidos socialistas han padecido y habrán de padecer.

Con Sorel, pues, y con el sindicalismo revolucionario, del que es intérprete, tenemos un proletariado revolucionario verdaderamente mayor, dueño de su personalidad y de sus destinos y del cual el mito de la huelga general expresa la voluntad de poderío, siendo un mito puro de toda utopía y todo cientificismo.

Los utopistas pertenecían todavía, filosóficamente, al siglo XVIII; tras la utopía, viene el *déspota iluminado*: se dibuja el perfil de Napoleón, demiurgo social; los marxistas ortodoxos surgen de este período en que los dioses fueron la Evolución, la Ciencia, Hegel, Spencer, Augusto Comte. Y si, por último, Bergson es el filósofo de Sorel, no fué ello ciertamente un capricho del azar; porque Bergson es precisamente el filósofo de la evolución creadora, el devenir real de la Ética viviente encarnada en un movimiento: en el movimiento proletario.

Edouard BERTH

(1) Evidentemente es esta una afirmación demasiado peligrosa, a la que, en efecto, los hechos no han venido a justificar. La dictadura se sostiene en Rusia bajo sus más brutales y desagradables manifestaciones. Lo que demuestra que el Estado ha tenido siempre una vida propia e independiente y que, como todo ente, tiende a su conservación, y una vez constituido, apenas muestra el más leve deseo de dimitir. El mismo Primo de Rivera no dimitió, sino que, valga la expresión, *lo dimitieron*. Es, pues, necesario meditar mucho antes de establecer una Dictadura, aunque sea una Dictadura sedicente proletaria.

(2) En una nota de la *Ruina del mundo antiguo*, escribe Sorel:

«Porque la formación guerrera de la democracia francesa haya preparado el camino al socialismo, no se deduce que éste sea una prolongación del movimiento democrático. El socialismo, al adquirir la consciencia de sus propios fines, se sitúa en contradicción con la democracia, aunque, a veces, como partido político, colabore con ella. Es al mismo tiempo aliado y enemigo de los viejos partidos populares, por cuanto que la lucha entre la burguesía y el proletariado no llena toda la vida política y social.» (Segunda edición francesa, pág. 240.)

(3) Mussolini, en efecto, ex socialista y ex republicano, la abolió en Italia.



Magnus Hirschfeld

Al margen del asunto Nozières

El demonio de la sexualidad

sive, a veces, los datos en que se halla planteado el problema.

No tengo, por lo demás, la ambición de llegar tan lejos, sino el simple deseo de intentar descifrar algunos de los subíndices del gesto trágico de Violeta Nozières. Todo hecho criminal es un producto de su época; e, indudablemente, eso que un autor moderno, Fernando Brückner, llama «el mal de la juventud», es la misma base de esta tragedia. El mundo se debate en una crisis no solamente social, sino también sexual. En muchos aspectos, los factores sociales y los factores sexuales aparecen íntimamente ligados. Las relaciones, no ya entre hombres y mujeres, sino entre viejos y jóvenes, se modifican y no ciertamente en sentido desfavorable. No podremos menos de felicitarnos viendo cómo la camaradería va suplantando poco a poco al principio de autoridad y cómo los jóvenes se hacen independientes y conscientes de su personalidad. Sin embargo, en el orden de la sexualidad, el saber no es casi nunca más que un saber a medias, erizado de peligros, y la libertad una independencia sólo aparente. Estos dos bienes son preciadísimos, cierto; pero sólo por la verdad pura se llega a la pureza verdadera.

La miseria social es tan peligrosa como la ignorancia; a ella se debe la aparición de tipos sexuales que, antes, eran casi desconocidos. Allí donde imperaban tipos sexuales, tales como Casanova y Don Juan, se han sustituido hoy —lo mismo que entre las mujeres el tipo de la *vamp*— por esa creación moderna que se llama *iggló*. La *semivirgen* (la *demivierge*) tiene también su correspondiente masculino. Y ambas se prostituyen aun sin necesidad; únicamente por saciar sus apetitos de lujo.

Estos productos típicos de la vida de las ciudades no desaparecerán hasta el día en que triunfe la educación sexual, bajo el signo de la responsabilidad, y en

CUANTO pudiéramos añadir a todo lo que se ha dicho sobre el asunto Nozières, en la profusión de artículos que ha suscitado, habría de ser, necesariamente, de orden general. En efecto, la experiencia adquirida en el transcurso de cuarenta años de trabajo, en calidad de experto, en los procesos más resonantes, me ha enseñado que no es posible pronunciarse, con conocimiento de causa, en una cuestión de psicología criminal, sino después de haber estudiado a fondo a la persona sobre la que haya de emitirse un juicio. Este estudio, que no ha de limitarse al análisis físico, intelectual y sexual del individuo, sino que ha de extenderse a su pasado, a su herencia, requiere mucho tiempo. Pero yo no dudo de que los excelentes psiquiatras franceses a quienes corresponda la tarea de examinar desde este ángulo a Violeta Nozières y establecer una relación entre la personalidad del criminal y su crimen, triunfen en la resolución de tal problema.

Ni, por otra parte, me extrañaría de que la instrucción de este caso acabase por mostrárnoslo bajo otro aspecto totalmente diferente del que hasta hoy conocemos.

Más de una vez se ha visto en el curso del proceso cómo las preguntas insidiosas hechas al reo por el presidente y el fiscal, así como las hechas a los peritos, desgarraban el velo que envuelve el drama y sus secretos móviles, desplazando, inclu-

que se cree un clima social tal que las flores venenosas como Violeta Nozières y sus amantes no puedan abrirse al día.

Por mi parte, yo no puedo afrontar aquí más que alguno de los muchos aspectos que este espantoso crimen ofrece a la consideración de cualquier observador. Esto me llevará a tratar del lugar que ocupa en la psicología criminal el envenenamiento y el parricidio, así como también a hablar de la criminalidad en el adolescente y en la mujer, y, por último, de la relación existente entre el asesinato y la sexualidad.

Esta muchacha de dieciocho años, después de matar a su padre, le acusa de haber abusado de ella desde la edad de doce años. Así es como explica su irreprimible odio hacia la víctima, odio que hiciera madurar en aquélla su criminal proyecto. Evidentemente, esta versión no justifica las tentativas de envenenamiento contra la persona de su madre. Pero, aun haciendo abstracción de este lado, más bien jurídico, de la cuestión, podemos afirmar, apoyándonos en una larga experiencia sexológica, que sería peligroso dar fe a las afirmaciones de Violeta Nozières, si bien sin descontar la necesidad de comprobarlas.

Acusaciones parecidas de orden sexual surgen a diario de la imaginación erótico-histérica de muchachas que salen de la pubertad y que se explican, por la necesidad de justificar y hacerse perdonar ciertas faltas. Ni debemos mostrarnos demasiado crédulos respecto de estas declaraciones de carácter sexual, cuando dimanan de testigos o acusados demasiado jóvenes; pues, frecuentemente, se trata de caricias de todo punto inocentes prodigadas por los adultos, lo que constituye el origen de estas interpretaciones fantásticas: en la imaginación de los jóvenes, estas caricias aparecen con categoría de hecho inmoral, alguna vez. Por eso, en la mayor parte de los casos, son los profesores los que resultan acusados y, alguna vez, los mismos padres.

Hace algunos años, se me pidió consejo sobre el caso de un funcionario, que gozaba de general consideración, acusado de cometer incesto con sus dos hijas, de trece y catorce años, respectivamente. Una de ellas retiró su acusación la víspera del juicio. Al preguntarle por qué había

calumniado a su padre, contestó que había querido vengarse de él, por haberlo sorprendido *flirteando* con su secretaria. Era el amor hacia la madre lo que le hizo formular la acusación deshonorosa, acusación que habría dudado en formular, de haberse dado cuenta que con ella podría enviar a su padre a la prisión. Su hermana menor la mantuvo, a pesar de la declaración de los expertos de no haber encontrado señal de haber sido desflorada. El tribunal mantuvo la versión de la niña, partiendo del supuesto de que no podría un hijo acusar falsamente a su padre de tamaña infamia; y condenó al funcionario, a despecho de las testificaciones favorables de la familia y de los amigos.

La mayoría de los jóvenes criminales presentan además desórdenes físicos, que son debidos a la agitación de los años de la pubertad. Especialmente en los individuos del sexo femenino, culpables de crímenes, principalmente de asesinatos, se comprueba una verdadera psicosis de pubertad, que se manifiesta por la debilidad de espíritu, la epilepsia, la hebefrenia, la histeria y las angustias menstruales.

Durante el proceso de Kate Hagedorn, que había matado a dos niños, sacánloles la arteria carótida, el grupo de expertos, de que yo formaba parte, pudo comprobar que la joven criminal, que descendía de una familia de alcoholicos, había cometido su crimen en una crisis histeroepiléptica. El Tribunal condenó a la infanticida a ocho años de prisión, lo que a mi juicio fué un error. En efecto, en casos semejantes, no se debe, bajo ningún pretexto, elegir términos medios, sino hacer inofensivo al culpable para toda la vida, bien encerrándolo en un sanatorio cuando es irresponsable, o bien aplicándole la pena prevista para los asesinos, si es responsable.

Sucede, frecuentemente por desgracia, que de las Casas de Salud se licencia a enfermos criminales, después de un internado más o menos largo, por el hecho de haber observado una conducta normal. Sin embargo, no es lícito basarse en la conducta de un recluso, reducido a una vida regular, para prever las reacciones que puedan, en libertad, cambiar radicalmente esa conducta.

Los asesinatos por envenenamiento se distinguen de los demás asesinatos por el

hecho de que reclaman un período de preparación relativamente largo. La adquisición del veneno, su administración, los preparativos del asesinato requieren una habilidad que debe siempre traducirse por una acción metódica. Sin embargo, la premeditación no excluye la presencia de fenómenos patológicos. Así, por ejemplo, en el caso de Violeta Nozières, pese a todo el refinamiento de su crimen, no podría descartarse la hipótesis de una imbecilidad parcial.

En general, el veneno es un arma esencialmente femenina. Lo mismo en el suicidio que en el homicidio, las mujeres han recurrido siempre al veneno con más frecuencia que los hombres, los cuales demuestran preferencia por las armas de fuego y otros instrumentos de muerte. ¿No existirá, pues, una relación entre esta marcada predilección por el veneno y las ocupaciones culinarias de la mujer?

Los casos de mujeres parricidas, y particularmente, de las parricidas envenenadoras, como el de la Nozières, son en extremo raros.

Sin embargo, los anales de la criminología nos suministran algunos hechos análogos, cuyo estudio profundo podría arrojar alguna luz sobre el crimen de la calle de Madagascar. Nos limitaremos a citar a la marquesa de Brinvilliers, de triste re-

cuerdo, que fué ejecutada en 1676 por haber envenenado a su padre y a su hermano. Este crimen fué tanto más monstruoso cuanto que la culpable era una fanática en la religión. La analogía con el caso de Nozières resulta tanto más patente, si se advierte que la marquesa de Brinvilliers pretendía también que sus víctimas habían sostenido con ella relaciones incestuosas. Jamás se pudo comprobar si esto era una calumnia o una verdad, ni menos se han conocido los factores morbosos de aquel hecho.

Solamente las investigaciones científicas sobre los móviles psíquicos de los criminales y sobre sus particularidades espirituales, podrán permitirnos un día prevenir los crímenes. En general, sería preciso consagrar mayor atención que hasta ahora a los factores sexuales, pues con harta frecuencia, ellos constituyen la clave de actos, de otro modo incomprensibles. La famosa fórmula «Buscad la mujer», debería aceptarse en este sentido más amplio: «Buscad el móvil sexual.» Por lo demás, este móvil, trátese de Violeta Nozières o de cualquier otro criminal, no serviría para hacer perdonar un crimen, a menos que la personalidad del criminal no presentara caracteres netamente patológicos.

Magnus HIRSCHFELD



El Dios de los «pacifistas» hitlerianos

Dibujo de Grosz.

Un autógrafo de Rosa Luxemburgo



querida Matilde:

La conciencia me remuerde un poco: Marta vino ayer, cuando precisamente yo me encontraba de un humor de todos los diablos. La próxima vez ya sabré dominarme. En cuanto a la idea de dejar tu turno a Lucía (1), el día de mi cumpleaños, no hay que pensar en ello (2). De manera que hace ya muchas semanas que me siento feliz pensando en tenerte conmigo ese día, como siempre hasta ahora, ¡y tú quieres dártelas de magnánima a mi costa!

Escribo a Luisa, por este mismo correo, invitándola para el mes de mayo: tú serías muy amable, si me dejaras a mí el cuidado de escoger yo misma a mis visitantes y fijarles fecha.

Hoy me han comunicado el fallo del juicio por las injurias al funcionario de policía: diez días de



Rosa Luxemburgo



Breslau 4. 11. 18

Meine Liebe Matilde,

erst dachte ich, es wäre ja ein
ausgezeichnetes Geschenk, wenn
ich dich als Gast in mein
Haus einlade. Aber je mehr ich
denke, desto mehr sehe ich, dass
du es nicht willst. Du bist ja
so sehr in der Sorge, dass du
nicht zu viel von mir verlangst.
Ich verstehe dich sehr, aber ich
möchte dich doch gern bei mir
haben. Ich werde es versuchen.



Mascarilla tomada sobre el cadáver de Liebknecht

Hoy me han comunicado el fallo del juicio por las injurias al funcionario de policía: diez días de

Sie sehen es hat keine Idee die
schwarzen Arbeiterkinder würde ich
immerhin gern in mein Haus
einladen, aber in der Wohnung ist
so wenig Platz, dass ich sie in Empfang
nehmen kann. Für Sie hätte wohl
ich kleine Aufzucht mehr an. Ich
denke auch, dass Sie es nicht
wollen. Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.
Ich werde es versuchen.

cárcel y las costas. Manda hacer las diligencias necesarias, dirigiéndote al estudio del doctor Weinberg. La sentencia condenatoria la ha pronunciado el Tribunal de Berlín-Mitte, División 136, el 25 de enero, y lleva el número 136 D. 565/11, 16. Los considerandos no hacen más que reproducir los hechos comprobados que declaré yo misma.

Bien. Pero, ¿por qué te inquietas por mi dedo? Mi dedo es un tontín. Lo ocurrido fué que cerré un tanto enérgicamente el cajón de la cómoda, pero se me olvidó mi meñique y salió triturado, lo que, por otra parte, me fué bien empleado.

Matilde: ¿Cuándo me veré de nuevo en Südde, contigo y con Mimí, dispuesta a leerlos a Goethe?... No obstante, voy a recitar para ti, ahora mismo, un poema que ha venido a mis manos —Dios sabe cómo— esta noche. El autor es ese suizo lla-

mado Konrad Ferdinand Meyer que ha escrito también *lürg Iennatsch*. Siéntate, pues; pon sobre tus rodillas a Mimí y escúchame con esa carita de cordero que escuchas, que sueles poner cuando yo te leo algo. Atención:

*¡Hola, Hutten! ¿No vienes también a confesarte?...
¿Quién será, pues, el hombre que se crea sin man-
Yo también he pecado y golpeo mi pecho. [cha?
Y confieso mis culpas, mis culpas que son éstas:
El haber comprendido tan tarde mi misión;
el que mi sangre, blanca, no me hizo sublevar;
el no haber puesto en alto la meta de mis luchas;
el haber dado golpes, mas demasiado suaves;
el obrar con blandura y hablar con sumisión;
el de haber tiritado con el frío del miedo;
el de estar desterrado y no volverlo a estar.
Y haber vivido días, sin abrir una llaga;
y haber visto las horas pasarse, desarmado;
y haber sido tan débil en la lucha magnánima.
Yo confieso mis culpas...*

Estos últimos versos, has de colocarlos sobre mi

tumba. ¿No lo tomas en serio, Matilde? Puedes reírte todo lo que quieras.

Sobre mi tumba, lo mismo que en mi vida, no habrá frases ampulosas. Sobre mi tumba no habrá más que dos vocecitas: «tsuí-tsui.» Es la llamada a los gorriones, que yo imito tan bien, que me siguen enseguida. ¿Y sabes, Matilde, lo que esto significa? Pues son éstos los primeros signos del despertar de la primavera. Si, a pesar de la nieve y del hielo y de la soledad ¡nosotros creemos —los gorriones y yo— en la primavera que torna!

Pero si esta primavera yo no la veo, por falta de paciencia, entonces no te olvides de que sobre mi tumba han de quedar esos «tsuí-tsui»...

Te abraza muy fuerte a ti y a Mimí, anhelante de veros, Rosa.

Dispensa este sobre tan desastroso; estoy liquidando los que me quedan.

(1) Los presos políticos no tenían derecho más que a un número muy reducido de visitas.

(2) Aquí falta una frase muy breve, ilegible.



Los que no defraudan a la Hacienda Pública...

(Dibujo de Lingner.)

De la Conferencia de Londres al Congreso de Ginebra (septiembre de 1865 a agosto de 1866)

CUANDO los delegados italianos abandonaron el Consejo Central, Marx escribió a Engels (1.º de mayo de 1865): «... Ahora hay españoles en su lugar; una nación latina ha sustituido a otra nación latina.»

De tales españoles, las actas no conservan huella alguna; el único nombre de un nuevo miembro de raza latina que figura por aquellos tiempos es el de Narciso Salvatella, propuesto por Yung y Odger, y elegido el 2 de mayo. No se comprende, pues, la indicación de Marx.

Desde todo el mundo se pudo observar, por entonces, un gran esfuerzo de organización por parte de España, en donde Antonio Gusart venía publicando, desde el 4 de septiembre de 1864, en Barcelona, un periódico titulado *El Obrero*. Antonio Gusart era un asociacionista y cooperatista de tipo moderado y, todavía en 1882, regentaba una Cooperativa de Tejidos.

El 18 de septiembre de 1864, Gusart escribía que las Sociedades obreras, tan perseguidas algunos años antes, vivían a la sazón un período de tolerancia y creía él indispensable que «todas las Sociedades solidarizaran sus intereses mutuos mediante un lazo moral de unión». Otros individuos o colectividades aspiraban también a esta solidarización, como, por ejemplo, El Fomento de las Artes, de Madrid, cuya Junta Directiva decía, en una Memoria leída ante Junta general el 31 de diciembre de 1864, lo siguiente: «Hemos procurado establecer relaciones con las Sociedades de provincias, que son, por su espíritu, hermanas nuestras, debiendo anunciaros que podemos tener la satisfacción de sabernos en buena armonía e inteligencia con la Filantrópica Artística, de Valladolid; El Círculo de Artesanos, de Cáceres; El Porvenir, de Zaragoza; El

Círculo de Artesanos, de Alicante, y el Casino Artístico, de Albacete...

Según *El Obrero*, de Barcelona, de 22 de enero de 1865, «comenzaron a iniciarse otras relaciones, pero aun no había contacto con los elementos catalanes». Existía en Barcelona, desde 1861, el Ateneo Catalán de la Clase Obrera. Los que, después, fueron fundadores de la Internacional —los Farga Pellicer, Morago, Lorenzo, etcétera—, hicieron su educación en este ambiente y era evidente que habían de coincidir algunos años más tarde. Gusart se dio a la tarea de reunir un Congreso de obreros, que se celebró públicamente, en Barcelona, del 24 al 26 de diciembre de 1865, y los delegados de 40 Sociedades votaron allí la fundación de «una Federación (de aquéllas) para su protección mutua, sin menoscabo de la autonomía respectiva».

Sabiendo (véase el artículo precedente) cuán poco era lo hecho bajo los auspicios de la Internacional, hasta septiembre de 1865, podemos agregar que las grandes organizaciones de trabajadores de aquellos años se habían creado sin ella, sin la Internacional, y, en parte, antes de que ella existiese. Así, las Trade-Unions inglesas, de las que sólo una mínima parte se hallaban afiliadas a la Internacional; la Asociación obrera alemana fundada por Lassalle; la gran Federación de trabajadores italianos, debida al esfuerzo de Mazzani; la Federación de Sociedades de Trabajadores, fundada en Barcelona, en diciembre de 1865; las Sociedades belgas relacionadas con los grupos propagandistas del socialismo y del librepensamiento, de Bruselas («Les Solidaires», etc.); los cooperatistas franceses agrupados en el Crédit au Travail, con su revista *La Asso-*

ciation —republicanos socialistas y socialistas de las viejas escuelas de Fourier, Cabet, etc., que, entonces, eran también el medio en que actuaban algunos libertarios como los hermanos Reclus, que, por su parte, eran, desde noviembre de 1864, de la intimidad de Bakunín—. Todos estos trabajadores, y los socialistas entre ellos, estaban aún al margen de la Internacional, lo mismo que muchos socialistas revolucionarios, proscritos republicanos. Y esto, sin mencionar a los cooperatistas ingleses y alemanes que estaban entonces bajo la influencia del individualismo burgués, es decir, que entendían que la cooperación no debía servir más que para el avance individual, exactamente igual que cuando se trataba de la cooperación de capitales en las Sociedades por acciones, cuyos accionistas eran individualistas burgueses llenos de odio al socialismo. Y no se pudo borrar este aspecto de la cooperación egoísta, como no se pudo tampoco, en cuanto a la sindicación de los intereses agrarios, comerciales, etcétera, etc. No obstante, reunir las fuerzas obreras ya unidas por un ideal de solidaridad, era precisamente la misión de la Internacional —o debería haberlo sido, mejor dicho— allí donde no hubiese tropezado con un terreno virgen o apenas desbrozado. Pero misión tan difícil quedó incumplida. La Internacional desapareció y las organizaciones territoriales subsistieron, tomando orientaciones muy diversas y extrañas a la idea de la Internacional. Marx y Engels se apresuraron a dar una explicación *suya*, en sentido de que la organización había cumplido su misión, alcanzado su objetivo, encauzado el movimiento de los distintos países y, en consecuencia, una vez hecha su obra, podía suprimir o perder su personalidad.

Se ha repetido, sin mucho reflexionar, esta explicación consoladora; pero yo la encuentro muy equivocada. El apogeo del movimiento fué entonces, de 1864 a 1866, y, coordinando, estimulando los otros movimientos nacientes que representaban circunstancias nuevas minoritarias, habría podido cimentarse la solidaridad del mundo del trabajo e insuflar en él ideas de confraternidad humana, contrarivalidades y guerras, e ideas de solidaridad entre los productores contra los beneficiarios y, también, de solidaridad en la

consecución de la meta social —la eliminación de los parásitos y el establecimiento de la libre convivencia de los seres humanos, según su voluntad y sus condiciones locales—, mediante las experiencias, el estudio y el esfuerzo socialistas, en circunstancias múltiples, para llegar, sobre estas bases, a la culminación ideal. Bakunín y los libertarios han censurado en este sentido a la Internacional; no así los autoritarios del Consejo Central que, ya desde el primer año, incurrieron en el error de no saber no sólo hacerse amar, sino ni siquiera conquistar una popularidad, una estimación o un aprecio.

Por el texto, no expurgado, de la correspondencia entre Marx y Engels, se conocía, escasos años después, cuán profunda era la malquerencia de Marx hacia Lassalle y el menosprecio del primero hacia la obra del segundo. Marx detestaba a Lassalle por un doble prejuicio racial y nacional (como los judíos holandeses de idiosincrasia portuguesa o morisca se creen superiores a los pobres judíos del Este, polacos y rusos, y como ciertos alemanes renanos anexionados a Francia desde los tiempos de la Revolución francesa y de Napoleón menosprecian a los prusianos del Este alemán). Marx, de Tréves (*Augusta Trevirorum*); Lassalle, de cierta aldehuela de la Silesia prusiana, fué éste siempre para aquél una especie de *paria*.

Lassalle murió en duelo cuatro semanas antes de la fundación de la Internacional: Marx habría podido sucederle en la presidencia de la Asociación alemana. No es fácil comprender que no lo quisiese, y aun explicándonos que, personalmente, le fuese imposible ponerse de acuerdo con los nuevos jefes lassallistas, creeríase que, al ser nombrado por el Consejo Central secretario para Alemania, se ocupara de afiliar a la Internacional al lassallismo. Mas, sin duda, comprendió Marx su misión en un sentido tal que, fuese por unas o por otras causas residentes en Marx o en los lassallistas, lo cierto es que éstos prefirieron permanecer al margen de la Internacional.

Ya hemos aludido al esfuerzo personal de J. Ph. Becker, de Ginebra, a este respecto; Marx, que no lo repudiaba, no lo soportaba tampoco. Becker habría querido inclusive publicar su *Vorbote* (*El Precu-*

sor) en Alemania, posiblemente, en Leipzig; pero Bebel le escribió, en 9 de octubre de 1867, una carta diciéndole que desistiese de tales avances y, en general, por sus otras cartas hasta 1869 (recopiladas en el *Vorwaerts*, de Berlín, del 17 de enero de 1927), obsérvese en Bebel la tendencia a desdeñar las renovadas proposiciones de Becker.

Marx, por medio de Wilhelm, el cual seguía sus consejos, unas veces, y otras obraba por cuenta propia, pudo inspirar sus deseos y orientaciones a un determinado número de alemanes, en cuanto a principios y táctica, pero, como tantas otras veces, su misión, como secretario, fué muy otra, ya que nadie en Londres le había nombrado, ni tenía derecho de nombrarle, jefe político o procónsul para Alemania.

En Francia, la incipiente Internacional se vió en una posición difícil a causa de la decisión del Consejo Central en contra de Henri Lefort («el voto fatal del 7 de marzo de 1865», como decía Le Lubey en una carta del 17 de marzo de 1866). Acerca de Lefort, y en los mismos momentos de esta crisis, véase lo que escribía Marx a Engels (25 de febrero de 1865): «...un hombre de letras que, a más de esto, posee una fortuna; un *burgués*, por tanto; pero goza de la reputación más pura y, en cuanto a la bella Francia, el verdadero fundador de nuestra Asociación». Lefort, un republicano social que luchó en Francia misma contra el Imperio, consideraba, y así se lo explicó al Consejo Central, que la Administración de París (como se llamaba a la oficina de Jolain, Fribourg y Limousin) tenía en Fribourg un elemento que no ofrecía las garantías esenciales de cualidades personales e integridad y firmeza políticas, mientras que mostraba el deseo de asumir la dirección absoluta y única de la Internacional en París.

«Por la conversación que he sostenido con él —decía Lefort— y las palabras embrolladas, violentas e injuriosas que, durante tres horas, me estuvo dirigiendo...; porque yo veo un peligro enorme para el éxito de nuestra obra, para vuestra dignidad y para los principios de la Asociación en su negativa a comunicar los nombres de vuestros coasociados de Francia y en su intención —ya en vías de hecho— de afiliarse no a hombres, sino a números (de

forma que llegaréis al Congreso, teniendo por base en Francia lo desconocido, exponiéndolos a ver surgir de improviso una batería bonapartista o poco menos), obrando de manera que toda la Francia trabajadora esté en sus manos, en las manos de un hombre a quien no conocéis bien, y acerca de quien yo tengo pésimos informes...»

Estas líneas están sacadas de una carta inédita de 17 páginas, escrita por Lefort «a los miembros del Comité» de la Internacional; carta impregnada de sinceridad y seriedad, apasionamiento y emoción. Es sabido que su autor, que por sus experiencias de entonces se retiró de la Internacional, llevó desde aquellos momentos una vida honorable, exenta de ambiciones políticas, hasta que murió respetado por los socialistas, hará unos doce o quince años.

Por multitud de cartas, muy extensas, de Jolain y de Le Lubey, y por otros documentos, yo he podido darme una cuenta exacta de la situación de entonces y comprender hasta qué grado fué comprometida.

Por aquellos años, la lucha contra el bonapartismo había pasado de su forma conspirativa a su forma de franca ofensiva pública; los republicanos no ocultaban ya sus ideas y el Imperio se veía impotente para reducirlos al silencio. No obstante la agencia imperial de la popularidad, a costas de una corrupción sutil, es decir, el *Palais Royal* (Plon-Plon, o sea, el príncipe Napoleón que jugaba a hombre avanzado) trató de hacer su cosecha de trabajadores, concediendo al elemento obrero el derecho de coalición (1864), etcétera, etcétera. Y el grupo de Jolain, aprovechándose de todos los medios para organizar corporaciones, creyó útil y necesario ocultar su republicanismo. Jolain, cuya sinceridad no discutía Lefort, escribió lo siguiente a Le Lubey en una carta, inédita, fechada de su puño y letra en 14 de febrero y firmada por él, más Fribourg y Limousin (carta de seis páginas): «...conocido (Lefort) de un corto número de amigos, es, en cambio, desconocido completamente por los obreros; pero bien conocido de la autoridad. Es, pues, peligroso y no reporta beneficio alguno el colocarlo en la primera fila. Si quisiéramos solamente protestar, escogeríamos un

nombre ilustre que no se preste a equívocos y haríamos una manifestación rabiamente republicana. Caeríamos, es cierto; pero caeríamos ante los aplausos de todo el mundo. Pero como, por otra parte, queremos vivir, porque la idea está demasiado bien concebida para que no dé excelentes resultados, el señor Lefort no es ni será más que un perjuicio...»

Así estaba planteada la cuestión entre ambos bandos, insoluble como tantos otros conflictos de esta índole surgidos entre la audacia y la prudencia; pero, como quiera que entonces para todo el mundo se vivía una época de *audacia* creciente y solamente el grupo Jolain-Fribourg practicaba la *prudencia*, he aquí por qué éstos quedaron descalificados y he aquí también por qué cuando Marx tomó partido en su favor, comenzó a descalificarse la Internacional en Francia y a languidecer su desenvolvimiento.

Seis años más tarde, el 25 de abril de 1871, el mismo Marx proponía la expulsión de Jolain de la Internacional, de la que Fribourg fué también perseguido. Y no es extraño que los republicanos socialistas franceses formasen de súbito una mala opinión de estos vacilantes retardatarios, en aquella razón en que era unánime el ansia de avance. De aquí los odios feroces de Vésinier y sus amigos contra el grupo Jolain y las sospechas de blanquismo contra este grupo. Elíseo Reclus, un observador indulgente, pero rigurosamente independiente, no se interesó por la Internacional hasta que Jolain cayó del poder en ella. Véase lo que escribía a su hermano Elías en carta del 11 de octubre de 1868: «... El primer gabinete, compuesto de Jolain, Chemalé y otros congéneres suyos, quiso disolver la Asociación a raíz de ser condenado (20 de marzo de 1868; las consecuencias comenzaron a sentirse en diciembre de 1867); excluidos estos elementos por la ley, no quisieron tener sucesores, porque desconfiaban del aspecto más sincero, más libre y más revolucionario, de quienes habían de sucederles...» (Correspondencia, I, págs. 289 y 290.)

Hasta en Suiza, la Internacional fué mal vista desde el principio por estos proscritos socialistas franceses, a juzgar por las cartas inéditas que tenemos a la vista, escritas desde Ginebra a Vésinier,

cartas en que se le habla de muchas cosas relativas a la política local. Se recordará que James Fazy había trastocado por completo en Ginebra, en 1846, el régimen conservador, mediante una revolución. Pero su sistema de dictador corrompido, era tan favorable a Napoleón III, que mereció el aborrecimiento más intenso por parte de los refugiados republicanos franceses. En aquella época de anexiones —1860, cuando Saboya y Niza caían bajo la dominación del Imperio francés; en Ginebra se hacían maniobras anexionistas (en Délemont) y en Bélgica ocurría algo semejante—, los proscritos observaban detenidamente la vida política de ciertos hombres y, al ver el hundimiento de Jolain y Fribourg en París, creyeron ver en la nueva Internacional de Suiza un factor de potencialidad anexionista bonapartista. Se equivocaron; pero sus suspicacias no eran calumniosas ni producto de alucinaciones, sino resultado de tristes experiencias en aquellos años sembrados de intrigas nacionalistas y de otros matices.

Solamente Proudhon y algunos contados anarquistas como Héctor Morel (autor del hermoso folleto *Les nationalités considérées au point de vue de la liberté et de la autonomie individuelle, par un prolétaire* —Bruselas, 1862; 52 págs.—, publicado en el periódico *Le Prolétaire*), supieron ver entonces la cuestión de la convivencia de las nacionalidades en el sentido de la libre federación, como, entre los españoles, Pi y Margall y algunos otros federales. Marx lanzó apasionadamente y en cuantas ocasiones pudo el pregón de la guerra universal contra Rusia y el restablecimiento de la Polonia *integral*. El episodio referente a esto en la Conferencia de septiembre de 1865, fué enseguida llevado a conocimiento del público por Vésinier —hombre también apasionado y combativo— mediante un relato publicado en el periódico satírico de Bruselas *L'Espiègle*, órgano socialista independiente redactado por Odilon Delimal. Vésinier había enviado el manuscrito al doctor Watteau, el hombre de confianza de Blanqui, que precisamente estaba en Bruselas entonces. El viejo representante del pueblo de 1849, Boichot, uno de los condenados en el proceso del 13 de junio de 1849 (en compañía de Ledru Rollin, Considérant, Coeurderoy, etc.) escribía a Vésinier, el

25 de septiembre: «...Dejo al doctor (Watteau) el cuidado de dar a usted los detalles de la evasión de Blanqui y de su llegada a Bruselas, en donde parece definitivamente enclavado...» Watteau dió el 5 de junio una recomendación a Vésinier para el proscrito Bordage, de Londres, miembro del Consejo Central, recomendación que tenemos a la vista, así como una carta escrita en inglés, por la que Luis Blanc presenta a Vésinier a un editor para ver de conseguir sus deseos de publicar una edición inglesa de su libro contra Napoleón III. Existe también una multitud de tarjetas de Félix Pyat a Vésinier, de términos amistosos. El doctor Watteau se tomó el trabajo de copiar el relato de Vésinier para corregir un tanto su estilo rudamente patético. Tengo a la vista este manuscrito, de su puño y letra, que consta de cuatro páginas en folio, y de él extraigo el siguiente pasaje:

«...Presentóse una proposición pidiendo votar en contra de la política rusa, pretendiendo confinar a Rusia hasta el final de las estepas de Asia, añadiendo como obligado corolario el restablecimiento de Polonia. Queríase conducir al espíritu revolucionario de la Asamblea por derroteros falsos. Yo declaro que esta malaventurada proposición estaba en perfecta pugna con la fraternidad de los pueblos, en la que únicamente podríamos encontrar una suprema garantía contra las violencias y las brutalidades del despotismo. Se combatió ya, valerosamente, por la misma causa, pero todo fué en vano. Todos los intentos vinieron a estrellarse y fracasar contra el espíritu exclusivamente «polonista» de la mayoría.»

Con gran dificultad, Vésinier logró hablar otra vez aún, y dijo:

«Yo deseo que, tras el voto de restablecimiento de Polonia, se añada: «y restablecimiento de las repúblicas francesas, romanas y mejicanas.» Y aún añadiría, para evitar exclusivismos, la liberación e independencia de todos los pueblos oprimidos.»

«Grandes rumores en todo el salón. Se me negó el uso de la palabra para desarrollar y defender esta proposición mía, pero se le concedió al ciudadano Karl Marx para atacarla.

«Este «declaró formalmente que la Asociación no podía emitir un voto en favor

del restablecimiento de la República francesa, habida cuenta de que el Imperio era un sistema de gobierno nacional libremente aceptado por el pueblo francés. ¡Indudablemente Marx tuvo ganas de hacernos reír! Yo apelé a todas mis fuerzas para imponerme a los rumores y respondí que el Gobierno imperial era un Gobierno de fuerza bruta, resultado y producto de un crimen odioso, perpetrado el 2 de diciembre por el perjurio, la traición y el asesinato; que las carnicerías de los bulevares de París bien valían por las carnicerías de Polonia y que, puesto que se pedía el repliegue de Rusia al otro lado de los Urales, yo pedía a mi vez la expulsión de Europa de los cosacos del Sena, etcétera, etc.

«Con esto abrí el antro de las tempestades: se desencadenó contra mí un espantoso huracán; no hallé medio ni modo de hacerme oír. Permanecí, no obstante, impertérrito, en pie, y cuando la tormenta amainó un tanto, continué:

«¡Cómo! En la Asamblea de la Internacional de obreros se ha propuesto la restauración de Polonia, es decir: la restauración de un Gobierno monárquico, ¿y no me es permitido a mí, a mí, miembro de la Asociación republicanosocialista, pedir el restablecimiento de tres repúblicas, estranguladas por los cosacos de las Tullerías? ¡Yo protesto de semejantes maniobras que tengo derecho a calificar de policías!»

«Con esto corté las cuerdas del antifaz que ocultaba el rostro de los delegados de París (sección del Palacio Real). Jolain, Fribourg, Limousin y otros se levantaron de sus asientos y, con el puño cerrado, el rostro amenazador y el insulto en los labios, me regalaron las delicias de un repertorio completo...»

«La escena continuó: Vésinier proseguía diciendo: «Señores bonapartistas...» Pero le fué retirada la palabra. Y se votó la proposición. «La pequeña intriga *plon-plonista* —dice Vésinier— ha triunfado; pero los agentes a su servicio quedan desmascarados para siempre.»

He aquí los escándalos a que la tozudez y el apasionamiento de Marx arrastró a la Internacional que tantas buenas voluntades reunía. ¿Puede uno extrañarse de que Bakunín permaneciera a su margen en estos primeros años?

Pero volvamos a España.

El 14 de noviembre de 1865, el secretario para Francia (Dupont) informó al Consejo Central de que «el centro parisiense estaba en correspondencia con los demócratas españoles, de lo que más tarde informaría completamente al Consejo». Y nada más.

El 6 de febrero de 1866, el secretario suizo (Yung) leyó lo que la Asociación (de París) informaba sobre el Congreso de Navidad, de Barcelona (1865) y Yung y Dupont propusieron entrar en relación con el presidente del Congreso de Barcelona. Eugenio Dupont quedó encargado de escribir a Gusart. Lo hizo, probablemente, y *El Obrero* del 18 de marzo de 1866, publicó un artículo titulado «La Asociación Internacional» y firmado por A. Gusart. Era un artículo de simpatías generales, pero que no salió del terreno de la cooperación, del crédito y de los seguros mutuos; y llamó la atención de la Asociación de París y del *Diario de la Asociación Internacional de Trabajadores*, de Ginebra (aparecido el 17 de septiembre de 1865). *El Obrero* del 8 de abril de 1866 (núm. 83) es el último número que yo he visto. Existía entonces en Barcelona la revista *La Asociación*, redactada por José Roca y Galés, órgano muy moderado del que aparecieron 14 números, desde el 1.º de abril al 8 de julio. Su director fué calificado, en 1882, de «ex obrero», hoy canovista burgués (véase *Revista Social* del 16 de febrero de 1882).

Probablemente, por la insurrección de Madrid de junio de 1866, estas publicaciones y los inicios de federación hubieron de interrumpirse, y la clandestinidad de las Sociedades y de sus relaciones entre sí continuó hasta septiembre de 1868, cuando todo volvió de nuevo a la luz del día.

Había llegado a Londres el estudiante de Medicina Paul Lafargue, expulsado de la Universidad de París por su participación en el Congreso de Estudiantes de Lieja, de septiembre de 1865, actuando en furibundo prudoniano, como entonces era. Dióse a frecuentar el medio de la Internacional; entró en la nueva rama francesa de Londres y, a propuesta de Yung y Dupont, fué elegido miembro del Consejo Central, y el 27 de marzo, a propuesta de los mismos, se le nombró secretario para

España. En este cargo permaneció hasta su marcha a París, al principio de 1880, aunque las actas, que se conservan, no muestren señales de su actuación ni de si ejerció el cargo en toda su plenitud.

En 1866, fuese por el punto de vista estrictamente cooperatista de Gusart; fuese por la persecución habida tras la insurrección de junio, los intentos de relaciones entre España y Londres fueron suspendidos o anulados, si es que tales intenciones existieron en realidad.

El contacto de A. Marzal Anglora, de Barcelona, con los Congresos de 1867 y 1868, de la Internacional; su misma presencia en el segundo de ellos obedecieron a otras razones aun no exactamente conocidas.

Max NETTLAU

Viena, septiembre.

Ha muerto Víctor Méric

Tras una larga enfermedad de las que no perdonan —un cáncer en el estómago— ha muerto en París, el día 10 del actual, el que era director de La Patrie Humaine, Víctor Méric.

Unidad, continuidad, probidad: tal es el triple carácter que ofrece, a primer examen, la vida del militante ejemplar que acaba de desaparecer.

Fué de aquellos —¡gran honor!— a quienes la calumnia no perdona. En atención a su dureza aparente —aparente, porque su corazón era un corazón de niño— acumuló en su contra los más profundos rencores y los odios más implacables; pero también contaba con amigos fieles, de sincera devoción, que ahora le lloran, sin más esperanza que la de consagrarse a la exaltación de su recuerdo.

La figura gigante del gran pacifista, pacifista de acción, no teorizante del pacifismo, que fué Víctor Méric, no puede quedar falta del merecido responso por nuestra parte.

Pero, por hoy, debido a la falta de tiempo y espacio, hemos de resignarnos a dar solamente la triste noticia.

En el número próximo nos consagraremos con la amplitud debida a la figura de Víctor Méric.

¡Descanse en paz quien vivió para ella!

Humanitarismo y Eugenismo

III

La «raza de los pobres»

TAN imperativa como se afirma la necesidad de la esterilización en la lucha contra la herencia morbosa, tan evidente es la influencia del medio en la degeneración del individuo y de la raza humana. Entre los eugenistas que tienden a la selección de los nacimientos con el favorecimiento de los sanos y de los aptos, por una parte, y los malthusianos que tienden a la limitación de los nacimientos en relación con las subsistencias disponibles en una región determinada, por la otra, existen algunas divergencias que desaparecen poco a poco gracias a que los adeptos, tanto del eugenismo como del malthusianismo, adquieren conciencia progresivamente de los principios directores de la otra doctrina y de las necesidades de aplicación de la suya propia. Para que el acercamiento entre ambas tendencias se realice, basta que los eugenistas lleguen a preocuparse de la cantidad y los malthusianos de la calidad. El equilibrio entre una y otra constituirá una solución ideal del problema de la procreación, que favorecerá al progreso constante de la humanidad.

En ciertos capítulos de la *Maternidad consciente*, se ocupa también Devaldés de la influencia negativa del medio en materia de selección humana. Basándose en las estadísticas de la «medicina social» y en las indagaciones de los biólogos, llega a conclusiones sorprendentes. La miseria económica, la existencia penosa de los que pueden denominarse los supernumerarios de la humanidad, ha creado, como lo ha demostrado el profesor Alfredo Nicéforo, una «raza de los pobres» que tiene su medio propio y sus caracteres biológicos particulares. El industrialismo excesivo ha marcado a la clase obrera con estigmas específicos y ha llegado hasta a privarle de lo que hubiera parecido ser su característica la fuerza muscular. Nicéforo ha demostrado que las clases sociales no difieren tan sólo desde el punto de vista económico, sino también desde el punto de vista físico: fisiológico y psicológico. La raza de

los pobres es inferior a los hombres normales desde todos los puntos; no solamente la talla, la capacidad craneana, la fuerza física y la resistencia a la fatiga son reducidas en ella; no sólo el crecimiento de sus hijos es lento; no sólo sufre de anomalías fisiológicas, sino que tiene una sensibilidad más reducida y sus caracteres psicológicos aproximan su mentalidad a la del niño y a la del primitivo.

Objetarán los socialistas que la raza de los pobres no es una consecuencia del medio natural, sino del medio social en régimen capitalista. Por consiguiente, suprimiendo el capitalismo, según ellos, se haría desaparecer los factores a los cuales tiene que existir la raza de los pobres. Juicio simplista. «La organización capitalista de la sociedad no es más que un producto, un efecto y un reflejo de la lucha natural por la existencia. Ahora bien, ¿qué fenómeno natural da origen a la lucha por la existencia? La *población excesiva*, como Darwin, padre de la expresión, lo ha reconocido y como lo ha establecido Malthus.

La población excesiva es casi exclusivamente la obra del proletariado, de los pobres. Los capitalistas y los partidarios de la guerra tienen necesidad de brazos para trabajar y de carne de cañón. Pero ni sus sugerencias de moralistas en favor de la prolificidad, ni sus promesas de ventajas especiales a las familias numerosas, pueden ser suficientes para determinar la superpoblación. El pueblo soporta los efectos de su ignorancia en lo que afecta a la vida sexual. La mujer es el elemento pasivo y fatalista, y el hombre es prolífero por bajo egoísmo, por bestialidad o por falta de voluntad. Si la mujer del pueblo poseyese los conocimientos sexuales de una mujer del «gran mundo», si dispusiera, sobre todo, de los medios discretos de evitar la concepción no deseada o el nacimiento que pone a veces en peligro la vida de la madre y es fatal con frecuencia para el hijo, entonces la mujer del pueblo sería un elemento activo en la regeneración de la especie humana. Deberían fundarse numerosos institutos de educación sexual cuya enseñanza impediría que se produje-

sen los crímenes de aborto causados por la ignorancia de las mujeres y por la codicia de los charlatanes. Sería preciso también hacer legal el *aborto selectivo*, en cuya consecuencia se fundarían clínicas en las que el aborto necesario y voluntario sería practicado por especialistas autorizados, según principios puestos al servicio de la purificación y de la curación de la raza humana.

La limitación de los nacimientos, o, con más exactitud, la limitación concepcional, con miras a prevenir los efectos desastrosos de la superpoblación, se impone hoy a todo espíritu que haya podido emanciparse de los absurdos de la moral que impera en nuestras sociedades. Si la economía política de Malthus está ahora prescrita y no responde ya a las concepciones económicas de la actualidad, su fórmula de la ley de población, así enunciada, sigue siendo inconvencible: «La población tiene una tendencia constante a acrecentarse más allá de los medios de subsistencia.» Sea cual fuere el progreso técnico e, incluso, si admitiésemos que tuviese que llegar una época en que pudiéramos utilizar directamente la inagotable energía solar, sigue siendo cierto que la población crecería también, sobrepasando sin cesar los medios de existencia acrecentados. El desequilibrio entre la población y las subsistencias es una realidad actual y continúa siendo un peligro futuro. Tan sólo la intervención sistemática del hombre, basada en la ciencia, por medio de la limitación de los nacimientos, aniquilará el azote de la superpoblación. Pues la superpoblación es eso realmente: ella engendra las crisis económicas y perpetúa la raza de los pobres en un medio contrario a toda selección humana. La herencia moribunda y la superpoblación son los dos grandes azotes contra los cuales los eugenistas, por una parte, por medio de la esterilización y de la educación sexual integral, y los maltusianos, por la otra, mediante la limitación concepcional y la práctica racional del aborto, proponen a la sociedad empeñar la lucha.

Los obstáculos más importantes que se oponen a estas reformas vitales son los dogmas religiosos y patrióticos. La Iglesia —sea cual fuere: cristiana, judaica, islámica, etc.— abusa del mandamiento bíbli-

co: «Creced y multiplicaos.» Ese mandamiento es absoluto también en la India famélica, en la China opiómana y en el Japón imperialista. Todos los ritos, tradiciones, supersticiones, todas las promesas paradisíacas y las obsesiones satánicas son puestas por las religiones de Estado al servicio de la fecundidad ilimitada y de la reproducción inconsciente elevada al rango de virtud. ¡Aun cuando la mujer se debilite a consecuencia de alumbramientos repetidos e incluso si muere por ello!

La ciencia ha demostrado que los partos frecuentes ocasionan la degeneración, tanto de la madre como de los hijos. En la Clínica de las Madres de Londres, institución eugénica fundada por la doctora María Stopes, fueron examinadas, en 1924, 5.000 mujeres. Entre ellas, 4.235 estuvieron encinta una o varias veces (algunas hasta diecisiete veces). Ahora bien, he aquí el resultado de la encuesta: las mujeres que tuvieron dos o tres embarazos dan un porcentaje de mortalidad infantil y de partos falsos (abortos), de 9'83. En las mujeres que han tenido cinco embarazos, el porcentaje se eleva a 21'67; en seis embarazos, el porcentaje es de 33'18; en doce embarazos, de 37, y el porcentaje crece siempre. La mortalidad infantil (en el seno de la madre o durante los primeros años de la infancia) en las mujeres que han sufrido demasiados embarazos llega hasta el 50 %. Y no hay que olvidar que la mortalidad habitual, calculada sobre *mil*, está lejos de alcanzar esas cifras...

He ahí un argumento biológico de primera importancia contra los embarazos frecuentes. Sin embargo, las Iglesias, que suelen desnaturalizar el espíritu de las religiones, ordenan al mismo tiempo que el Estado: «Multiplicaos.» Este dogma es indiscutible: la madre puede morir agotada, los hijos pueden nacer degenerados, poco importa: sagradas, deben cumplirse las obligaciones conyugales *ad maiorem Dei gloriam*...

La maternidad consciente exige del hombre un espíritu libre de los dogmas y de las supersticiones y un corazón grande en el que debe dominar «el respeto ajeno, que es la forma más elevada de la justicia, y la piedad, que es la forma más elevada del amor».

La superpoblación y la guerra

También la guerra es disgénica. Los que afirman hoy que la guerra es una forma de selección de la raza, proclaman con cinismo una necedad criminal. Por el contrario, «aquel cuyo deseo es el mejorar la raza, es un pacifista necesariamente». No insistiremos aquí sobre esta cuestión, desarrollada en otras obras nuestras y dilucidada de una manera definitiva en la *Biología de la Guerra*, del profesor Georg Fr. Nicolai. En un folleto titulado: *La causa biológica y la prevención de la guerra*, Manuel Devaldés ha expuesto también el problema del «pacifismo científico», partiendo de la idea, paradójica en apariencia, de que la guerra de 1914-1918 fué un efecto directo de la superpoblación europea.

Como neomaltusiano, Devaldés se consagra al problema esencial de la superpoblación, aunque la guerra moderna tenga también causas específicas, puestas en evidencia por el antagonismo económico y político de los diversos imperialismos. Difícil es disimular que los «ideales» patrióticos y las cruzadas «por el Derecho y la Civilización» son puros pretextos. Mediante una lógica llevada al extremo, los maltusianos podrían llegar a probar que los antagonismos económicos y políticos son también efectos de la superpoblación. Devaldés examina, según Malthus y otros autores, el carácter de este último fenómeno, mostrando las relaciones de concurrencia existentes entre países agrícolas y países industriales; los países industriales tienen un exceso de población que no puede sustentarse más que forzando a los países agrícolas a suministrarles víveres a cambio de productos manufacturados.

Por otra parte, la lucha entre países industriales mantiene el odio entre los pueblos que buscan mercados. La posesión de colonias por tal o cual nación mantiene las envidias internacionales que preparan las guerras futuras.

En Inglaterra, donde el maltusianismo ha influenciado de una manera más evidente la mentalidad de una élite, la National Birth-Rate Commission (Comité Nacional de la tasa de la natalidad) ha reconocido, en su informe de 1916, que «la presión de la población en todos los países

entraña, como principal consecuencia histórica, emigraciones e invasiones no sólo con miras a un establecimiento pacífico, sino también para la conquista y para el sometimiento y la explotación de los pueblos más débiles. Los conflictos internacionales encuentran siempre en ello su causa principal». En otros tiempos, esas emigraciones (invasiones de los bárbaros) se efectuaban sin el menor escrúpulo por lo que respecta a los países a cuya costa se hacían; hoy en día, se llevan a cabo con más hipocresía, so pretexto de convenciones y de protectorados. Y Devaldés saca la conclusión siguiente: «En el porvenir, cuando esta concepción de las causas de la guerra sea compartida por un número mayor y siempre creciente de personas, será a la superpoblación de los países beligerantes a la que se achacará su responsabilidad de guerra.»

La Naturaleza opone a la superpoblación un «freno represivo»: la guerra u otros medios, para hacer desaparecer a los seres en número excesivo: el hambre, o, más bien, la subnutrición y las epidemias, por ejemplo. Mas el hombre, al menos en su tipo superior, ha llegado a adquirir una capacidad de autodefensa que le lleva a juzgar de una nueva manera a los fenómenos naturales. No los considera ya como absolutos, como inevitables. La superpoblación es un fenómeno natural, es decir, biológico, pero mantenido por supersticiones colectivas; empero, el hombre puede evitarlo haciendo uso de su razón. He demostrado que la ciencia le proporciona bastantes medios para limitar los nacimientos sin atrofiar el instinto genésico. Evidentemente, el Estado, cada Estado, que se halla fundado sobre la idea nacional o sobre el imperialismo políticoeconómico, se opone a la selección voluntaria por esterilización o limitación de los nacimientos: tiene necesidad de carne de cañón. Lo mismo que la Iglesia, el Estado suministra al militarismo sus instrumentos de opresión y de persuasión. Los patriotas se sienten también obligados a procrear *ad maiorem gloriam Patriæ*... «Multiplicaos», gritan a coro las gentes de la casta eclesiástica y de la casta militar. El efecto es, además, doblemente execrable: 1.º, por el mantenimiento de la superpoblación y de todas sus miserias; 2.º, por la siega que hace finalmente la guerra de los hombres más sanos

y más aptos para regenerar la raza, quedando, por el contrario, salvaguardados los degenerados.

He ahí por qué es lógica la paradoja de Devaldés. Cita numerosas opiniones de economistas y de sabios que todos llegan a esta conclusión: «La reglamentación de la procreación es la manera más eficaz de asegurar el cese de la guerra (Adelyne More). Pero, añade nuestro autor, la limitación de los nacimientos debe ser *mundial*, pues el planeta hállese sometido hoy a leyes unitarias. Si, por ejemplo, Europa practica el eugenismo, quedará expuesta al peligro de una invasión del Asia prolífica, pese a toda su superioridad en materia de técnica.

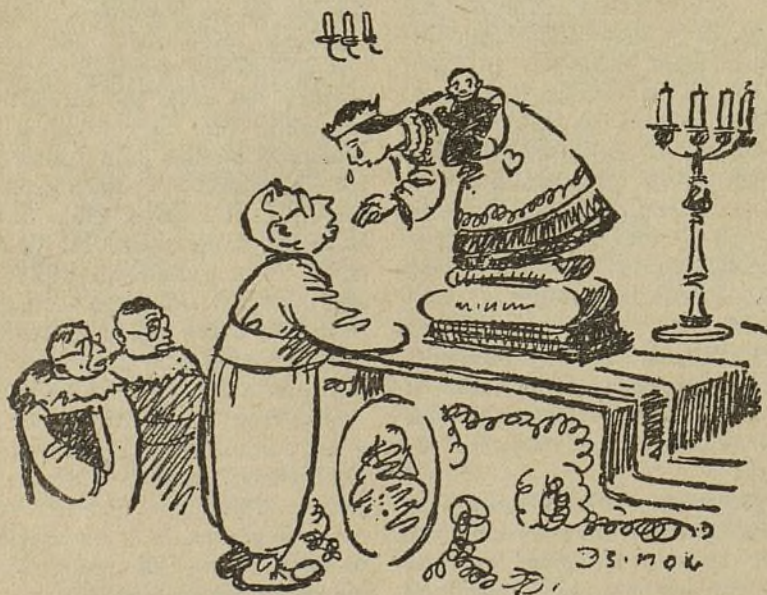
En efecto, de igual modo que la limitación de los armamentos, la limitación de

los nacimientos no será eficaz más que en el cuadro planetario. La única organización mundial que es capaz de reunir informaciones estadísticas, para tomar después las medidas necesarias para una reglamentación de los nacimientos, es la Sociedad de las Naciones. Pero esta organización es, ante todo, obra de los Estados que han preparado y acarreado la guerra europea de 1914-1918. Sin embargo, la idea eugenista, armoniosamente asociada al malthusianismo, se abre camino, quizá a pasos aun imperceptibles, pero teniendo ante sí la perspectiva de imponerse, tarde o temprano, a una Sociedad de las Naciones puesta realmente al servicio de la humanidad.

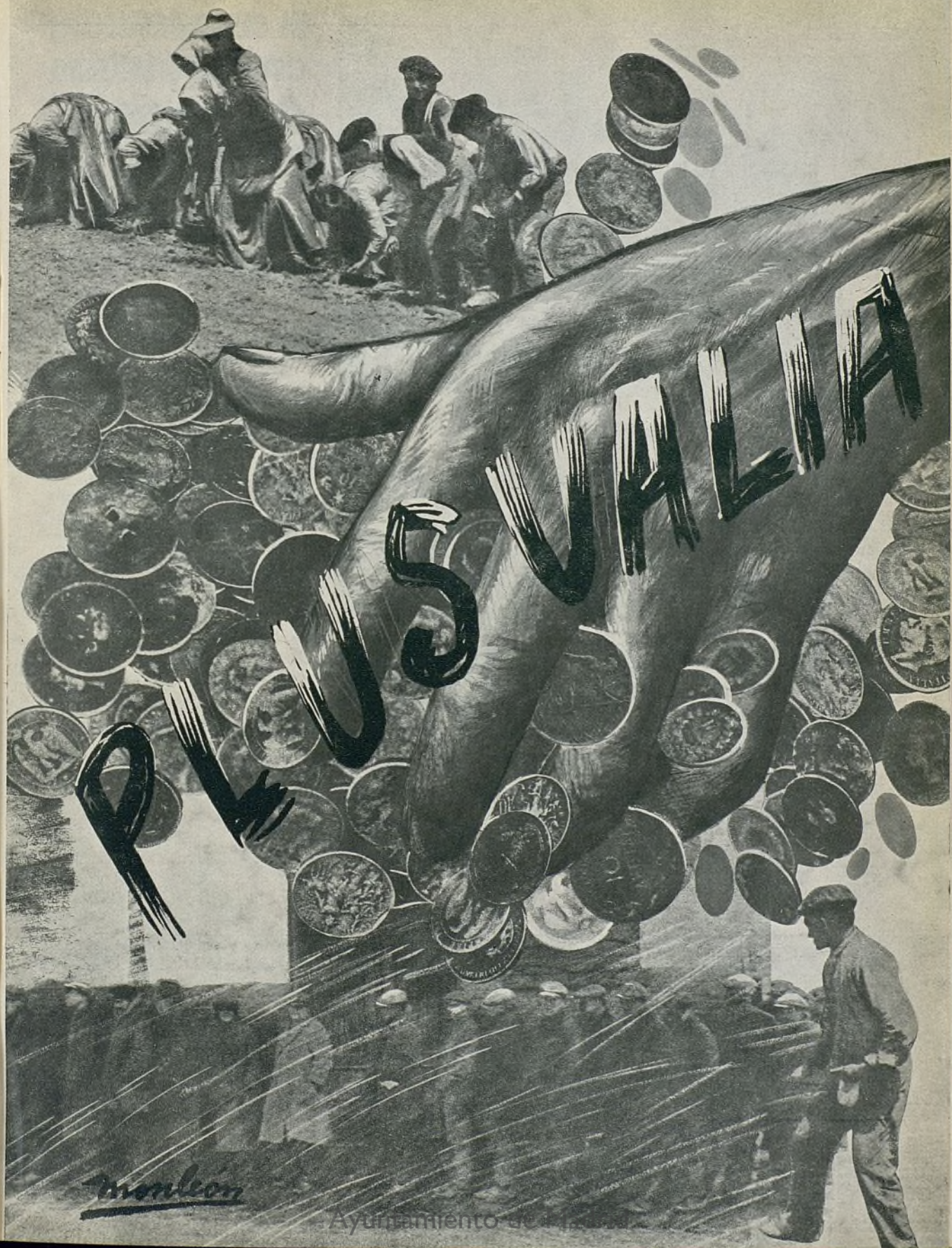
Eugen RELGIS

Bucarest.

EL ULTIMO MILAGRO



La virgen de Ezquioga al administrador sacristán:
—¿Por qué enviáis los fieles a mi competidora de Beauraing?



monleón

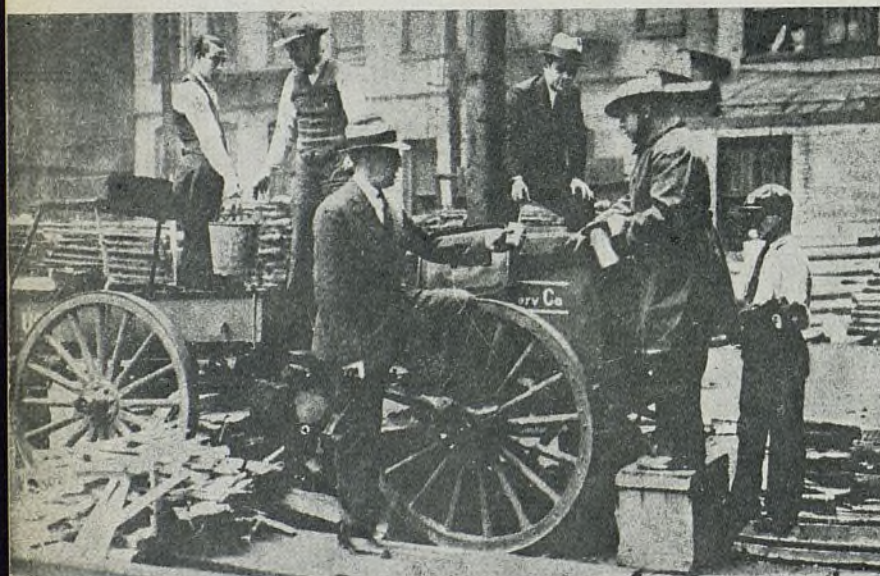
Ayuntamiento de

El alma caritativa del imperialismo estadouniense

En las dependencias de los Padres Franciscanos, de Nueva York: Reparto gratuito de alimentos, producto de donativos de gente de *buen corazón*, a gente sin recursos que lo dieron todo.



Cocina de campaña del ejército de los Estados Unidos utilizada para preparar comida y repartirla, *gratuitamente*, entre los seres que ya no rinden un producto al capitalismo.



Gente sin medios y sin trabajo haciendo cola frente a uno de los locales habilitados en Chicago para repartir comida a los desocupados.



Ayuntamiento de Madrid

Estampas de la Revolución cubana

El ex sargento Batista, ex rebelde y actual servidor de la demagogia, del Gobierno de Grau Sanmartín, encargado de sofocar el movimiento revolucionario popular, junto a otro sometido y en compañía del amigo Sanmartín.



Dibujo publicado en una revista cubana y que muestra al caído Machado tal como fué para el pueblo, que lo ha barrido, y que aún no puede dejar la escoba, porque aún quedan muchos a los que tendrá que sacudir...





MAS ALLÁ DE LA MUERTE

la transfusion de sangre de cadáver a los vivos

Véase artículo
en la página 54



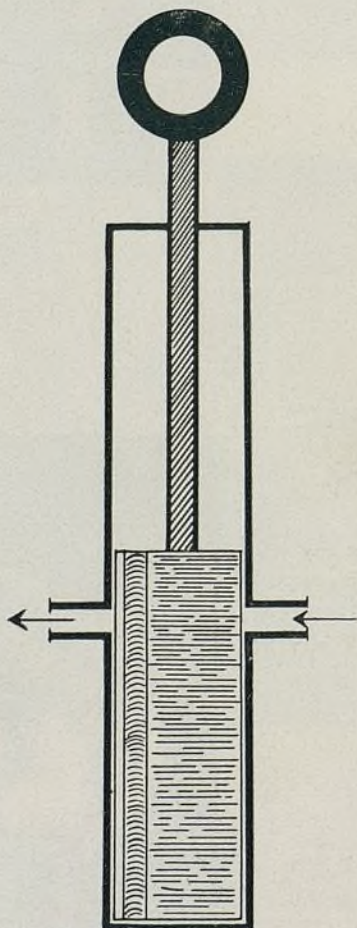
1 y 2.—Un ahorcado. Su sangre joven y buena se ha perdido. Y quizás con ella se hubiese podido salvar a una madre, que habiendo dado a luz, ha muerto por hemorragia.



← ESQUEMA: Jeringa tipo para transfusiones sanguíneas.

Sangre del enfermo

Sangre de donador



La sangría.—De un grabado en boj del Almanaque impreso en Lubeck en 1510.



La sangría.—Miniatura de un salterio del siglo XIV.



Ayuntamiento de Madrid

El Socialismo, las Religiones y los fascismos

Dedicado a mis ex camaradas de la U. G. T.

El mundo está amenazado con un retorno al tenebroso medievo. Dos fuerzas aliadas o, por mejor decirlo y más exactamente, una fuerza, agazapada y escudada en varias fuerzas, disimuladas con un nombre pomposo, están trabajando, ahincadamente, con tal fin.

La inspiradora de todos los fascismos es la Iglesia y sus hombres representativos, sus jerarcas directores, sus asociaciones y centros de acción social y sindical; sus teorías teológicasociales y su práctica abusiva de ellas. Porque, en definitiva, ¿qué son los fascismos? Una aspiración creciente hacia la dominación, de grado o por la fuerza, de un grupo dirigente, contra la masa dirigida a título de verdad indiscutible y de conveniencia indudable, para la nación o la Humanidad.

Partiendo de este sofisma se aceptan todos los medios para llegar a este supuesto fin: desde la coacción hasta la muerte, *en nombre del bien general*.

Aun en los detalles se retorna a los procedimientos preferidos en las edades bárbaras de dominación de la Iglesia, a los procedimientos inquisitoriales *cristianos*. En Alemania se suprimen los opuestos al fascismo hitleriano, cortándoles la cabeza a golpes de hacha, se destruyen por el fuego, en actos solemnísimos y populares, libros, manuscritos, estatuas; tesoros de ciencia y de arte; todo lo que creen estorba a sus planes de dominación estos nuevos Atilas del progreso; se expulsa a los judíos y se declara oficialmente que Cristo no es judío, *sino un ario de pura raza*, para poder firmar el Concordato con Roma e imponer el ideal del Papa al lado del ideal de Adolfo, el pintor megalómano de otros tiempos.

Como en Roma Mussolini es gran amigo y protector del Papado, alentador de sus aspiraciones seculares al dominio temporal, otorgándole un Estado minúsculo y tres mil millones de liras, además de otras

prebendas; en Alemania, Hitler, Von Papen y algunos más dirigentes son católicos de pura cepa; visitan al Papa, se ponen de acuerdo con él y las campanas repican estruendosamente, horas y horas, durante los actos fascistas; los obispos bendicen las banderas y los jefes «nazis» aceptan medallas benditas y sonrisas alentadoras.

Es el mismo camino que en Italia, donde Mussolini es llevado bajo palio y condecorado con medallas benditas, recibido al toque solemne de campanas y aceptado en los templos católicos a los acordes de *Te Deums* ceremoniosos.

Polonia, otro de los focos del fascismo internacional, es un coto cerrado del catolicismo y su fascismo huele más que ninguno a agua bendita e incienso litúrgico; en Austria aún perdura la acción ponzoñosa de aquel canciller, monseñor Seipel, que el papa romano colocó allí para ensayar acaso el primer fascismo intentado en Europa, en gran escala. ¿Quiénes son los aspirantes a fascistas, en Francia y en España? Los viejos monárquicos y los mejores adictos del papa romano.

Fascismo y socialismo estatal son dos cosas muy semejantes en nuestros días: doctrinas materialistas que intentan el dominio y la transformación de la sociedad por la violencia mediante el acaparamiento del Poder, la abolición de la democracia clásica y la imposición de la fuerza material sobre la fuerza espiritual.

Por eso los mejores hombres del fascismo se reclutaron en el campo católico y en el campo socialista colaboracionista. Justo es confesar que el socialismo colaboracionista intenta un avance y el fascismo un retroceso.

Pero, hecha esta aclaración, bueno es comprender que este socialismo se ha desentendido del llamado problema clerical, y cuando gobierna y cuando colabora, transige con las pretensiones de la Iglesia y se acomoda a su conveniencia, de momento, escudándose en una palabra que no utilizaban jamás los revolucionarios de los buenos tiempos del socialismo: oportunis-

mo significa siempre claudicación y esa es la táctica del socialismo colaboracionista actual en todo el mundo.

El fascismo conoce esta palabra mediocre; su oportunismo es un modo de llegar a ser Poder y una manera de conservarse en el Poder hasta aniquilar a sus enemigos.

Oportunismo es, sencillamente, la divisa de los jesuitas: «Todos los medios son buenos para llegar al fin.» Y esa es la divisa del fascismo y del socialismo colaboracionista y del catolicismo romano.

Que el catolicismo y el fascismo la utilizan descaradamente, no es necesario probarlo; pero para aquellos inocentes que dudan pueda el socialismo colaboracionista aceptarla, vamos a extractar algunos hechos y algunas opiniones de grandes jefes socialistas de nuestros días.

León Blum, el gran líder socialista francés, ha dicho en 1930, en una entrevista de *La Vire*, siendo él jefe del Partido Socialista francés: «Es perfectamente posible concebir un socialismo religioso o más exactamente la coincidencia individual de una creencia socialista y de una creencia espiritual. Yo no soy a priori, ni antirreligioso ni ANTICATOLICO. Tampoco soy clerical en el sentido tradicional del término.»

André Filiph escribió en *Le Populaire*: «No hay contradicción entre el socialismo y el cristianismo, sino que, por el contrario, estas dos grandes fuerzas morales deben ayudarse mutuamente a realizar la ciudad futura.»

Y Jean Longuet, en el mismo periódico, dijo: «Es necesario combatir la influencia política de la Iglesia, pero no las concepciones religiosas de la misma.»

En la Cámara francesa, cuando la discusión sobre la vuelta a Francia de las Congregaciones religiosas, los diputados socialistas Boncour y Camboulive, han defendido el proyecto de retorno EN INTERES NACIONAL DE FRANCIA. Como en España, que una minoría de ciento diez diputados socialistas y tres ministros socialistas en el Poder han legalizado la permanencia en España de ochenta mil frailes, la mayor parte extranjeros, excluidos en el Concordato hecho por la monarquía hace ochenta años, llevado al Código penal de la República delitos contra la religión, penándolos con presidio, multas. Autori-

zando la permanencia en España del mismo Nuncio de la monarquía y otras cosas semejantes.

En Francia, en las exequias católicas del cardenal Dubois, un gran enemigo de las organizaciones obreras estaba representando oficialmente el socialismo francés. Y, al votarse la ley de vuelta a Francia de las Congregaciones religiosas, los diputados socialistas que no las defendieron se abstuvieron de hablar en contra, combatiéndola.

En Alemania, el Congreso Socialista de septiembre del 1925, celebrado en Heidelberg, ha votado un programa del Partido, en cuyo texto oficial se encuentran estas palabras elocuentes: «Es posible ser cristiano y religioso y, al mismo tiempo, un excelente socialista. Si en el trabajo de educación y de instrucción la socialdemocracia aplica el principio del laicismo, esto no quiere decir que es hostil a la religión. La escuela laica no es enemiga de la religión, no lucha contra la religión, como afirman muchos.»

Esa declaración, como programa del Partido Socialista Alemán, explica lo ocurrido allí. En Colonia se publicó durante muchos años *La Gaceta Roja* de los socialistas... católicos. En este órgano oficial del socialismo alemán podemos encontrar declaraciones sustanciosas de jefes socialistas significativas. Hermann Müller, que llegó a ser jefe del Gobierno alemán, ya fallecido, decía allí: «En el curso de estos últimos tiempos, hombres serios y bien intencionados, pertenecientes a los dos campos, socialista y religioso, han trabajado mucho para echar un puente entre ellos. Yo saludo, en *La Gaceta Roja* de los socialistas católicos, un nuevo paso bienhechor en este sentido.»

Otto Braum, otro socialista que llegó también a ser jefe del Gobierno prusiano, esforzado colaboracionista, exclamaba: «La fe en el régimen socialista es perfectamente compatible con la concepción religiosa y atea al mismo tiempo.» Y Karl Severing, que, al fin, traicionó y fué uno de los verdugos de la clase obrera, escribía, cuando aún era dirigente socialista: «El número de los que buscan la unión de la fuerza católica con la concepción socialista aumenta rápidamente. *La Gaceta Roja* quiere y puede servir en esta grande e importante obra civilizadora.» La alian-

za de socialistas y católicos alemanes en el Parlamento fué frecuentísima y culminó en la aprobación del famoso Concordato que el Gobierno socialista de Prusia firmó con el papa romano, recibiendo la Iglesia grandes propiedades territoriales, regalos valuados en 60.000 millones de francos, un castillo con 140 habitantes para el obispo católico de Berlín y una subvención anual para la Iglesia católica alemana de 30 millones de francos.

Este hecho y otros hechos prueba que el Gobierno de Bruning era un instrumento oculto de la Iglesia católica, sirviéndose para lograr estos triunfos morales, políticos y financieros de la colaboración escandalosa del partido del centro, del partido católico y del partido socialista alemán, la patria de Marx y la cuna del colaboracionismo y la traición escandalosa a los principios marxistas.

El mayor culpable y ahora la mayor víctima de la instauración del fascismo «nazi» en Alemania la tuvieron los socialistas, colaboracionistas, traidores y ciegos a la trama tejida por su mayor enemigo: el catolicismo, que a pesar de tenerlos excomulgados y crear fuerzas sindicales y políticas con diversos nombres contra ellos, supo y sabe utilizarlos para sus ventajas transitorias, hundiéndolos después, sin compasión, en el seno tenebroso de los fascismos acuciados por ella artera y cautamente, allí como en todas partes donde encuentra terreno preparado.

En Inglaterra el mal aún es mayor. En 1923 ya había entre los 193 diputados laboristas dos pastores evangélicos muy ortodoxos, y en las últimas elecciones figuran como candidatos más de 30 pastores evangélicos. El traidor Mac Donald hizo un viaje a la Escocia y a la Irlanda católica para sumar votos de los católicos, logrando, con sus declaraciones, ocho actas por Escocia y tres por Irlanda, con el apoyo manifiesto de los católicos.

El escándalo de los laboristas colaboracionistas ingleses llegó a términos insospechados en sus concomitancias con los cristianos anglicanos que tanto se parecen a los cristianos romanos; las puertas de la catedral de Aberde, en Londres, se llenaron, con aprobación de sus sacerdotes, de anuncios para las elecciones de Mac Donald. Así ocurrió en otras localidades con iglesias católicas y anglicanas, y hasta

el reverendo obispo de Mánchester predicó un sermón, anfibio, como de buen teólogo, favorable a la candidatura laborista, declando que «era muy difícil de resolver en conciencia la cuestión del voto, porque en los tres partidos: laborista, conservador y socialista dirigido por el honorable Mac Donald, se encontraban personas honorables y temerosas de Dios».

En el movimiento sindical (tradeunio-nismo) que está ligado al socialismo en Inglaterra de una manera semejante a la relación existente en España entre el Partido Socialista y la U. G. T., la cosa pasó a mayores. En 1925, antes de comenzar el Congreso de Seabourg, se anunció a los delegados que se haría un servicio religioso y que el reverendo Donaldson pronunciaría un sermón sobre «La Iglesia y la lucha de clases».

Durante la gran huelga de mineros de 1926, los obispos anglicanos y católicos y LOS JEFES LABORISTAS, invitaron a los obreros a sacrificar sus intereses particulares por el bien de la patria, haciéndola fracasar en beneficio de la burguesía y del Estado burgués, con quienes colaboraban los laboristas.

Actualmente es ya una tradición comenzar los Congresos de la U. G. T. inglesa (Tradeunions) con un servicio religioso y un sermón. Durante el último Congreso, el obispo de Edimburgo lo inauguró con un servicio religioso y un sermón oficial.

Mac Donald, el jefe de los socialistas ingleses, que ya traicionó completamente sus ideales entregándose a los conservadores para gobernar y martirizando a la India, Egipto y los demás países de los dominios, en bien de la Inglaterra burguesa, dijo allí estas palabras significativas: «El presente Congreso nos ha hecho comprender que el Partido Laborista se propone como objeto la transformación de la sociedad Y LA APROXIMACION A LAS IDEAS DEL CRISTIANISMO.» Claro es que se trata del cristianismo de la Iglesia anglicana, que es tan semejante al de la Iglesia católicorromana, que en estos días se está tramitando el proceso larguísimo de su fusión con la Iglesia romana, aceptando sus dogmas, su táctica y su papa; así lo dice en *El Debate*, en varios artículos alborozados, el jesuita

padre Graña. Y de ese cristianismo hablaban los *leaders* alemanes aludiendo a la Iglesia católica y a la Iglesia luterana, dos Iglesias retardatarias y autocráticas, sus aliadas y sus... verdugos, aliándose de nuevo al hitlerismo para machacar al socialismo gubernamental y a los demás socialismos *abobados*. Tendría gracia que se consumase el hecho abominable y de resultados excelentes para el triunfo del fascismo, en Europa, de la concordia y unión de las dos Iglesias más despóticas y que llevan en su haber mayor número de crímenes abominables: la Iglesia católica y la Iglesia anglicana. Sin duda, Mac Donald, el gran socialista colaboracionista, tendría una buena parte en este asunto trascendente y secreto, no tan secreto que algunos especialistas en estos asuntos eclesiásticos no podamos descubrirlo.

Durante este último Congreso, que empujó al socialismo inglés a su derrota, como partido clasista y a la deshonra de sus jefes, ocurrieron cosas notables; entre otras, las incitaciones de los *leaders*, famosos socialistas, laboristas —la palabra no cambia la idea—, Thomas, Margaret Bonfield y otros, apoyándose en textos bíblicos; la asistencia a las escuelas dominicales de las Iglesias cristianas, dadas especialmente para obreros; la utilidad, para los trabajadores, de leer y obedecer a la... Biblia, y otras lindezas *socialistas*. Un *leader* izquierdista, Cooken, en un éxtasis *místicomarxista*, decía: «Es ahora cuando comienza el período de construcción para el tradeunionismo.» Un ministro socialista, la señorita Bonfield, es tan beata que dijo en un Congreso, solemnemente, estas palabras, dignas de doña Urraca Pastor: «Un domingo sin servicio religioso es para mí un domingo perdido.»

¿Cómo extrañarse, a la vista de estas muestras *históricas*, de lo ocurrido con el socialismo inglés y el socialismo alemán, y cómo no temer que puedan llevar idéntico camino el socialismo francés y el socialismo español si la masa, que es la que le da fuerza, no despierta y arroja a patadas a sus traidores *leaders* y explotadores, pronto y bien?

Los límites fijados por ORTO a los artículos impiden concluir este tema, que reservamos para otro número, mas creemos haber despertado una inquietud en los lectores *socialistas de buena fe*, ya que los

que hemos trascendido el socialismo colaboracionista sin habernos manchado con él ni haberle ayudado nada en su obra destructora, estamos ya de vuelta *en este asunto concreto*.

Cuando yo ingresé oficialmente en el socialismo español, hace cuatro años, era una fuerza revolucionaria y sus hombres eran perseguidos y encarcelados por sus ideas, como ahora los hombres de otras Internacionales, inducidos los verdugos por los... socialistas colaboracionistas *en el Poder...*

En las Constituyentes se prostituyó el socialismo español hasta límites inigualados, haciendo abandonar su Partido, sin abandonar sus altísimos ideales de justicia para los proletarios, de paz social, de abolición de privilegios, de supresión de las fuerzas policíacas y represivas, de abolición de privilegios, de sometimiento a las leyes y a la razón de las Iglesias privilegiadas, de disolución de las Ordenes religiosas, de libertad de todos los presos sociales y políticos..., todo el viejo programa de los primeros de mayo *socialistas de antes de la colaboración con la burguesía y la dictaduraseudofascista de Azaña, Largo y Prieto*.

Ahora es deshonoroso estar en el Partido Socialista español y por eso hace mucho lo hemos abandonado unos cuantos idealistas sin pretensiones: Algora, doctor Muñiz, Sánchez Rivera, Usero, Hildegart...

Yo tuve mis mayores disgustos en mis propagandas por abordar, como fundamental, el problema clerical; me criticaban los compañeros y hasta llegaron a propalar que aún conservaba resabios de mi pasada vida sacerdotal. Les dolía se hablase nada contra la Iglesia romana porque podían perder... votos. Como todos los socialistas colaboracionistas de Europa. Esa es la tragedia del socialismo y esa es la ventaja de las Iglesias, que aliadas al fascismo, alentado o creado por ellas, si los proletarios no prescinden de sus malos pastores y se unen, para vencerlos, se apoderará del mundo.

Mi espíritu es profundamente religioso, como lo era el de aquel gran socialista que se llamó Jaurés, pero condiciono esta religión a algo separado de todas las Iglesias y de todos los dogmas. Detesto a las Iglesias, sobre todo a las más jerarquizadas.

El catolicismo romano, el anglicanismo, el luteranismo, el calvinismo... son los grandes enemigos del proletariado porque son las grandes aliadas de la burguesía, que las sostiene y las nutre espléndidamente, permitiendo a su costa, con el dinero robado a los trabajadores, vivir como burgueses de categoría a sus obispos y sacerdotes. En el verdadero socialismo hay algo, acaso muchísimo, del cristianismo primitivo, pero las Iglesias cristianas del tipo jerárquico aludidas no tienen de

cristianas más que el nombre; por eso defenderlas y ayudarlas, entregándoles la masa proletaria, como han hecho jefes socialistas, es el crimen de traición mayor registrado por la Historia y la verdadera causa ocasional del triunfo del fascismo en el mundo. Pero este tema lo desarrollaremos en otro artículo.

Matías USERO TORRENTE

Ex sacerdote católico



Disfraces de miseria

(Madera de Frans Masereel.)

Fermin Salvochea

HARTO aventurado sería por parte nuestra querer trazar, sin materiales ni crítica suficientes, una completa biografía de Rocker. Baste por eso recordar tan sólo algunos datos aislados. Nacido en Maguncia, comenzó trabajando como obrero encuadernador y siguiendo con simpatía, durante algún tiempo, el movimiento de la socialdemocracia alemana; pero sus anhelos juveniles no hallaron satisfacción en las luchas políticas, y sus ímpetus rebeldes lo llevaron bien pronto al campo anarquista, bajo la principal influencia de ese gran viejo brujo, hipnotizador de multitudes, sugestionador de las cabezas mejor puestas de su tiempo, Miguel Bakunín.

Así, a los veinte años, un perseguido político, ya había dado con París, la Meca de los revolucionarios de su hora; pero pronto nuevos impulsos, ansiedades y afanes nuevos, lo llevaron a recorrer a pie buena parte de Europa y algunas regiones del Asia; consiguió de tal suerte dominar casi todos los idiomas de la actual civilización, al par que conoció hombres y amplió su visión del mundo y de la vida.

Es con este aporte tan humano de datos que se le conoce por su actuación de dieciséis años (1898-1914) en el movimiento anarquista de Inglaterra. Interminable sería el relato de sus actividades durante este período: viviendo pobremente, pero entregado de lleno al estudio y a la propaganda, Rocker se hizo conocer como orador de fibra, excelente conferencista (su fructífera gira por el Canadá en 1913 harlo bien lo atestigüa), periodista ágil (que es por cierto lo que mayor popularidad le ha dado) y ensayista de méritos singulares. (Es en su Revista «*Germinál*», publicada también en idisch, entre 1900 y 1908, donde se ha volcado la mejor parte de su talento.) Pero entre los judíos, Rocker es más que todo apreciado por su labor de publicista en cuestiones sociales; a sus traducciones al idisch de obras de Nietzsche, Máximo Gorki, Reclus, Kropotkin, Grave, Nordau, Nieuwenhuis, etc., se añaden sus libros: «*Esbozo biográfico de Miguel Bakunín*» (Londres, 1902); «*Historia del movimiento terrorista en Francia*» (Londres, 1906), y «*Francisco Ferrer y la educación libertaria de la juventud*» (Londres, 1910).

● ●

Pero de todas sus actividades de treinta años ninguna tan curiosa como la de Rocker durante la guerra; por eso queremos hacer párrafo aparte para recordarla.

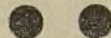
Desde luego, fué de inmediato internado en un campo de concentración como extranjero enemigo; allí se sufrían las brutalidades del Gobierno, las prociocidades de una turba enceguecida por el patrio-

tismo militarizado, los rigores del hambre y del frío. Pero, en cambio, el espectáculo era por demás atrayente: en esa masa de germanos, austriacos y húngaros se destacaban los artistas y los profesores, los cantantes y los aventureros, este tipo sospechoso y aquel otro raro individuo; un lote de verdad extraordinariamente curioso, condenado a remar en la misma nave durante largos y terribles años.

Rocker no permaneció inactivo allí. Su contacto con el vasto mundo de la propaganda social estaba roto, pero su compañera, esa tan inteligente mujer que es Milly Witkop, tomó de inmediato su puesto y afrontó —hasta tanto fué ella también internada— toda la situación que significaba en esos momentos estar al frente de una actividad dirigida contra la guerra, contra el Estado, contra la victoria. Rocker en tanto cumplía con su parte en el pequeño y curioso mundo que le tocaba hablar; bajo el aspecto de conferencias y lecturas sobre temas científicos y literarios comenzó a hablar ante su singular auditorio; pronto se abordaron los problemas sociales y pronto, entre discusiones que entusiasman en el recuerdo de cómo debieron desarrollarse entre concurrentes tan especiales, se llegó a los principios y a las soluciones del Comunismo anárquico.

Y Rocker comenzó a pedir, y de Londres le principiaron a enviar, cajones enteros con libros de propaganda... Por cierto que un público así no se conseguiría dos veces, tan sugestivo, tan constante...

Con el armisticio, Rocker salió de Inglaterra para Holanda. Acababa de producirse el cambio de régimen en Alemania. Quiso entrar allí pero los «revolucionarios» marxistas, que habían subido al Poder, se lo impidieron en virtud de que veinticinco años atrás había sido expulsado por... revolucionario. Holanda tampoco lo deseaba retener, pero como Inglaterra no lo quería de vuelta, ni nación alguna lo aceptaba, hubo de quedar allí, acompañando en sus últimos y serenísimos días —aunque días de espantosa miseria— al viejo visionario Domela Nieuwenhuis, tan apreciado por los amantes de la libertad en todo el mundo.



Pero el proscripto pudo entrar finalmente en Alemania, aunque esto le costara algunas cárceles, y pudo ver todavía su pueblo nativo en pleno desesperar de la conciencia histórica y en medio de una de las efervescencias sociales más sugestivas de nuestra época.

Tomó parte en las revueltas populares, renovadas incesantemente, de aquella hora; pero en medio de ese frenesí de violencias, más que nunca, supo trazar o ahondar el cauce de los organismos proletarios que

conducirlas al éxito. Inútil nos parece hacer consideraciones sobre las actividades de Rocker en estos últimos años: cualquier simpatizante del movimiento obrero mediocrementemente informado, amigo o adversario de la tesis anárquica en la obra de reconstrucción social, conoce bien y debe, a fuer de sincero, apreciar en su valor la posición de Rocker, posición que casi podríamos decir central, no sólo por lo fundamentada, sino también por lo notoria e influyente, en ese magno debate de tendencias revolucionarias habido en estos últimos años, que aun como espectáculo soberbio sólo tiene parangón con aquellas históricas luchas de sesenta años atrás entre Marx y Bakunin.

Los medios y las finalidades del sindicalismo, los fundamentos de la organización revolucionaria, el problema de las Internacionales proletarias, el concepto y la práctica de las ideas de Soviet y Dictadura, los frutos de la Revolución rusa, las posibilidades de una revolución mundial fueron otros tantos de los tópicos que dieron fecundo contenido a tal debate (1) que —aun sin resolver un problema que quizás sólo encuentre explicación en la realización revolucionaria misma— sirvió, sí, para definir hombres y movimientos, afirmando frente a frente, con más vigor que nunca y, sobre todo, con mayores y mejores fundamentos doctrinarios, las dos tesis centrales del estatismo y del federalismo.

Y no menos que sus difundidos escritos son obra

de Rocker, en esta contienda, las instituciones e iniciativas por cuya afirmación laboró; recordemos tan sólo algunas: la Freien Arbeiter-Union Deutschlands (Unión de Obreros Libres —sindicalista— de Alemania, de cuyo Consejo Federal forma parte); la importante organización comunista anárquica alemana (tan instructiva para los demás países, especialmente por sus ramificaciones en los movimientos antimilitarista, juvenil, feminista, etc.); el importante órgano proletario Der Syndikalist; el no menos interesante periódico anarquista Der Freie Arbeiter; la Conferencia Internacional del Sindicalismo de las izquierdas, efectuada en Berlín en diciembre de 1920 (que viene sirviendo ahora de base para la organización de una verdadera y fuerte Internacional Sindical Revolucionaria; el Congreso Anarquista Internacional de Berlín, en 1921 (que ha reconstruido la organización libertaria mundial), etc.

Pero debemos confesar que no sabríamos hacer una separación entre lo que haya de puramente individual de Rocker en esa vasta labor de treinta años y lo que sea más bien obra de Milly Witkop, su compañera, de tan selecto espíritu y ánimo valiente. Sabemos que ella le ha ayudado y acompañado a través de tantas peripécias y que ha tomado su puesto, con plena capacidad y conciencia, cuando las circunstancias lo requerían; algún día conoceremos quizás algunas manifestaciones de su propio valer.

Has de saber, hijo mío, que hay que estar entusiasmado para realizar una gran empresa.

SAINT-SIMÓN

CÁDIZ! Evoca este nombre múltiples recuerdos históricos, porque son contados los lugares del mundo que han tenido un pasado tan romántico y grandioso como la vetusta ciudad andaluza a orillas del Atlántico. Fué fundada por los antiguos fenicios, vinieron luego los cartagineses y después los romanos. Ella ha presenciado las luchas sangrientas entre cristianos y mahometanos y ha reunido en sí la civilización europea y la cultura del Oriente. En sus edificios vivieron sabios árabes, escolásticos judíos y monjes cristianos, influyendo sobre el estado mental de sus habitantes.

Cuando los árabes fueron expulsados de Andalucía por los soldados de Fernando el Católico, llegaron los cruzados ingleses y descansaron en Cádiz, antes de seguir viaje para conquistar el Sagrado Sepulcro en la Tierra Santa. Después del descubrimiento de América, Cádiz se convirtió en una de las ciudades más ricas de Europa y la arquitectura maravillosa de sus edificios nos refiere hoy todavía la historia de ese período magnífico.

(1) Un ordenado resumen de la posición anarquista en cada una de estas cuestiones se encuentra en: Luis Fabbri. *La crisis del anarquismo*. (Editorial Argonauta, Buenos Aires, 1921.)

Y ¡cuántas luchas, cuántas sublevaciones y revueltas ha presenciado esa ciudad! Centenares de veces se han alzado sus moradores en defensa de la libertad, demostrando así la exactitud del dicho español: «La tierra andaluza es la tierra de la libertad.» Cádiz y Barcelona han sido siempre los dos focos de la vida revolucionaria en España y son también actualmente los centros principales del movimiento anarquista de ese país.

Es Cádiz una ciudad admirable, una de las más hermosas del mundo. Rocas inmensas caen sobre el mar profundo, y, encima de ellas, se levantan pequeñas casas núbicas con diminutas torrecillas que se reflejan en las olas azules.

En una de esas casas blancas, bien arriba, en una buhardilla, vivía un anciano. La instalación de la pieza era pobre, demasiado pobre: una cama, una mesita, una silla, algunos viejos periódicos y libros era todo lo que poseía el anciano. Pero quien arrojaba una mirada a través de la pequeña ventana, notaba inmediatamente que el anciano era más rico de lo que parecía; afuera se extendía el océano azul, un panorama maravilloso; cielo y agua y las blancas velas de las embarcaciones que se mecían sobre las ondas juguetonas. Por el mar, precisamente, vivía el anciano en esa casita, porque amaba el océano, las olas ruidosas y la lejanía infinita. Todas las mañanas, al levantarse de su lecho, su primera mirada caía sobre el mar, y, de noche, antes de acostarse, sus ojos semicerrados volvían a buscar las olas enfurecidas, como si quisiese encargarse al-

guía misión. Porque ese anciano era un profeta, uno de los contados hombres que estuvieron en la Montaña sagrada, vislumbrando desde allí el país de nuestros hijos. Y por eso su alma era tan honda, tan tranquila y augusta, igual que el mar en un hermoso día de verano.

Y cuando llegaba la primavera y el mar comenzaba a rugir y a hervir, cuando las olas salvajes se levantaban cual montañas gigantes besando a las nubes, el anciano soñaba en la gran tormenta de los pueblos, cuando los pobres y los humildes, los bastardos de la sociedad, se levantarán con las armas en las manos para romper las cadenas de la tiranía milenaria.

● ●

Era el 28 de septiembre de 1907. En la habitación del anciano reinaba una tranquilidad absoluta porque en la cama yacía un muerto. Había fallecido inesperadamente, sin haber estado enfermo, sin sufrir.

Pero mirad lo que ocurrió afuera. Con la velocidad del rayo difundióse la noticia de la muerte del anciano. Y en toda Cádiz, en Andalucía entera, en toda España sólo se hablaba de él. «¡Ha muerto!» Por doquier se oían estas dos palabras que encarnaban el hondo dolor de un pueblo. Cada cual sentía la pérdida; en las minas, en los campos, en las escuelas y en las universidades, en todas partes la noticia produjo la impresión de una pesadilla que cuesta creer al principio, pero que, finalmente, es necesario reconocer.

¿Cuándo se ha visto en España tantas lágrimas, tanto dolor y tanta tristeza sincera, tanto amor y fidelidad cariñosa? ¿Qué no darían nuestros reyes si pudiesen adquirir aunque fuera la décima parte de esa popularidad! Atravesando España, en todas sus ciudades y aldeas se encontraría millares y millares de personas que ignoraban los nombres de los ministros de entonces, pero no habría uno sólo que no supiese el nombre de aquel anciano: Fermín Salvochea. Este nombre encarnaba una idea, un programa, un mundo de esperanzas, de anhelos y necesidades.

¡Fermín Salvochea! En los palacios se pronunciaba este nombre con labios trémulos, pero en las casillas de los pobres y de los explotados resonaba como una declaración de guerra a la sociedad capitalista, como la promesa de un porvenir mejor. Existen pocos hombres que hayan conquistado tanto amor y tanta simpatía entre las grandes multitudes de un pueblo como Fermín Salvochea, y son menos todavía los que han merecido ese amor con tanto derecho como el gran rebelde español. Salvochea ha sido uno de los caracteres más puros e idealistas en la historia del movimiento revolucionario, grande por sus ideas, grande por sus acciones, un hombre que encarnaba el apasionamiento revolucionario y el valor heroico de un Blanqui y el amor indescriptible y la consagración de Luisa Michel. La poderosa personalidad de este hombre admirable hasta llegó a suscitar la estima y el res-

peto de sus adversarios más empedernidos, y siempre que se pronunciaba el nombre de Fermín Salvochea no había lugar para los aspectos bajos y pequeños de la vida.

La biografía del gran anarquista español produce la impresión de una novela fantástica y recuerda la vida tormentosa de Miguel Bakunin. Salvochea tuvo una participación activa en el movimiento revolucionario de España en los últimos cincuenta años, y su nombre está estrechamente unido a los acontecimientos revolucionarios más significativos de ese período. Los que conocen la historia de ese movimiento en España saben cuán fecundo es en rasgos grandiosos y heroicos y cuántos son los que sacrificaron sus bienes y su sangre por sus convicciones libertarias, por sus ideales revolucionarios; y en esa serie histórica de luchadores valerosos el nombre de Fermín Salvochea es uno de los más brillantes, un nombre para las generaciones venideras, un nombre que no será olvidado jamás.

● ●

Fermín Salvochea y Alvarez nació en Cádiz, el 1.º de marzo de 1842. Su padre era un comerciante de fortuna, heredero de una de esas familias de negociantes que tan importante papel han desempeñado en la vieja ciudad mercantil. Claro está que Fermín recibió una educación cuidadosa. Su padre, siguiendo una arraigada tradición de familia, tenía la intención de hacer de él un hábil comerciante, a fin de poder entregarle más adelante sus negocios.

La primera juventud de Fermín fué pacífica y dichosa en todo sentido. Se distinguía por su inteligencia extraordinaria y por las cualidades valerosas y caballerescas de su carácter, que dejaba entrever desde su infancia. Su madre, mujer admirable, le refería en su niñez las leyendas y tradiciones de la ciudad de Cádiz, tan ricas y fantásticas como un capítulo de *Las mil noches y una noche*, y el pequeño Fermín la escuchaba leyendo las palabras en sus labios. Esas historias románticas ejercieron profunda influencia sobre el muchacho y, a menudo, recordaba, en medio de su vida tormentosa, aquellas horas felices.

Al cumplir los quince años, su padre lo envió a Inglaterra para que perfeccionase sus conocimientos del idioma inglés y continuara sus estudios comerciales. Fué éste el primer acontecimiento importante en la vida de Salvochea. En Inglaterra descubrióse ante él un nuevo mundo. El carácter severo y puritano de la vida británica con sus formas rígidas y convencionales y sus impresiones prosaicas, produjeron una influencia profunda en el joven. La diferencia era demasiado notoria: el hermoso cielo azul de Andalucía, Cádiz con sus blancas casas, sus palmeras y sus habitantes rebozantes de temperamento, y de pronto Londres, con su neblina, sus edificios negros, el humo de las chimeneas, las calles frías e inhospitalarias. Al principio, Salvochea se sentía como un prisionero en el nuevo ambiente, pero su carácter enérgico venció rápidamente el primer influjo desagradable de la

glaterra. Se dedicó a estudiar a los hombres y descubrió que el inglés seco y frío posee al mismo tiempo un instinto de independencia individual notablemente desarrollado y un sentimiento de libertad personal que es raro encontrar en otros países. Los cinco años que Fermín pasara en Londres y en Liverpool fueron para él un período de gran desarrollo intelectual. Dedicó todos sus momentos libres al estudio de la literatura radical inglesa. Primero fueron los trabajos de Tomás Paine los que produjeron una influencia poderosa sobre él; más tarde estuvo en contacto personal con Charles Bredlow y sus amigos. La propaganda atea en Inglaterra tropezaba con grandes dificultades en esa época, pero Bredlow y sus compañeros luchaban con la mayor energía en favor de sus convicciones, tratando de destruir el concepto medieval del teísmo que impera aún hoy día en vastos círculos de la sociedad inglesa.

El joven Salvochea acogió con entusiasmo la nueva doctrina y se convirtió en ateo. Para el español el ateísmo desempeña, en general, un papel más importante que en las demás naciones. Es la condición primordial de todo movimiento libertario, el primer paso de todo libre progreso individual. España es el país clásico del clericalismo católico, el país de la Inquisición, que ha sido casi totalmente arruinado por el dominio oscurantista de la Iglesia. He ahí la razón por qué Salvochea ha sido toda su vida un propagandista radical e incansable del ateísmo.

Pero Salvochea conoció en Inglaterra otro ideal, que ejerció una gran influencia sobre su actuación posterior. Cuando llegó a Londres, vivía aún Roberto Owen, el célebre comunista inglés. Sus ideas no sólo influyen poderosamente sobre la clase obrera británica, sino también sobre los elementos idealistas de la pequeña burguesía inglesa. Salvochea estudió las obras de Owen y de otros escritores comunistas. Los hechos sociales aparecieron de pronto a sus ojos bajo otra faz; prodújose una revolución en su mentalidad y, poco a poco, empezó a comprender todo el significado del gran problema social. La brillante crítica de la propiedad privada formulada por Owen descubrió repentinamente ante él todos los males sociales y, al propio tiempo, desarrolló en él el grandioso ideal de la igualdad social y económica, como el único capaz de crear una vida armónica en la sociedad humana. Salvochea se hizo comunista y siguió siéndolo hasta el último día de su vida. Muchos años más tarde, en una ocasión especial, él mismo analizó su evolución revolucionaria recordando su «período inglés» con estas palabras características:

«Ciertos libros ejercen en determinados momentos una influencia poderosa sobre el desarrollo de un hombre: Se sabe que el primer libro que leyó Ravachol fué la novela *El judío errante*, de Eugenio Sué. La influencia de este libro no se extinguió jamás en él, según su propia declaración. Lo mismo puede decir de mí: viviendo en Inglaterra leí por vez primera a Tomás Paine. Sus escritos me convirtieron en internacionalista y hasta hoy día me

hallo todavía bajo su influencia. «Mi patria es el mundo, todos los hombres son mis hermanos y mi religión consiste en hacer el bien.» Estas palabras produjeron una impresión inolvidable en mí; yo buscaba en cada palabra un sentido profundo y ellas se han grabado en mi mente para siempre. Más tarde conocí a Roberto Owen, quien me enseñó el ideal sublime del comunismo, y a Bredlow, que me hizo conocer los puntos de vista del ateísmo. Todo lo demás se desarrolló en mí por cuenta propia.»

En 1864, Salvochea abandonó a Londres para regresar a Cádiz. En aquel entonces se iniciaba en Andalucía un vigoroso movimiento revolucionario. Rafael Guillén y Ramón de Cala, dos hombres valientes y socialistas convencidos, se consagraron con mucha energía y entusiasmo a organizar los elementos republicanos y demócratas de la provincia. El movimiento republicano en Andalucía ha tenido siempre un marcado carácter socialista y la mayor parte de sus apóstoles y propagandistas fueron partidarios del socialismo.

La propaganda socialista se inició en España después de la Revolución de 1840. En aquella época Joaquín Abreu desarrollaba en Andalucía una propaganda vigorosa y llena de éxito en favor de las ideas de Carlos Fourier. Explicaba sus ideas en la prensa radical de Cádiz, ideas que hallaron bien pronto un eco en los periódicos de otras ciudades. Para conocer el desenvolvimiento que ha tenido ese movimiento basta recordar el hecho de que Abreu logró reunir en un breve plazo, de cuatro a cinco millones de pesetas para fundar una colonia fourierista en los alrededores de Jerez de la Frontera. Pero el Gobierno impidió la realización de ese proyecto, persiguiendo a los propagandistas socialistas. De éstos, los más conocidos fueron: Pedro Ugarte, Manuel Sagrario y Faustino Alonso; más tarde se agregaron José Barterolo, Pedro Bohórquez y, finalmente, Guillén y De Cala, a quienes ya hemos mencionado.

En 1864, Fernando Garrido, el famoso historiador y socialista español, que conoció en Cádiz las doctrinas de Fourier, fundó el primer periódico socialista de España, *La Atracción*, que apareció en Madrid. La publicación no vivió mucho tiempo, pero gracias a ella se formó en la capital un círculo socialista que editó más tarde otro órgano, *La Organización del Trabajo*. Hombres como el heroico Sixto Cámara, que cayó luego en la lucha por la república social, Juan Sala, Francisco Ochando y después el fogoso Cervera eran las figuras principales del círculo socialista de Madrid. Cervera ha sido el fundador de la primera escuela libre socialista de España; pero cuando ya contaba con más de 500 alumnos, el ministro Morillo sofocó esa brillante empresa, diciendo que «en España no necesitamos hombres capaces de pensar, sino bestias de trabajo.»

Rodolfo ROCKER

(Continuará.)

Van der Lubbe

CONTEMPLANDO la gran contienda internacional, entablada en torno del caso Van der Lubbe, ORTO, hasta ahora, ha preferido permanecer al margen, por multiplicidad de circunstancias; en primer término, porque veíamos cómo se desnaturalizaban los hechos, invistiéndoles de un ropaje político, tan sumamente partidista, en cada caso, que, inclusive, hemos de reconocerlo, no sin dolor, se ha llegado a prescindir del más elemental derecho de gentes. ORTO, ante todo, humana; después, ecléctica —si bien de un eclecticismo perfectamente definido, por su sentido constructivamente avanzado

y renovador—, no podía tomar parte en la lucha, ya que ningún particular interés le inducía a ello.

Ahora, ORTO interviene; ahora intervenimos nosotros, no para apoyar tal hipótesis ni para derrocar tal otra. Sino para, saltando por sobre todas las apreciaciones, ir rectamente al fondo de la cuestión; a ese fondo, en que se encuentra un hombre, idealista o perturbador, lo que sea, pero, en definitiva, un hombre, un hermano y, además, un vencido. Vencido por la realidad o por la subrealidad; por lo inevitable o por lo que pudo evitar y no quiso, callando noblemente y asumiendo una responsabilidad total.

Van der Lubbe, acusado de ayer, confeso de hoy, condenado de mañana, pudo ser instrumento del barbarismo hitlerista o concreción de un impulso personal ideológico. El Reichstag habrá sido un nuevo espectáculo ideado por un sadismo neroniano o habrá sido la protesta de la servidumbre cansada de serlo.

Ahito de fraudes, dolos y embustes, acaso Van der Lubbe creyó cumplir un alto designio, convirtiendo en cenizas lo que, según sus concepciones, era laboratorio de esos fraudes y de esas intrigas.

O, acaso también, la reacción, acostumbrada a utilizar a los hombres del campo adversario para sus fines particulares —véase el caso Mussolini y el propio caso Hitler—, se las ingenió de manera de usar como instrumento al rebelde, al irresignado, al agitador de Leyda.

En cualquier caso, no será menor la simpatía que nos inspire quien, en definitiva, consciente o inconscientemente, ha resultado la única víctima propiciatoria.

Van der Lubbe cifra su gloria en la exclusiva de su hazaña. Tanto mejor para él, para quien, en tal disposición anímica, la condena tendrá verdores de galardón.

Para nosotros, no; para nosotros, toda condena es objeto de repulsa y motivo de protesta.

No creemos que las declaraciones de este reo original sean impuestas. De serlo, eximirían al coagente, pero envolverían a Torgler, Dimitroff, etc. En otro caso, a De Goering y, en última instancia, al propio Hitler.

Pero Marinus van der Lubbe insiste: «Nadie me ha inspirado; nadie me aconsejó; nadie conocía ni favoreció mi proyecto.» Hemos de creerlo así.

Consiguientemente, hay un gesto de valor en la vida —por otra parte, oscura, tenebrosa— del enigmático albañil que —¿misterio del fascismo de todos los colores?— ha pasado a figura del primer plano internacional.

Pero volvemos a nuestro punto de partida —atalaya de imparcialidad— para pedir la absolución del hombre, del hermano; más hombre, por su categoría de idealista; más hermano, por su condición de trabajador. Y más acreedor a nuestra defensa, por su circunstancia de vencido.



Van der Lubbe

UN DOCUMENTO INEDITO DE MARINUS VAN DER LUBBE

Si el estilo es el hombre, si una carta es exponente de un temperamento, la carta de Van der Lubbe, que reproducimos a continuación, escogida al azar entre su correspondencia inédita, tiene un indiscutible valor inicial.

En todo caso, algún rayo de luz se desprende de ella, perpendicular al confusio-

nismo de que aparece, en sí y por otros, la existencia del incendiario del Reichstag.

Dice así:

Berlín 22 de abril de 1391.

(A Koos Vink. Leyda.)

Qu rido camarada: Ahora que me ha llegado tu respuesta tan clara, he hecho el propósito de no permanecer mucho tiempo en Berlín, porque resulta muy largo esperar aquí toda una semana a la fiesta del Primero de Mayo; así que me propongo emprender el regreso mañana mismo. Inútil será decirte que he hecho cuanto he podido por continuar mi viaje. Tu carta me ha alegrado mucho. En cuanto a lo que me escribes referente a elecciones, admito que, indudablemente, deberían verificarse esas reuniones y lanzarse esos afiches, pero esto no es más que un trabajo de propaganda muy leve y muy superficial para el comunismo y para el Partido. Sería preciso desplazar el centro de gravedad hacia las fábricas, ya que solamente una lucha encarnizada por los intereses de la clase obrera, conducida día tras día en unión con la lucha política, podría conquistarnos la confianza de los trabajadores que, desde luego, no nos la negarían.

En cuanto a lo que me escribes respecto de estas cosas cuyo sentido no se te alcanza, te recomiendo que te hagas cargo de las circunstancias políticas actuales tales como son aquí:

Las relaciones, cada vez más tirantes entre las clases; la burguesía, encarnada actualmente en los partidos fascistas, en el partido de Hitler (sin olvidar a los socialdemócratas).

Y, frente a esto, la clase obrera, en vísperas de la revolución proletaria, encarnada en el P. C. A. y todas las organizaciones revolucionarias que le siguen.

Como ves, nuestros muertos no caen por una causa fratricida; se trata de la lucha de los obreros contra los decretos leyes de Brüning y por el pan y el trabajo. Y caen bajo el hierro del fascismo, como han caído en Hamm, en Dusseldorf, en Wiesbaden, si bien es cierto que no al modo de un Carlos Liebknecht... ¿Me comprendes?...

Y puedes decir bien alto que los obreros no se oponen al fascismo solamente por medio de la voz de sus jefes, sino que en toda Alemania se han alistado espontáneamente, como clase, en las filas del P. C. A.

Alégrate, sencillamente, porque esto es una prueba de que los obreros se han puesto al lado de la Alemania soviética, en lugar de la de la dictadura fascista; y rinde un homenaje a los que han caído en la lucha contra el fascismo asesino. Nada más que por la muerte de estos compañeros y por la de todos nuestros héroes caídos antes, ¡juramos guerra eterna al capitalismo!

En lo tocante a mi indiferencia, quisiera que me dijese qué es lo que entiendes por esto cuando nos veamos en Leyda.

De regreso ahí, ya te referiré las reuniones a que he asistido aquí, en Berlín. Lo único que quiero decirte ahora es que el proletariado alemán marcha, siguiendo el ejemplo de la Rusia soviética.

Ya sabes, Koos, que desde hoy no es necesario que me escribas.

Fraternalmente tuyo y de los demás,

M. v. d. LUBBE.»

EN PRO DE MARINUS VAN DER LUBBE

El Comité Internacional para la Defensa de M. v. d. Lubbe (Sección francesa) se ha dirigido a nosotros en solicitud de nuestro apoyo material y del de nuestros lectores.

Trasladamos a éstos la instancia y ruego del citado Comité, advirtiéndolo que aquellas personas que quieran responder a este llamamiento, que por ser de humanidad patrocinamos, deben enviar sus donativos a la siguiente dirección:

162 - 11
BARBE
BOITE POSTALE
FALAISE

ROUEN

(Calvados)

Historia de las ideas y de las luchas sociales en España

XV

Un mitin y un Pleno

Y A en este terreno, la organización provocó una discusión directa con los elementos a quienes creía culpables del litigio que sostenía. Y en reunión del Consejo de Solidaridad Obrera, se acordó celebrar un mitin en Barcelona, invitando a que tomaran parte en el mismo, para defenderse, a Iglesias, Morales y Rivas.

Pero antes de esto se provocó una defecación en el seno de las organizaciones locales, ya que dos entidades, la Sociedad de Dependientes de Subasta de Pescado y Dependientes de Carbonería, a pesar de ser firmantes del Manifiesto publicado por Solidaridad Obrera, al momento de su constitución, se separaron de la misma, mostrando sus simpatías por el Partido Radical.

Con éste y otros motivos salió a relucir la frase que un día, al ir a informar contra la ley del terrorismo, pronunció en Madrid ante los periodistas que le interrogaron, el señor Emiliano Iglesias, diciendo que Solidaridad Obrera «sería lerrouxista o desaparecería».

El mitin de controversia se celebró el domingo, día 6 de febrero, y fueron invitados al mismo los señores Iglesias, Morales y Rivas. La invitación se hizo en los carteles anunciadores del mitin, se hizo también por la Prensa y se hizo particularmente a cada uno de los interesados.

Acudieron al acto de Barcelona, además de las organizaciones locales barcelonesas, delegaciones de la mayoría de la organización catalana. Hubo delegaciones de Vich, Federación Obrera, y Federación Comarcal de Albañiles; Arte Fabril de San Feliu de Codinas; La Papelera del Noya, de Capellades; Grupo Racionalista, de Alcedia de Carlet (Valencia); Humanidad libre, de Manresa; Agrupación Socialista, de Sabadell; Unión Obrera del Arte Fabril, de

Mataró; Obreros Tintoreros, de Manresa; Oficios Varios, de Mataró; Obreros Vidrieros, de Pueblo Nuevo (Barcelona); Sociedad de Fogoneros y Marineros, Barcelona; Federación de Obreros del Mar, ídem; Federación de Albañiles, de la Costa; Sociedad de Géneros de Punto, de Calella. Además, enviaron delegación directa las Federaciones Locales de Sabadell, Tarrasa, Mataró, Villafranca del Panadés, Igualada y Sitges, que ocuparon sitio de preferencia en la tribuna.

Abierto el acto por el presidente y manifestado el objeto del mismo, dijo que habían sido invitados a defenderse de las acusaciones de que iban a ser objeto los señores Iglesias, Morales y Rivas, pero que ninguno se había presentado.

Se le hizo saber que Iglesias estaba en el local, y el presidente, entonces, le invitó a subir a la tribuna. Aceptando Iglesias la invitación.

Al subir el señor Iglesias a la tribuna, algunos de sus incondicionales lanzaron vivas a *El Progreso*, mientras los de la organización lanzaban al aire miles de octavillas censurando a los causantes de lo que venía sucediendo. Tanto los vivas como el reparto de octavillas produjeron revuelo y alborotos, que, no sin esfuerzo, pudieron ser dominados por el presidente en los primeros momentos.

Comenzado el acto, el presidente cedió la palabra al representante de la Sociedad de Arte de Imprimir de Barcelona. Hablaron después delegaciones de Sitges y Sabadell.

Cada manifestación de los oradores producía un tumulto en la sala, pues a los que protestaban de las manifestaciones hechas por ellos contra la Empresa de *El Progreso* respondían los que estaban de acuerdo con ellas.

Al fin, entre escándalos, tumultos y protestas hubo de suspenderse el mitin antes de terminar.

A la salida se acusó a los radicales de

haber ido, no a discutir, sino a alborotar con el propósito de que el mitin no terminara, lo que habían conseguido.

La importancia del acto que no había podido terminarse estaba, sin embargo, lograda, ya que el mismo Iglesias, en una de sus intervenciones a sus correligionarios, pidiéndoles que no alborotasen, afirmó que la importancia de aquel mitin estaba en que allí «iban a manifestarse y discutirse dos principios opuestos». Ellas por sí solas demuestran lo que a través de los hechos viene explicándose.

Además de éste y otros actos con el mismo fin, Solidaridad Obrera local había convocado a una reunión de Juntas y delegados para discutir esta cuestión, reunión que se celebró el sábado, día 13 de febrero. Concurrieron a la reunión las Juntas y delegados de cuarenta y tres entidades obreras locales, y, sin una sola excepción condenaron la conducta de los radicales y su comportamiento en el mitin celebrado para tratar del conflicto.

Tratada ampliamente la marcha que seguía, también por unanimidad se acordó convocar una asamblea de toda la clase obrera catalana... «organizada sindicalmente, para que, dándose cuenta del estado de perturbación que ha traído al proletariado la empresa de *El Progreso*, declarándose intangible y queriendo hacer comulgar a los trabajadores con la rueda del molino de una Empresa que tiene en sus talleres a veinte o veinticinco asalariados no es burguesa...», manifestase claramente si la organización obrera consideraba que la actitud de Arte de Imprimir se ajustaba a las normas que habían de regir las actividades de la clase trabajadora organizada. Esta asamblea se convocaba para el domingo, día 21 de marzo, y... «a ella pueden darse por invitadas todas las Sociedades de Resistencia, sean o no adheridas a Solidaridad Obrera, pues de las resoluciones que se tomen en la Asamblea ha de depender que las Sociedades puedan o no desarrollarse libres de toda tutela».

Por otra parte, Arte de Imprimir no cesaba en su campaña de propaganda en la región contra la actitud adoptada por la Empresa del diario del Partido Radical. Pues, además del mitin de Mataró, de que ya hemos hablado, celebró otros actos, y hasta las Sociedades, en sus asambleas y

reuniones trataron la cuestión, a instancias de los camaradas de Barcelona.

Sin embargo, el acto de más trascendencia en relación con este conflicto fué el que motivó la convocatoria de la Asamblea Regional, cuya circular dice así:

«Compañeros: El Consejo Directivo de Solidaridad Obrera, en cumplimiento del acuerdo tomado por unanimidad por las entidades federadas asistentes a la asamblea últimamente celebrada, os invita encarecidamente a que nombréis delegados que os representen directamente en la importantísima Asamblea Obrera Catalana, que se celebrará en Barcelona, el día 21 de los corrientes, en el local del Centro Obrero, calle Nueva de San Francisco, siete, primero, a las diez en punto de la mañana.

»Motiva la celebración de tan importante acto la incalificable conducta seguida por la Empresa burguesa del periódico *El Progreso* y sus parciales en el conflicto surgido entre dicha Empresa y el Sindicato federado Arte de Imprimir, primero, y con toda la Solidaridad Obrera, en la actualidad, conducta que llegó al colmo de burlarse de la clase obrera, reventando el mitin de controversia organizado por Solidaridad para el 7 del pasado febrero en la Bohemia Modernista.

»Y como es indispensable que se diga y pruebe lo que los *radicales* han querido evitar que se diga, a fin de que la clase obrera organizada en Cataluña sepa a qué atenerse y falle en definitiva en la cuestión, y por esto no duda este Consejo que vuestra Sociedad hará el sacrificio de mandar un delegado directo a la citada Asamblea, que vendrá a marcar definitivamente la línea de conducta a seguir en tan enojoso asunto y cuantos en lo sucesivo puedan ocurrir.

»A dicho acto están especialmente invitados los señores Emiliano Iglesias, Eduardo Ruiz Morales y Francisco Rivas, como representantes directos de la Empresa de *El Progreso*, y autores del actual conflicto, por si quieren controvertir.

»Los debates serán tomados taquígraficamente por un taquígrafo que nombrará y pagará *El Progreso*, y otro, Solidaridad Obrera.

»Las condiciones que deberán reunir los delegados serán las prescritas en los Esta-

tutos de Solidaridad Obrera, que son las siguientes:

»1.ª, representar a una Sociedad obrera de resistencia al capital; 2.ª, presentar una credencial de delegado, firmada y sellada; 3.ª, pertenecer a la Sociedad representada y trabajar en el ramo a que la misma pertenece.

»Las Sociedades tituladas de Oficios Varios sólo podrán mandar delegados aquéllas que residan en las localidades donde no existan constituidos Sindicatos obreros.

»En las votaciones, cada delegado tendrá sólo un voto, sea cual fuere el número de Sociedades que represente.

»Dada la trascendencia del asunto a juzgar, Solidaridad Obrera espera de toda la clase obrera catalana organizada que acudirá dignamente a constituir el Tribunal supremo de clase que deberá fallar en el conflicto actual, elevado a cuestión de principios por las causas que se expondrán en la Asamblea.

»Os desea salud, justicia y energía en nombre del Consejo Directivo.— El secretario primero, *Enrique Demestres*. El secretario general, *J. Román*.»

Celebróse la reunión el día anunciado. Concurrieron a la misma cuarenta y siete Sociedades de Barcelona, y sesenta y una, contando entre ellas a las Federaciones locales de la región, es decir, de toda Cataluña. Puede decirse sin hipérbole de ninguna clase que el proletariado organizado catalán estaba todo representado en aquella Asamblea. Además, hubo adhesiones de entidades que no pudieron concurrir. En total, ciento doce entidades.

Nombrada la Comisión revisora de credenciales se rechazaron la de dos entidades, consideradas amarillas.

La Comisión revisora de actas quedó compuesta de los compañeros siguientes: Ferrer, de Tarrasa; Vidal, de Sabadell; Carbonell, de Sitges, y Miguel Ferrer, de Vich. También se nombró un delegado de *El Progreso* para que fiscalizara las actas.

Y ahora sigamos literalmente lo que sobre el particular se ha publicado.

»Por el Arte de Imprimir hicieron uso de la palabra los delegados de la misma, Romero y Herreros, recomendando a la Asamblea se dieran cuenta de cuanto allí se expusiera por ambas partes, para que de ella saliera deshecho el equívoco de que

pueda haber una Empresa que, teniendo dieciocho o veinte hombres asalariados quiera aparecer que no es burguesa, y que quedara reafirmada una vez más la axiomática frase de Carlos Marx: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», y, por lo tanto, no pueden estar interesadas en nuestra emancipación aquellas que no solamente no hacen ninguna labor productiva, sino que, además de que su trabajo —si alguno hacen— es una negación para el bien común, viven del producto de nuestro esfuerzo.

»Demostraron, después, de una manera documentada, la razón que asiste al Arte de Imprimir y la burla de que esta entidad había sido objeto por parte de la Empresa de *El Progreso*.

»A continuación usó de la palabra el señor Iglesias, el cual, durante dos horas y media, no diremos de lata porque posee el don de la elocuencia y así lo demostró en su larga peroración, procuró, sin conseguirlo, rebatir los cargos que a la Empresa se hicieron.

»Hablaron nuevamente los delegados de Arte de Imprimir; contestó el señor Iglesias, hasta que, al anunciar el presidente que iba a hacer uso de la palabra Badía Matamala, en nombre de Solidaridad Obrera, el señor Iglesias, pretextando que su misión había terminado, se retiró del local. Fueron vanas las peticiones de los delegados para que no se fuera; nada escuchó y abandonó el local, en medio de la rechifla general de los asistentes.

»Por fin, el resultado del debate se concretó en la proposición hecha por el delegado de la Federación Local de Sabadell, que decía:

«A LA ASAMBLEA.—Compañeros: En vista de que en los debates suscitados ha quedado plenamente demostrado que la razón está de parte de Solidaridad Obrera y Arte de Imprimir, el que suscribe propone a los delegados aprueben lo siguiente:

»1.º Prestar su cooperación a Solidaridad Obrera por estar la justicia de su parte.

»2.º Enviar un oficio a *El Progreso*, firmado por todos los presentes, o por lo menos por todos los votantes de esta proposición, pidiendo el cumplimiento del fallo causa del litigio, la expulsión de los

traidores, esquiroles y amarillos y la admisión de los seis huelguistas. Los firmantes han de hacer constar la Sociedad que representan.

«3.º Declarar a *El Progreso* enemigo de la clase obrera organizada, si dentro de los ocho días, a contar desde la fecha del envío del referido oficio, no cumple lo que en el mismo se pide.—Rosendo Vidal.»

A esta proposición debía acompañar un oficio, donde en pocas palabras se resumía el acuerdo tomado por la organización catalana, el que esperaban respetase la Empresa del diario radical.

La proposición y oficio fueron firmados por sesenta y ocho votos a favor, cuatro en contra y ocho abstenciones. La votación, como se ve, fué aplastante. Y si bien faltan algunas delegaciones en emitir su voto, débese, no a inhibición que pudiera interpretarse en sentidos diversos, sino a causa de lo avanzado de la hora a que la reunión terminó, pues algunas delegaciones se vieron obligadas a marchar para no perder el último tren que salía.

Lo interesante de esta asamblea fué que al ser acusado Iglesias de haber dicho en Madrid que Solidaridad Obrera sería lerrouxista o desaparecería, lo negó en absoluto. Esta negativa dió lugar a que las supuestas palabras atribuidas al señor Iglesias volvieran a ser de actualidad unos días más.

Después de esta asamblea donde la actitud de la organización quedó perfectamente definida, el conflicto entre la organización y *El Progreso* entró en una fase nueva. No se trataba ya de vencer de manera inmediata y decisiva, sino de resistir. Y el que más resistiera, se llevaría la palma. Sin embargo, la organización, al par que se ocupaba de otros problemas y cuestiones, no olvidaba en absoluto la cuestión pendiente con el periódico de los radicales. Era un conflicto en el que, quizá sin pretenderlo las partes interesadas, se afirmaba el deseo de una absoluta independencia de las actuaciones sindicales de los trabajadores y las actividades políticas que los partidos o los individuos quisieran seguir. Porque en el fondo no se ventilaba otra cosa que el ideario de esa independencia. Estaba el partido radical acostumbrado a vencer en toda la línea. A ser el amo. A disponer de Barcelona

y de la clase trabajadora barcelonesa, poder que se ponía en entredicho de manera irrecusable y concluyente. Porque, en definitiva, ¿cuál era la causa del litigio entre *El Progreso* y Arte de Imprimir? Como no hemos hablado de ello anteriormente, vamos a decirlo ahora.

El conflicto de *El Progreso* y Arte de Imprimir viene de que al surgir el de la imprenta La Neotipia y Arte de Imprimir, y considerar la organización que La Neotipia era una entidad burguesa, como formaban parte de la misma en calidad de socios fundadores y aportadores del capital, entre otros, Ignacio Clariá y José María Palau, Arte de Imprimir, que era una entidad obrera, acordó expulsar de su seno a los dos individuos en cuestión, al considerarlos como patronos. Pero se daba el caso de que, mientras si por un lado eran patronos, por otro eran obreros, pues trabajaban en la imprenta de *El Progreso*; al expulsarlos de la entidad se solicitó que se les despidiera de los talleres donde trabajaban, pues había sido convenido entre la Empresa del periódico y la Sociedad obrera, que en la imprenta donde el diario se confeccionaba sólo podían trabajar obreros asociados.

Claro está que examinadas las cosas a través de un verdadero sentimiento de justicia, no faltaba razón a la Sociedad Arte de Imprimir para obrar como obraba, pero también lo es que no toda la razón estaba de su parte. Pues si bien es cierto que Clariá y Palau eran socios propietarios de la imprenta de La Neotipia por haber aportado parte del capital que sirvió a fundarla, lo era asimismo que la forma de funcionamiento de la entidad creada con aquel dinero no era exactamente la que debe considerarse como necesaria para calificarlos de patronos. A esto sin duda se debió que ellos se negaran a acatar el fallo de Arte de Imprimir, fallo que, por otra parte, venía de perillas a la Empresa del diario radical para que su partido midiera sus fuerzas con las de una organización que amenazaba ser un peligro para la hegemonía política que hasta entonces venía detentando.

La negativa de la empresa de *El Progreso* a despedir a Clariá y a Palau, a pesar de haber sido expulsados de la entidad por considerarlos patronos, dió lugar a que los demás obreros se declararan en huel-

ga por solidaridad con los acuerdos tomados por la entidad, y a que Palau y Clariá, para justificar que en *El Progreso* sólo trabajaban obreros asociados, crearan después una entidad amarilla con los obreros que reclutaron y que entraron a trabajar en la imprenta del diario. Pero como hemos señalado ya, la razón que justificara el planteamiento de la huelga había pasado a segundo lugar, pues el primero lo ocupaba, como el mismo Emiliano Iglesias declaró, la cuestión de principios.

¿Quién triunfaría? Era por entonces

una incógnita, incógnita que se resolvería a favor de los trabajadores. Arte de imprimir, más tarde o más temprano, triunfaría. Todo era cuestión de resistir. Y que así lo comprendió la clase trabajadora catalana, lo demuestran los acuerdos de la Asamblea Regional celebrada el día 21 de marzo, cuyas resoluciones ya conocen los lectores. Además, el curso de los acontecimientos lo demostrará cumplidamente a su tiempo.

Angel PESTAÑA



Cimientos de nobleza

Madera, de Arthur Kolnik



... tal es el grito de los hambrientos y de los prisioneros y torturados de la Indochina

HAMBRE. REPRESIÓN. He aquí los dos problemas que me proponía estudiar sobre el terreno, cuando me decidía a emprender mi viaje a Saigón.

La represión y el hambre parecíanme los dos aspectos más graves y también los más reveladores de la ferocidad, de la incuria, de la absoluta indiferencia del Gobierno francés en Anam, hacia la miseria del pueblo.

La misma noche de mi llegada, hallábame cenando en Cholon, ciudad china que dista de Saigón cinco kilómetros, en compañía de algunos jóvenes anamitas. Todos habían sido más o menos perseguidos; tres de ellos, acababan de salir de la cárcel, tras muchos meses de prisión preventiva. Como yo inquiriese de ellos la causa, me respondieron:

—¿La causa?... Pues que queremos ser hombres libres; que comprendemos el francés y leemos las obras de ustedes; que defendemos a nuestros compatriotas... Todo esto es la causa de nuestras persecuciones. En Indochina, no hay que hacer grandes cosas para que lo encierren a uno: basta una palabra, basta un gesto que no sea del agrado de nuestros dueños. ¡Usted no puede imaginarse cuánto arriesgamos sólo por el hecho de cenar con usted esta noche! Pero, en fin, esto no tiene importancia. ¡Sufrimos tanto!...

El que me habla, escoltándose, va poco a poco elevando el tono de su voz. Uno de sus compañeros, asisténdole del brazo, murmura:

—Calla... ¡Si nos oye alguien!...

Y quedamos en silencio.

Yo observo a estos hombres jóvenes. Dos de ellos han salido enfermos de la cárcel en que entraron

sanos y fuertes. Su enfermedad se llama tuberculosis.

Difícilmente —me ha dicho uno de ellos— se imaginará usted lo que nos han hecho padecer en «La Sûreté». A mí me colgaron por los pies y derramaron aceite de pescado en mis narices; me hundieron el pecho a martillazos, a través de una arpillera para que no quedaran huellas y no pudiera quejarme después con pruebas. A mi compañero le sometieron al suplicio de la electricidad: dos hilos colocados en la reja que le arrastraban brutalmente hasta herirle; después de haber sido electrocutado una veintena de veces.

Muchos de los que han pasado por esto quedaron impotentes o están afectados de enfermedades nerviosas.

Me inspiraron profunda conmiseración estos pobres anamitas, a quienes no volvería ya a ver. A la mañana siguiente, debía tomar el tren para Vinh.

Los proletarios en Indochina

Mi permanencia en Indochina será demasiado breve —un mes, a lo sumo— para que tenga yo tiempo de verlo todo. Por eso, sólo me limitaré a estudiar estos tres problemas: 1.º, el proletariado indígena; 2.º, el hambre, y 3.º, la represión política. Sobre ello nada diré que no haya visto o de lo que no tenga pruebas.

Desde luego, afirmo que el proletariado anamita —obrero o campesino— es el más desdichado y el

más odiosamente explotado de todos los proletarios del mundo.

He conversado con estos trabajadores, a través del intérprete que me acompaña. Y me han explicado que ganan en piastras un jornal equivalente a una peseta o 1'50. No hay para ellos ninguna ley sobre seguro de trabajo, ningún seguro social. En las plantaciones, se hace firmar a los obreros un contrato por el que se entregan por dos o tres años. Si, a fuerza de malos tratos, logran escaparse, se les persigue, se les apresa, se les propina 50 ó 100 latigazos y quedan condenados a dos, tres o cuatro meses de cárcel. Falta decir que estos períodos de cárcel los cumplen en la plantación misma y que su tiempo no cuenta a los efectos de duración del contrato.

En cambio, si el obrero cae enfermo, se le despide sin indemnización de ningún género.

He visitado una fábrica de Indochina, explotada

—No se pueden juzgar las cosas desde aquí desde un punto de vista europeo. Estos hombres trabajan, por término medio, diez horas. En cuanto a los salarios, varían poco: de 1'25 a 1'50 pesetas, como media; y crea usted que tienen de sobra. Esta gente no siente necesidades: comen un plato de arroz, y eso es todo.

—¿Tiene usted trabajando mujeres o niños?

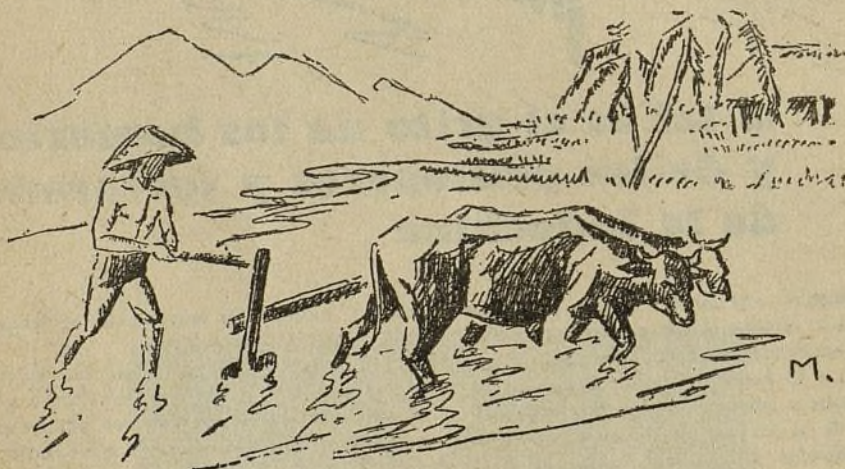
—Sí; las mujeres ganan alrededor de 75 céntimos; los niños, 40 ó 50 céntimos (1).

Lo que acabo de oír me asombra en grado tal, que mi interlocutor lo advierte, y repite:

—Ya le digo que estas cosas no se pueden considerar tras un prisma occidental. Estas «bestias de carga» no pueden compararse con el obrero europeo.

Nada arguyo. Quiero averiguar más, si es posible. E inquiero:

—¿Reglamentación de trabajo?



por un francés: fué la fábrica de cerillas de Ben-Thuy. Y he aquí los apuntes tomados en mi visita:

El dueño de la fábrica me recibió amablemente; era un hombre de treinta y cinco años, gordo, de mirada viva.

—Esta fábrica —me dijo— es propiedad de mi familia, desde hace tres generaciones. ¡Cómo han cambiado los tiempos!...

Yo desvié la conversación hacia el punto que me interesaba.

—¿Cuántos obreros tiene usted?—dije.

—Ahora —me respondió—, poco más de ciento cincuenta. Desde la crisis hemos tenido que reducir la mano de obra. Además, que cuanta menos gente, tanto mejor se la vigila. El año último, yo tenía mil obreros, pero despedí a la mayoría a raíz de los motines de Vinh y también tras las manifestaciones de Primero de Mayo pasado.

—¿Qué pedían?

—Esta gente no sabe lo que quiere... Jornada de ocho horas..., aumento de jornal... ¡barbaridades!

—¿Cuántas horas trabajaban? ¿Cuánto ganan?

El director se encuentra un tanto embarazado y, antes de contestarme, se cree en el deber de observar:

—Somos nosotros quienes la establecemos. Pero hay un inspector. Es muy amable y entiende esto perfectamente.

—¿Existe aquí el seguro de accidentes?

—No. Y es un bien; estas gentes no comprenden nada de eso.

—Así, pues, ¿no existen pensiones para los mutilados, para los enfermos?

—No; pero yo me cuido de dar a los accidentados importantes un pequeño socorro.

Al regresar al hotel, charlamos un poco el intérprete y yo. Yo le manifesté mi extrañeza de que no haya aquí ni siquiera Sindicatos de defensa de los trabajadores.

El intérprete arguye:

—¿Y cómo habían de fundarlos si carecen de derecho de reunión?

Y es cierto. Estos desdichados no tienen más derecho que el de dejarse explotar, si no quieren morir de hambre. Y, cuando, ¡pacíficamente!, tratan de

(1) Todas estas cifras las damos en equivalencia española, al tipo medio corriente.

manifestarse, los fusiles y las ametralladoras de la Legión se encargan de aniquilarlos.

El hambre en el Norte de Anam

La palabra «hambre» no dice gran cosa a nuestra imaginación de occidentales. ¿Sabemos, por ejemplo, lo que es un departamento francés, o una región española, muriendo de hambre a consecuencia de una mala cosecha? En ese departamento, en esa región, hay carreteras, hay ferrocarriles; las víctimas podrían ser avitualladas. Esto es evidente. Y así, cuando me hablaban del hambre del Norte de Anam, yo no podía decidirme a ubicar esta región, a pesar de los mapas, en una comarca totalmente carente de las vías de comunicación y, además, casi inaccesible. ¿Cómo creer que una provincia situada a siete horas de ferrocarril y a 4 ó 5 kilómetros de auto de Hanoi, puede morir de hambre? El sentido común repele esto.

Sin embargo, el sentido común falla. Porque hay 200.000 anamitas que tienen hambre. 20.000 han muerto de esta terrible plaga en el transcurso del verano y mueren a cientos cada día y sé que en los tres meses próximos morirán otros 40.000. Hemos buscado las razones de este azote. Y hemos encontrado que el Gobierno francés tiene en ello gran parte de responsabilidad.

En el Norte de Anam se vive bajo un clima demasiado brusco. Intensos calores en el estío; períodos de sequía; tifones; frío. El arroz necesita para su crecimiento estar en agua, pero que lo fecunde el sol. Estas circunstancias no se encuentran siempre reunidas en tales regiones. Y las cosechas son malísimas.

Ahora bien. Esto, ¿no podría remediarse? Sí, porque el hambre no es un hecho inaudito, nuevo. Es algo crónico en el Norte de Anam. No se trata, pues, de nada que pueda sorprender. Y bastaría con fundar un sistema de irrigación de campos. Pero, como siempre que se trata de indígenas, las autoridades francesas no se preocupan mucho.

Para llegar a Vinh en automóvil he pasado por Hué, y he ido contemplando poco a poco cómo se agravaba la miseria. Al detenernos en cierto pueblo para reponer gasolina, una verdadera turba de mendigos se acercó y rodeó nuestro coche. Todos espantosamente esqueléticos; llevándose la mano a la boca, nos hacían señales de que tenían hambre.

Después, al borde del camino, vimos dos cuerpos tendidos. Descendí del auto y me acerqué a ellos: era un hombre y una mujer; jadeaban; traté de socorrerlos, les ofrecí dinero, pero no se atrevieron a tomarlo; me miraban con los ojos vacíos, la boca abierta. A través de sus harapos veíanse sus cuerpos descarnados. Los huesos de los codos y los hombros perforábanles la piel... Van a morir hoy mismo; su martirio acabará así. Tiemblo pensando que habrán vivido (!) así durante meses. Y no me decido a partir. Pero... ¿no puede hacerse nada por ellos? ¿no se les podría llevar al hospital más próximo?

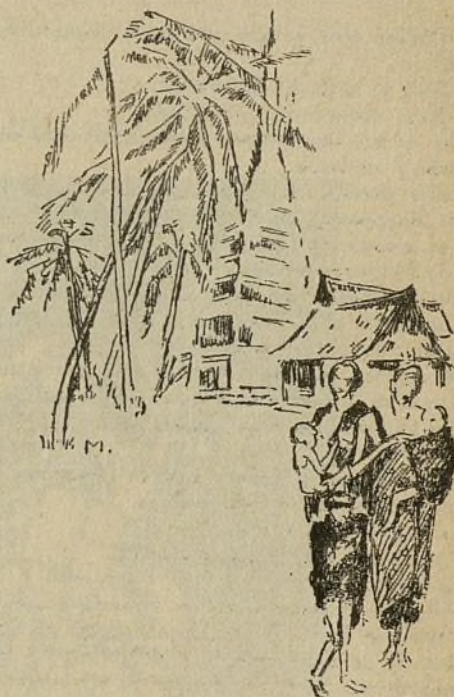
No. Los hospitales no admiten más hambrientos. Vuelvo a subir al auto. Es la primera vez que veo

cosa tan inmundicia: seres humanos que mueren de hambre.

Y no puedo menos de pensar en estos hoteles franceses, edificadas en el mismo centro del hambre, en que se sirven dos platos de viandas, tres de legumbres y dos postres.

La mañana del primero de diciembre he asistido a la última distribución de arroz. He aquí la copia de los apuntes que tomé aquel día:

«Salimos a las siete de la mañana el enfermero



anamita del hospital de Vinh y yo. Por el camino, el enfermero me fué explicando lo que eran las distribuciones de arroz.

»En cierta ocasión, el hospital de Vinh se vió asediado por los hambrientos; al principio se creyó que se trataría de algunos centenares, y el médico del hospital hizo que le entregaran algunos sacos de arroz y anunció su distribución para el día siguiente. Al día siguiente se presentaron 5.000 individuos. Entonces se advirtió que el problema de los hambrientos era serio. Se hicieron exploraciones en el campo y se averiguó que semejante azote se hallaba muy extendido. Millares de hombres se morían de hambre. El Gobierno se inquietó: no había crédito previsto para la compra de arroz. Afortunadamente, hubo iniciativas particulares; los periódicos iniciaron suscripciones y pudieron instalarse treinta centros en la provincia de Vinh, de los que cada uno, por término medio, distribuía arroz a mil hombres. Pero los hambrientos eran 200.000. Esto explica la enorme cifra de mortalidad.

»Pero, por fin, las Cajas de socorro quedaron exhaustas y el Residente de Vinh decidió suprimir las distribuciones. Así, pues, la última de éstas fué la que yo presencié.

»Fué a unos veinte kilómetros de Vinh. Unos doce individuos de diferente edad y sexo esperaban. Como no podían tenerse en pie, hallábanse tendidos o sentados y formando grupos. Todos tienen en la mano su sombrero de paja, donde se les vierte la medida de arroz (la medida es un bote de leche condensada vacío). Después de la distribución se quedan inmóviles, como si no se decidieran a marchar. Las miradas se vuelven todas hacia mí. ¿Qué esperan?... Me dirijo a los notables del pueblo y pregunto:

»—¿Saben ellos ya que esta es la última distribución?

»—No; no se les ha dicho nada.

»—Sería conveniente advertírselo.

»Uno de mis interlocutores avanza hacia estos desgraciados y les habla.

»Nadie protesta; nadie dice una palabra. Se levantan silenciosos y marchan hacia los campos. Muchos se tambalean. Dos viejos y tres mujeres caen para no levantarse más.

»Nos marchamos de allí; por el camino, cruzamos con grupos silenciosos, que se apartan a un lado de la carretera para dejarnos pasar.

»Al regresar, mi acompañante el enfermero quiere enseñarme un Convento de religiosas. Pese a mi material repugnancia, accedo, porque se trata de otro centro de reparto de arroz.

»—Llegan ustedes tarde —nos dice la hermana—; nuestra distribución ha terminado ya.

»La superiora, al vernos, dice:

»—...Pero si quieren ver el hospital.

»La seguimos.

»—En este momento —nos va diciendo— aquí no hay más que hambrientos. Llegan por la mañana, después de un camino de 30 ó 40 kilómetros, que recorren durante la noche. Llegan en tal estado de extenuación que ni siquiera tienen fuerzas para comer. Siempre hay entre ellos diez o doce que apenas llegan a tiempo de morir aquí.

»Atravesamos una sala y otra. Sobre lechos de bambú, formas humanas bajo una sábana. La hermana las descubre: son esqueletos, espantosos, con los vientres fofos, «desinflados»...

Las prisiones políticas en Indochina

Las provincias de Vinh y de Habyñ, situadas al Norte de Anam, a 300 kilómetros de Hanoi, son las más miserables de la Indochina.

Un tifón o un período de sequía sepulta en el hambre a esta región que podría parecer la más rica de Anam, con sus arrozales inmensos. Pero tres cosechas malas, consecutivas, han sumergido al país en la más horrenda miseria. 20.000 hombres han muerto de hambre y 200.000 no comen sino media ración, con lo que apenas pueden arrastrarse por las calles, sujetándose con las manos los vientres hincha-

dos. Nadie, pues, se extrañará de que los desórdenes sociales abunden entre una población tan desdichada. Y la represión ha actuado con la consabida violencia.

El 13 de septiembre, el Residente de Vinh fué advertido de que muchos millares de hombres se preparaban a venir a manifestarse en las calles de la ciudad. Y el Residente no titubeó en ordenar que dos aviones bombardearan a la inofensiva multitud. Hubo 200 muertos. Los que lograron escapar fueron aprehendidos en su mayor parte. Las prisiones de Anam rebosan desgraciados de éstos.

He visto una de estas cárceles, situada a 50 kilómetros de Vinh: la cárcel de «Phu-Dieu».

El «Tri-phu» (subprefecto indígena) me recibió a la entrada de la ciudadela. Y me dijo:

—No verá usted aquí a los presos políticos más importantes. Los caudillos no están aquí, sino a disposición de «La Sûreté»; aquí no tenemos más que a los elementos de la masa: obreros que han hecho huelga el Primero de Mayo, campesinos que han pedido que bajen los impuestos, etc.

Yo le oigo sin sorprenderme. Porque no ignora que en el Anam un huelguista es castigado con dos años de prisión, y todo aquel que reclama algo, queda inmediatamente en una celda. Pero hablemos de la cárcel de «Phu-Dieu».

Un hedor infecto os envuelve al entrar. En cada uno de los tres pabellones que se ofrecen a la vista, hay 200 presos, unidos por los pies mediante anillos sujetos a su vez a una larga cadena.

A medida que mis ojos se acostumbran a la oscuridad, voy descubriendo rostros macilentos, cuerpos cubiertos de llagas...

Muchos de ellos tienden hacia mí sus manos juntas. ¿Qué imploran?

Así pregunto al intérprete que me acompaña. Uno de ellos responde al intérprete, en voz baja, y con vivos ademanes. Mi acompañante me traduce así:

«—Dice que no pueden lavarse y por eso todos tienen gálico u otras enfermedades de la piel; dice que no saben por qué se les castiga; que siempre han pagado los impuestos; que la disenteria los extenua y que no se les permite salir de aquí a evacuar sus necesidades. (Cada uno, en efecto, tiene junto a sí un bote de hoja de lata, que no pueden vaciar más que una vez al día.) Dice también que los guardianes los maltratan. (Con un gesto rápido, uno de los presos aparta los harapos que lo cubren y yo veo en su espalda y en sus hombros grandes señales violáceas.) Dice que tienen frío; que cada noche y cada día son muchos los que mueren, aquí mismo, encadenados, entre sus compañeros...»

Un poco más allá, veo un muchacho.

—¿Qué edad tiene?—pregunto.

—Doce años.

—¿Por qué está aquí?

—Sus padres han sido ejecutados como comunistas. Entonces lo detuvieron también a él y está condenado a seis meses de prisión.

He podido sacar una foto de este preso de doce años, mientras que, a petición mía, era trasladado a la enfermería por un soldado.

Al otro extremo, ¿qué es lo que se ve allá, en una especie de caja? Me acerco. Es que aquí se ha encerrado a las mujeres. Estas mujeres tienen de doce a diecisiete años y están condenadas a dos de prisión. ¿Qué han hecho? Al parecer, serían como agentes de enlace.

En los otros pabellones la misma miseria, la misma decadencia física. Creería encontrarme en una leprosería, si los leprosos fueran tratados tan mal.

Y aun me cuesta trabajo creer —me costará siempre— que estos seres no hayan cometido más crímenes que el protestar contra su miseria. Y hay millares, como éstos, en las cárceles de Anam. Los anamitas han esperado siempre en la protección oficial; pero la protección oficial no se ha hecho para los miserables.

Pierre HERBART

CONFERENCIAS DE LA PAZ



El que más podría decir, pero nunca es consultado

La transfusión de la sangre del cadáver al hombre vivo

EL cadáver ha sido en todas las épocas de la Humanidad venerado y respetado con exceso. Las leyes de todos los países civilizados prohíben las operaciones sobre el cadáver antes de las veinticuatro horas que siguen al último suspiro. Y a buen seguro, nunca hubiese sido posible el aprovechamiento de la sangre de los muertos si en el mundo no se hubiesen producido conmociones sociales que han hecho variar el concepto religioso del culto a la muerte.

Se dice, no sin razón, que el hombre «es el único animal que venera a sus muertos». Y esta actitud de respeto hacia los desaparecidos, toma asiento en el doble sentimiento: de miedo y de ignorancia en lo que espera al hombre en el más allá. La Humanidad empezó a temer a sus muertos cuando, vencida la tendencia antropofágica, canibalesca, se arrepintió de haber luchado con sus mismos familiares y haberles dado muerte. Si, como dice Freud, Dios es el representante de nuestro primer padre, es lógico que el hijo, al haber cometido el asesinato en la persona de su progenitor, se arrepintiese y empezara la veneración al desaparecido, tanto para evitar la acción vengativa que pudiese partir del padre, como para que sirviese de expiación a la culpa del asesino.

No ha sido posible al anatómico, hasta muy entrada la Edad Moderna, el estudio del cadáver. Muchos descubrimientos anatómicos fueron realizados sobre animales, tales como los perros y los monos. Gran adelanto para la ciencia fué el poder arrancar de la tenaza de la Iglesia el permiso para ejecutar libremente la disección de los muertos. La cirugía dió un gran paso hacia su perfección, si bien no pudo dar todo su rendimiento, hasta conocer y dominar dos cosas más: el dolor del enfermo y la infección de las heridas.

Modernamente, en nuestros días quirúrgicos, nos encontramos por un lado con la amplia libertad que goza el cirujano para

llevar a la práctica todas las operaciones de técnicas complicadas y muchas veces atentatorias para la vida del paciente, y, por paradoja, les está prohibido la utilización para fines científicos del cuerpo de los muertos, no pudiendo trabajar sobre ellos hasta pasadas las dichas veinticuatro horas; tiempo suficiente para que se modifiquen o se infecten todos los órganos del cadáver. Perdiéndose, por lo tanto, muchas posibilidades de estudio, así como el ampliar el horizonte de la terapéutica; y, una prueba de ello, es el tema que estamos comentando; y otra, los primeros anuncios que nos ha traído la prensa política sobre los experimentos de trasplante de órganos enteros del cadáver al ser vivo.

La Medicina ha llegado en la actualidad al dominio de multitud de fenómenos biológicos, que le colocan al lado de la mejor ciencia que pueda poseer la Humanidad; y una de las conquistas efectuadas a costa de sudores y desvelos, ha sido la transfusión de la sangre. En la vida corriente se encuentran los médicos con muchos casos que a consecuencia de grandes traumatismos o de ciertas complicaciones morbosas, se producen en los individuos estados de anemia aguda, en que ha sido tanta la sangre perdida que la vida es imposible. Pues bien; para salvar a estos enfermos se ha de recurrir, en forma apremiante, a la inyección de sangre de otros individuos. Pero en la práctica corriente se ve que para realizar la transfusión sanguínea con éxito se necesita gran cantidad de sangre, y que no todos los individuos sirven para hacer de dadores. El hombre científico, después de muchos estudios y ensayos ha llegado a clasificar a la Humanidad en cuatro grupos sanguíneos; hay un grupo en que todos los individuos clasificados en él pueden recibir sangre de todos los hombres; otro, en que todos ellos son capaces de darla también a todas las personas; éstos se denominan dadores univer-

sales, mientras que los clasificados en los dos restantes sólo pueden recibir sangre o dárla a determinadas personas. Al mismo tiempo, se hace obligado que el individuo que se preste a dar su sangre esté en condiciones perfectas de salud, pues si padeciese alguna enfermedad ha de ser rechazado. Por esto que al considerar la cantidad de individuos que están afectos de uno de los dos azotes de la Humanidad: tuberculosis o sífilis, se comprende que en los grandes centros quirúrgicos se encuentren con insuperables inconvenientes al no poder prodigar la transfusión y tenerla que limitar, tanto en sus indicaciones como en la cantidad de sangre que se ha de inyectar.

Es por todo lo anteriormente escrito, que Sergio Judine, jefe del servicio quirúrgico del Hospital de Cirugía de Urgencia de Moscú, el mayor del mundo, se encontrase con muchos casos, ya de recién operados o de heridos, que dejaban de existir ante la imposibilidad material de practicarles la transfusión. El servicio andaba escaso de dadores, se había dado el caso de sangrar dos veces en una semana a un dador, operación altamente perjudicial para su salud.

Judine conocía los experimentos hechos sobre animales por el profesor ruso Schamoff. Este cogía perros y los desangraba; cuando ya no le salía más sangre de la vena cortada, les hacía un lavado de las arterias y venas, hasta el momento en que suponía que la cantidad de sangre que había quedado en el animal sólo era el 10 % de la que poseía en la normalidad; en esta situación el perro estaba irremisiblemente condenado a morir. Entonces extraía de un perro muerto por él unas horas antes, toda la sangre, la cual era inyectada al animal que había sido desangrado, y, con sorpresa de todos, éste volvía inmediatamente a la vida, sobreviviendo largamente al experimento.

Schamoff, hablando con Judine, le indicó como al único médico para poder llevar a cabo la experiencia, con todo éxito, en el hombre. Por tener, en el servicio del Hospital de Urgencia, casos de individuos traumatizados que se morían a consecuencia de la lesión sufrida, una fractura de la base del cráneo, por ejemplo, en los que la sangre de ellos era apta para ser transfundida al vivo. Y además,

porque en el servicio había gran cantidad de operados o de heridos en que la inyección de sangre era un problema de vida o muerte. Judine, influenciado por Schamoff, y hondamente preocupado por la carencia de dadores, decidió a la primera ocasión que se le presentase probar en el hombre lo que había dado resultados tan satisfactorios en el animal. Y la ocasión no se hizo esperar. Le llevaron al hospital a un ingeniero que había intentado suicidarse dándose un corte en el pliegue del brazo, y que a consecuencia de él había perdido toda su sangre. El estado del herido inspiraba seria inquietud; ordenó que le fuese dado suero fisiológico en gran cantidad, pero no obtuvo ninguna mejoría. Viendo Judine el estado casi agónico del suicida, se acordó que tres horas antes había muerto un anciano a consecuencia de un colapso cardíaco, y sin pensar en la responsabilidad que le podría caber si fracasaba en su intento, mandó que fuese traído el cadáver del anciano al quirófano, procediendo con toda asepsia a la extracción de la sangre almacenada en la vena cava (vena abdominal de tamaño muy grande), la que era recogida en un recipiente que contenía citrato sódico, que impide la coagulación de la sangre; y ya una vez en posesión del líquido vital, lo inyectó en una vena del suicida, viendo, con gran alegría y emoción, que a los pocos minutos éste volvía a la vida, recordando el conocimiento y regularizando sus funciones.

Ya desde aquel momento, Judine trabajó de lleno para llegar a subsanar todas las deficiencias de una transfusión hecha del cadáver al vivo. Tales como saber el grupo sanguíneo a que pertenece el cadáver y el enfermo, excluir cuidadosamente la posibilidad de que la sangre contenga microbios infectantes y en especial de sífilis, etc. Para poder hacer todo esto con cuidado era necesario que la sangre se pudiese guardar sin que perdiese sus propiedades. Después de estudios muy cuidadosos, Judine llegó a la conclusión de que es posible el mantener en una nevera a 1° durante veinticinco días la sangre del cadáver, sin que perdiese su vitalidad.

Desde aquel día en el Hospital de Urgencia de Moscú hay un gran stock de sangre dispuesta a ser inyectada a la pri-

mera ocasión; de esta manera los enfermos se benefician de la transfusión sin limitación de ninguna clase, llegándose a salvar multitud de ellos que antes eran condenados irremisiblemente a morir.

La fábula del vampiro se ha cumplido: la sangre de los muertos cura a los enfermos.

En ningún país civilizado del globo se ha repetido el experimento. Todos llevan auestas el culto a la muerte.

El derecho de los inanimados es superior al de los vivos.

Día llegará en que un gran vendaval de revuelta libre a todos los hombres de las cadenas de la religión y del prejuicio atávico.

Antes de la resurrección de los muertos está la de los vivos.

F. DURAN JORDA



¡Criad hijos... para el cielo!

Apuntes para una estadística confederal

II

OLIVOS Y ACEITES DE ESPAÑA

DE entre todas las producciones agrícolas de nuestra nación, es la olivarera la más importante, así como también la más típica y genuina, pues de ella obtenemos aceites y aceitunas para el consumo nacional, quedándonos aún sobrantes en tal cuantía, que con ellos somos los principales abastecedores de los mercados mundiales, donde gozan de gran fama nuestros aceites puros naturales y las incomparables aceitunas de mesa.

Los olivares que hay en España, según la última estadística (del año 1931), ocupan una extensión de 1.911.199 hectáreas, en cuya cantidad no figuran muchas plantaciones nuevas, efectuadas durante los últimos años, que se irán incluyendo en la estadística a medida que vayan haciéndose las revisiones en los trabajos catastrales; contando con este aumento, no suponemos exagerado admitir que la extensión cultivada con olivos en nuestra nación, sea ya, en números redondos, de dos millones de hectáreas; como la superficie mundial dedicada al olivo es de unos cuatro millones de hectáreas, resulta que aproximadamente tenemos en España tanta superficie de olivar como entre todos los otros países del mundo reunidos, y ello con la ventaja de que prodigamos al laboreo de los olivares más cuidados que en los demás países, por lo cual son de incomparable hermosura y producción aquellos que están en las zonas de favorable desarrollo, como ocurre, entre otros, con los de Martos (Jaén), Orgiva (Granada) y los de la «Tierra de Barros» (Badajoz); en esas comarcas están, sin duda alguna, los mejores olivares del mundo, cosa que ignoran muchos españoles y la debieran aprender, pues llena de satisfacción a cuantos sienten cariño por la patria el saber que España ocupa ese puesto de primacía mundial, no sólo por la cuantía de olivares, sino también por la calidad de ellos, y esta verdad interesa pregonarla para deshacer la equivocación, que por ignorancia de la realidad o por malicia, se ha sostenido tanto tiempo, sobre todo en el extranjero, atribuyendo a Italia esa primacía. Proclamemos en alto la verdad y hagamos constar que España tiene los mejores olivares del mundo y en tanta extensión, aproximadamente, como reúnen entre todos los demás países olivareros.

En los últimos años del siglo inmediato pasado y los que llevamos del actual, ha experimentado el olivar español un aumento tan grande, que en algunas provincias, como las de Castellón y Badajoz, se ha duplicado. Según las estadísticas, en el año 1895 había en España 1.123.081 hectáreas, y en 1931 la extensión era de 1.911.199 hectáreas, resultando un aumento de 788.118 hectáreas, lo que representa, con relación a la superficie de 1895, una variación del 70 por 100 en más, durante treinta y seis años.

Hay posibilidad de continuar aumentando todavía, en gran cuantía, los olivares de España, pues son muchos los terrenos de condiciones adecuadas que pueden ponerse con olivos; pero ello dependerá de la orientación que para el futuro marquen los Gobiernos; los que han regido los destinos de España, durante el siglo anterior y lo

que va de éste, poco han hecho para fomentar el cultivo del olivo, si bien han dejado libre la iniciativa particular, gracias a la cual se ha logrado crear esa riqueza tan grande, aunque sin norma técnica alguna, por lo cual, en todas las zonas olivareras hay una *mezcolanza grande de variedades de olivos, puestas a capricho, sin la previa determinación de sus condiciones vegetativas y de producción aceitera*, cuyo estudio hubiera servido para adoptar, en cada caso, las más convenientes; así resulta que los olivares españoles muestran, en todas las comarcas, el sello típico de la imprevisión con que se formaron. Pero debemos pregonar muy alto esto, ya que así es más admirable que nuestra riqueza olivarera sea la primera del mundo y debemos añadir que aun podrá, en ese puesto, elevarse más.

ACEITE

Corresponde este nombre genérico, en rigor de verdad, solamente a la *grasa procedente de las aceitunas*, que son los frutos de los olivos; resulta impropio aplicarlo a otras grasas y conviene mucho a los olivareros y a los intereses generales de nuestra nación, evitar el equívoco, ya que siendo el aceite la mejor de las grasas, entre todas las de origen vegetal, interesa que jamás se confunda con las otras, pues en ello iremos siempre perdiendo.

El aceite se halla completamente formado en las aceitunas, y cuando están maduras y sanas, reúne las mejores condiciones para la alimentación; por ser esto de indudable certeza y por resultar que cuando el aceite se estropea nadie ha sido capaz de devolverle la bondad primitiva, es de la mayor importancia obtener los aceites naturales de las aceitunas maduras y sanas, procurando que la elaboración de esos aceites sea esmerada, para no estropearlos; los aceites así obtenidos son los mejores por todos conceptos para la alimentación y se distinguen fácilmente de entre los demás por su especial aroma, tan característico a fruto fresco.

Cuando no se hace con el debido esmero la elaboración, o las aceitunas no están sanas, los aceites pierden sus buenas cualidades naturales, quedando para siempre defectuosos; y tan descuidada puede haberse hecho la elaboración, o tan dañado el fruto utilizado, que los aceites resulten con tales defectos que sean impropios para la alimentación, cosa bastante frecuente por desgracia y que podría remediarse fácilmente, con gran beneficio para la producción nacional.

Esos aceites, que por haber perdido sus buenas condiciones naturales salen tan malos que resultan impropios para la alimentación, pueden modificarse mucho sometiendo a diversos tratamientos físicos o químicos para quitarles los principales defectos, pero bien entendido que jamás se logra devolverles su primitiva bondad.

Los aceites así arreglados son los que impropriamente se llaman aceites refinados, que como se desprende de lo dicho anteriormente, son siempre de calidad inferior, con relación a los aceites naturales bien elaborados.

PRODUCCION DE ACEITE

La cosecha media anual del mundo, según las estadísticas, es aproximadamente de 7.500.000 quintales métricos de aceite; en España, la producción media anual, durante el quinquenio 1925-29, ha sido de 4.149.629 quintales métricos, con lo cual resulta que en nuestra nación se obtiene el 55 por 100 de la producción mundial; es decir,

algo más de lo que se cosecha en el resto del mundo, que sólo alcanza al 45 por 100, concordando esto con lo que indicábamos al tratar de los olivares, que decíamos tenía España casi tanta superficie dedicada al cultivo del olivo como entre todos los demás países reunidos y con la ventaja de ser mejores, por lo cual producen más.

La nación que nos sigue en importancia de producción aceitera es Italia, cuya cosecha media no llega ni a la mitad siquiera de la que nosotros tenemos, siendo curioso observar que, en condiciones normales, entre las dos provincias más olivareras de España (Jaén y Córdoba) producen más aceite que Italia; respecto a la importancia que se ha supuesto durante mucho tiempo a Francia, baste decir que su cosecha media es inferior a la que se obtiene en la provincia de Badajoz, que ocupa el cuarto lugar entre las provincias olivareras españolas.

Para juzgar el orden que en importancia olivarera tienen las provincias de España, tomamos los datos estadísticos correspondientes a la cosecha de 1925-26, pues fué de una regularidad muy marcada en todas ellas y de cuantía global bastante aproximada a la media del decenio 1920-29, que fué de 3.600.000 quintales métricos, por lo cual refleja bastante bien la proporcionalidad que les corresponde, la cual puede apreciarse en el cuadro siguiente:

ESTADO COMPARATIVO DE LA PRODUCCION OLEICOLA ESPAÑOLA POR PROVINCIAS. COSECHA DE 1925-26

| PROVINCIAS | Hectáreas de oliviar | Producción de aceite en quin- tales métricos | Rendimiento en aceite de 100 ki- logramos de aceituna |
|---------------------|-------------------------|--|--|
| Jaén | 280.000 | 999.412 | 18'79 |
| Córdoba | 236.668 | 667.484 | 16'73 |
| Sevilla | 227.084 | 280.397 | 16'56 |
| Badajoz | 95.592 | 230.444 | 19'20 |
| Málaga | 80.267 | 152.434 | 18'66 |
| Toledo | 63.728 | 122.755 | 18'85 |
| Tarragona | 74.460 | 107.903 | 18'06 |
| Valencia | 42.495 | 88.439 | 16'06 |
| Granada | 50.983 | 82.351 | 16'98 |
| Ciudad Real | 66.196 | 62.194 | 21'97 |
| Cáceres | 35.802 | 49.057 | 16'81 |
| Lérida | 78.905 | 45.128 | 21'01 |
| Zaragoza | 16.670 | 45.008 | 20'77 |
| Murcia | 32.970 | 35.666 | 17'59 |
| Huesca | 16.801 | 33.293 | 21'86 |
| Alicante | 22.500 | 28.861 | 16'87 |
| Cádiz | 23.389 | 27.652 | 14'60 |
| Castellón | 32.875 | 24.320 | 24'38 |
| Huelva | 18.368 | 24.284 | 14'79 |
| Ávila | 9.123 | 21.610 | 14'48 |
| Navarra | 9.414 | 18.675 | 21'30 |
| Madrid | 20.490 | 16.524 | 17'— |
| Albacete | 13.235 | 15.838 | 21'39 |
| Girona | 13.854 | 14.436 | 14'98 |
| Guadalajara | 26.621 | 14.393 | 14'86 |
| Suma y sigue | 1.583.879 | 3.208.458 | » |

| PROVINCIAS | Hectáreas de olivar | Producción de aceite en quin- tales métricos | Rendimiento en aceite de 100 hi- logramos de aceituna |
|--------------------------|------------------------|--|--|
| Suma anterior | 1.583.879 | 3.208.458 | » |
| Teruel | 28.455 | 13.288 | 18'06 |
| Cuenca | 19.395 | 12.945 | 16'70 |
| Palma de Mallorca | 22.625 | 12.612 | 24'10 |
| Barcelona | 8.720 | 11.461 | 17'15 |
| Salamanca | 5.502 | 8.905 | 11'73 |
| Almería | 3.948 | 5.910 | 21'49 |
| Logroño | 5.833 | 1.317 | 17'28 |
| Alava | 480 | 366 | 15'90 |
| Zamora | 196 | 248 | 14'20 |
| Orense | 104 | 182 | 21'10 |
| Lugo | 110 | 76 | 13'25 |
| TOTALES | 1.679.247 | 3.275.768 | » |

Al tratar de la riqueza olivarera, hicimos resaltar el hecho de que la extensión cultivada con olivos, en España, había tenido un aumento del 70 por 100 en los treinta y seis años últimos; pero con ser tan importante ese avance, en lo referente a cuantía del olivar, no concuerda con lo que en igual período de tiempo se ha logrado aumentar la producción en aceite, pues en ésta hemos rebasado mucho de la proporcionalidad indicada, según muestran los datos siguientes:

| Quinquenios | Producción media anual de aceite |
|----------------|----------------------------------|
| 1895-99 | 2.135.185 quintales métricos |
| 1900-04 | 1.880.741 » » |
| 1905-09 | 1.961.985 » » |
| 1910-14 | 2.132.960 » » |
| 1915-19 | 3.105.313 » » |
| 1920-24 | 3.032.353 » » |
| 1295-29 | 4.149.629 » » |

Si nos referimos a los dos quinquenios extremos, que ambos corresponden a períodos de buenas cosechas, tenemos para las producciones medias anuales respectivas:

| | |
|------------------------------|------------------------------|
| Quinquenio de 1895-99 | 2.135.185 quintales métricos |
| » 1925-29 | 4.149.629 » » |
| Aumento obtenido | 2.014.444 » » |

Este aumento representa el 94 por 100 de la cantidad correspondiente al primer quinquenio.

Vemos, pues, que desde 1895 hasta la fecha, hemos aumentado los olivares en un 70 por 100 y la producción aceitera en un 94 por 100, siendo ello prueba elocuente de lo que hemos progresado mejorando el cultivo de los olivos, debiendo advertir que, como son muchas las plantaciones nuevas que todavía no han llegado a plena producción, esa proporcionalidad tendrá que seguir aumentando, máxime si las circunstancias del futuro, en la parte agrosocial, permiten, como es de esperar, que

sigamos mejorando el cultivo de los olivares, y de ser así, no consideramos lejana la fecha en que la cosecha media anual de aceite en España llegue a los cinco millones de quintales métricos.

CONSUMO DE ACEITE

El principal consumo del aceite que cosechamos en España se hace dentro de la misma nación; según la estadística hecha por la Dirección General de Comercio y Abastos, la cantidad anual de aceite comestible gastado en España es de 2.600.000 quintales métricos, que representa un consumo por habitante y año de 11,8 kilogramos.

Como la producción media anual de nuestra nación se eleva, según los datos del quinquenio 1925-29, a 4.149.629 quintales métricos, resulta que gastándose en la alimentación nacional la cantidad indicada de 2.600.000 quintales métricos, nos queda un sobante de 1.549.629 quintales métricos para destinarlo a la exportación.

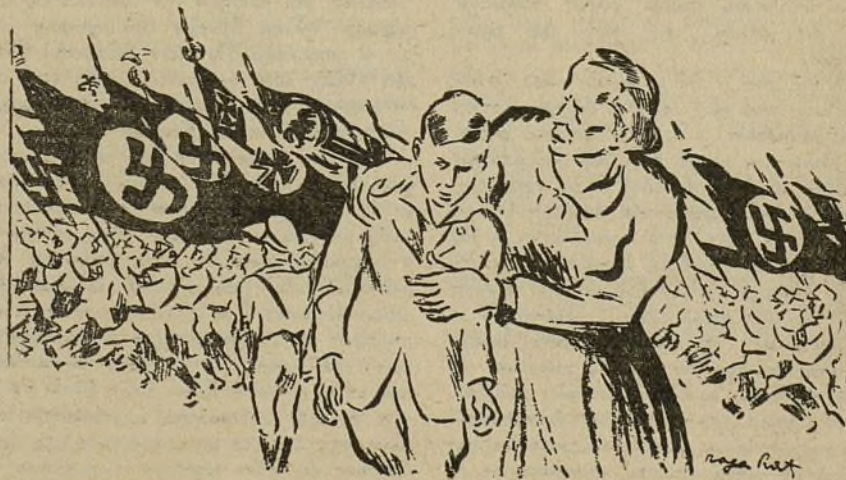
Según los datos de la Dirección General de Aduanas, la exportación habida en los dos últimos años, ha sido:

| | |
|--|------------------------------|
| Año 1930 | 1.069.027 quintales métricos |
| » 1931 | 938.586 » » |
| Exportación media anual en este bienio ... | 1.003.806 » » |

Resulta, según los datos anteriores, que la exportación es deficiente y pueden intensificarse los trabajos de propaganda para aumentarla, sin temor a que pueda determinar escasez para el consumo en el mercado nacional.

UN INGENIERO AGRONOMO

LA HORDA PASA...



—No vuelvas la mirada, hijo mío.

Consultorio sociológico de ORTO

PREGUNTA: Desearía formarme una biblioteca de temas sociales. ¿Podrían indicarme el orden de lectura de los libros necesarios y sus títulos?

RESPUESTA: Es imposible responder eficazmente a esta pregunta sin conocer la disposición individual, los estudios y conocimientos hechos y adquiridos anteriormente y otras circunstancias (bibliotecas frecuentadas, medios de adquisición de libros, conocimiento de lenguas extranjeras —francés o inglés, al menos—, etc.); sin conocer, en fin, en qué grado y en qué dirección se encuentra el preguntante a este respecto.

Los caminos que pueden servir para llegar al estudio de las ideas sociales son múltiples: unos individuos comienzan por la literatura de propaganda más elemental; otros se sienten atraídos por la crítica y el conjunto de nuevas ideas que encuentran en determinada obra de tal autor famoso; otros, entregados a ideologías antisociales, prevenidos en contra, escépticos en cuanto al verdadero progreso a que el idealismo social aspira, necesitan mucha documentación histórica y económica para convencerse del inculcable crimen que se comete contra el pueblo oprimido y explotado, que realiza esfuerzos gigantescos para enderezar este entuerto.

Pero aun el que es un convencido y participa de estos esfuerzos debe continuar sus estudios, tanto por proseguir la labor de investigación general sociológica e histórica —lo que le permitirá encauzar mejor el propio esfuerzo— como para estar siempre al corriente de lo que producen los elementos de otras situaciones sociales, lo que, bien le confirmará en sus mismas ideas, o bien le permitirá modificarlas, si encuentra una valiosa crítica de ellos.

Así, el estudio continúa siempre, como continúan la ciencia, la investigación, el trabajo, el esfuerzo; y la evolución misma puede aconsejar el abandono de lecturas que antes nos parecieran avanzadas.

En cuanto a mí, que, a mi avanzada edad, estoy bien lejos de los libros que, en otro tiempo, fueron útiles para mi iniciación, y que no conozco personalmente los libros que sirven hoy para iniciaciones semejantes, sobre todo en español o en traducciones españolas de fácil adquisición en librería, no soy el más indicado para decir cosas útiles a los lectores de una revista española. Pero nadie ignora que ha habido siempre, y hay hoy de una manera más ostensible, lo que llamaríamos —empleando la fórmula más correcta— un socialismo para autoritarios (para aquellos que aceptan el principio de autoridad, sea porque le atribuyen un valor positivo, sea porque se resignan, sea porque no saben más) y un socialismo para hombres progresivos (para los que sienten la libertad como esencial elemento en la vida intelectual, moral, social y no pueden aceptar un sistema autoritario cualquiera que sea, ni aunque

fuese un socialismo que pretendiera aliviar con instituciones autoritarias los sufrimientos sociales). Yo soy de estos últimos, y los consejos que yo pudiera dar, en contestación a esta pregunta, tendrían este fin. No faltan ciertamente direcciones para llegar al socialismo autoritario, porque en muchos países (sin hablar de Rusia) los socialdemócratas y los comunistas fundaron escuelas y clases de partido, con estudio gradual de los libros iniciadores y con publicaciones indicadoras de las obras recomendables existentes. En el sentido de una educación hacia el socialismo administrativo y municipal, electoral y gobernante, ya en noviembre de 1891, *The Fabian Society*, de Londres, publicó *What to read*, con 30 páginas, aumentado a 62 en octavo en la quinta edición en octubre de 1910 y, es de creer, que renovado en ediciones recientes, con listas por materias de libros ingleses y americanos compuestos con esmero, celo y competencia, y en vista al fin de crear un socialismo gobernante que reine sobre la plebe inculta.

Si en tales publicaciones la literatura libertaria parece nula y apenas es mencionada más que por los escritos destinados a combatirla, en realidad no es nula totalmente; en 1897, el que esto escribe pudo publicar una *Bibliografía de la Anarquía* (en francés), que era un libro en noveno, de 294 páginas, con prefacio de Elíseo Reclus (editado en Bruselas), que simpatizaban con las ideas, aun sin hallarse totalmente identificados. Hoy día, yo mismo encontraría muchas omisiones en aquel libro y, de ponerlo al día —desde 1897 a 1933— su contenido quedaría duplicado, por lo menos. Habría que añadir volúmenes acerca de las especializaciones, desde el sindicalismo hasta la expresión de las ideas libertarias en el arte y la literatura.

Existe, por ejemplo, un volumen de 247 grandes páginas —*Free Speech Bibliography*— compuesto por el americano Theodore Schroeder (Nueva York, año 1922), que no contiene más que la literatura referente a persecuciones por ideas independientes, especialmente en los Estados Unidos.

Para dar consejos en este sentido, sería preciso estar al corriente de las ciencias que continuamente se difunden y profundizan en nuestra esfera intelectual; de esas ciencias que saben romper los átomos y comprobar que son ellos pequeños mundos con potencialidades desconocidas de esas ciencias que saben demostrar que el sistema solar no es más que un átomo de ese género que forma parte de un universo más amplio; de esas ciencias investigadoras que saben marchar hacia atrás, hacia los tiempos de más en más prehumanos, relacionando hombres con animales; de esas investigaciones que descubren los orígenes de todas nuestras instituciones y creencias tradicionales; de esas excursiones históricas, cada vez más documentadas con trabajos de geografía

económica, de estadística inteligentemente interpretada, etc., etc.

Todas estas ciencias están tan en el centro de las nuevas investigaciones, que los que en ellas trabajan, los más competentes, no se interrumpen para sacar el balance, para resumir los resultados, porque saben que, de un día a otro, lo resumido podría resultar incompleto, inexacto y hasta erróneo.

Por estas razones es por lo que esos grandes libros que nacen al nacer una nueva ciencia, resultan raros cuando la investigación comienza; porque nos creemos saber bastante de esa ciencia nueva, completándola con hipótesis, profecías y presentimientos; pero, continuando en su estudio, vendremos a la consecuencia de que era muy poco lo que de tal ciencia conocíamos. Claro que hay siempre manuales, recopilaciones, epítomes; pero éstos no llaman tanto la atención de los neófitos como los primeros grandes libros de cualquier rama de ciencia.

Incurriremos en grave error si creyésemos que los primeros trabajos socialistas notables allanaran todos los obstáculos, dejaron expeditos los nuevos caminos y establecieron resultados definitivos. Esto es posible en materia de religión, en que las fantasías cosmogónicas y los resúmenes de preceptos morales de un profeta han de ser aceptados como algo inmutable por los creyentes de los siglos futuros. En ciencia, un pequeño hecho nuevo puede subvertir de hora en hora el más hermoso sistema. Los escritos socialistas, trátase de Marx, trátase de Proudhon, no pueden ser considerados al mismo tiempo como trabajos competentes en ciencia económica y como presentación de verdades definitivamente adquiridas.

Cuando se relee a Darwin se admira su trabajo situándose en su tiempo, pero se sabe bien que setenta años de investigaciones posteriores han impreso sus huellas sobre casi todas las observaciones, hipótesis y conclusiones darwinianas. Y no hay por qué creer que no ocurra lo mismo con Marx, Proudhon, Kropotkin y todos los demás pensadores socialistas. En socialismo todo es relativo y los pensadores que podrían explicar mejor su situación presente son los que, por multitud de razones, no podrían hacerlo de una manera objetiva.

Resulta, pues, que no nos atrevemos a recomendar nada, al no tener la certeza de que el lector sepa no tomar los consejos *ad pedem literæ* y sepa aplicar su espíritu crítico a todo cuanto lea.

«Crítico» no quiere decir solamente «escéptico»; la crítica debe ser también aplicación de los conocimientos sólidos y recientes y, al mismo tiempo, conocimiento del tiempo y de las circunstancias que han acompañado a la aparición de tal o cual libro. Si se lee *El Capital*, de Marx, o *La conquista del Pan*, de Kropotkin, o un trabajo económico de Proudhon, es preciso saber darse cuenta de muchas co-

sas que han contribuido a la formación de las ideas dominantes de estos libros. Y antes de sacar una enseñanza de ellos de actualidad, hay que pensar en mucho de lo sucedido desde la composición de estos escritos. Realizar este esfuerzo crítico no es imposible, ni siquiera difícil.

Antes de la formación de una biblioteca y de un plan metódico de lectura, debería, a mi juicio, procederse a una lectura amplia, copiosa, de libros generales en el orden histórico, literario y cultural; naturalista, geográfico, sociológico y económico; una lectura destinada a obtener un fondo de experiencia que haga posible la crítica. Es ésta una fase educativa indispensable, sin la cual no puede haber una verdadera independencia ante los escritos de aquellos a quienes la propaganda ha consagrado como maestros. Sin ella, sólo se puede llegar a ser un creyente convencido, no un pensador libre. Así, todos los hombres de amplios horizontes han leído lo más que han podido, desde su primera juventud, y ello, a veces, venciendo grandes dificultades, mientras que hoy los libros, por su abundancia, están al alcance de cualquiera.

Un lector, atraído por nuestras ideas, primero procederá a la historia de las conmociones políticas y sociales, revoluciones de campesinos y grandes revoluciones; y no dejará de seguir los horrores del fanatismo, las persecuciones y las guerras religiosas. Leerá la historia del progreso, del trabajo y de la ciencia, descubierta por los espíritus libres. Se familiarizará con la historia socialista, con las utopías y con las conmociones; con las grandes personalidades y con los numerosos mártires. En el curso de estos trabajos, irá aprendiendo por los diarios, revistas y folletos, cuáles son los libros notables de esta variación del socialismo que le interesa.

Ahora bien; ¿se limitará a no leer más libros que éstos? Entonces, se convertirá en hombre de partido y en adelante sus jefes le recomendarán lo que debe leer y lo que no debe leer; o se convertirá él mismo en jefe.

Si esta perspectiva no le agrada, se quedará en lector de todas las cosas interesantes y sacará de ellas buen provecho. Procurará conservar siempre los libros socialistas de todas las especies, que se pierden, y que las generaciones socialistas futuras querrán encontrar. Aunque será demasiado tarde, pues ya actualmente son muchos los escritos inencontrables o poco menos.

Yo no sé dar otra respuesta, a no ser que remita al preguntante a los catálogos de tantos editores, en que el lector y el coleccionista encontrarán tantas obras de valor y de autores bien conocidos. En cuanto a los desconocidos, hará bien en tomar nota de ellos, pues el estudio ha de proceder del conocido más o menos importante al más desconocido.

M. NETTLAU

Notas de libros

Veinte cuentos breves de una nueva moral, por A. de Carlo. (Ediciones Tor, Buenos Aires.)

Si podemos citar un punto, respecto del que los críticos de todos los tiempos y de todos los idiomas hayan mostrado un raro acuerdo común, este punto —de, repito, inusitada convergencia— ha sido el género, más bien, la especie literaria que se llama *cuento*, al considerarlo como el más difícil, por técnica y espíritu, en razón de la angostura que el cuento supone, como obstáculo a la expansión literaria.

Pero, si el cuento, genéricamente, es de peligrosa ejecución, de selección delicada, de tacto hiperagudo, específicamente el cuento *social* —tanto o más que la *poesía social*—, por su misma índole adjetiva, es una superación de dificultad y riesgo.

El primero de estos *Veinte cuentos de una nueva moral* —esa joya que se titula «Círculos de responsabilidades»— basta para situar a su autor en la fila de los vencedores.

Claro que el lector común de cuentos, que suele ser un buen burgués que arbitra la manera de facilitar sus funciones digestivas y en vez de tomar a Trueba tomó, por confusión, a De Carlo, quedará decepcionado a la primera línea; pero su decepción no será imputable al cuentista sino al «pequeño sociólogo», o al gran sociólogo de «pequeña sociología», que va en él. En cuanto a nosotros, la desilusión de ese buen burgués nos da un motivo más para el elogio de este libro, que sale a la luz respondiendo a una necesidad indiscutible: la de alternar la lectura doctrinal con la lectura amena, sin precisión de recurrir a las colecciones *blancas* y *azules* de cuentistas y novelistas internacionales.

El híbrido del hombre y el mono, por Alfonso L. Herrera. «Cuadernos de Cultura», Madrid, Apartado 454.

El título que encabeza esta nota corresponde al número 82 de «Cuadernos de Cultura». Conociendo el valor inestimable de esta publicación quincenal, puede muy bien decir que *El híbrido del hombre y el mono* es un «Cuaderno de Cultura» más. Porque, en tal caso, la expresión no sólo pierde su acepción peyorativa, sino que encarna una significación de exacto encomio.

Alfonso L. Herrera, director pensionado de Estudios Biológicos de Méjico, forma, con Albert Calmette, Elías Ivanoff y Howel S. England, un cuadro de profundos investigadores, entusiastas e infatigables.

Guiados por el doble afán de reconstruir el proceso evolutivo de la especie humana, desde un plano noblemente materialista, y pronunciar el mentís definitivo a las nefandas tradiciones religiosas, se han dado a la empresa de la fecundación del antropoide por el hombre actual (fecundación científica,

impregnación artificial, que no supone la realización de ningún acto monstruoso, ni siquiera repugnante) y, paulatinamente, piedra sobre piedra, van edificando su triunfo que ha de ser, simultánea y fatalmente, el más rotundo fracaso, el más estrepitoso derrumbarse de toda la mampostería míticobiológica, cimentada en la acumulación secular *interrumpida* de absurdas exégesis, interesadas y tendenciosas, y burdas leyendas, elevadas por la necesidad colectiva a la categoría de dogmas.

Si se tiene en cuenta, limitándonos sólo a la experiencia occidental, que los éxitos del profesor Herrera y sus amigos representan la quiebra del catolicismo y de todas las religiones cifradas en el Génesis, en el *Biblon próton* del primer Testamento, fácil será traducir cuál haya de ser la índole de la lucha que estos sabios han venido sosteniendo y sostienen aún contra la ofensiva o la resistencia pasiva de la reacción universal, que, de buena gana, restablecería las hogueras que la «santa» Inquisición encendió para sus sabios contemporáneos.

Pues bien. La historia de esta lucha, la relación de las victorias logradas, a despecho de todos y de todo, intercalada entre lo doctrinal, lo científico y lo perceptivo del problema, tal es el contenido de este «Cuaderno de Cultura».

El profesor Herrera ha podido obtener prodigiosas combinaciones de fotografías que precisan las diversas fases evolutivas de la hibridación del hombre y el mono, combinaciones que, reproducidas, avaloran el texto de este volumen, cuyo interés culmina en su capítulo final que trata de «Cómo debe procederse para obtener el híbrido», capítulo que es el producto de una larga, concienzuda y entusiasta etapa experimental.

T. T.

2 «Cuadernos de Cultura»

La magnífica serie de estos cuadernos ha publicado últimamente —números 85 y 86— una obra del catedrático Enrique Rioja, amplia, documental y divulgadora, sobre el mar y sus habitantes.

En el primer cuaderno (*Los pobladores del mar*, Enrique Rioja. «Cuadernos de Cultura») estudia, explica mejor dicho, Enrique Rioja la riqueza de las aguas marinas y la variedad de seres que en ellas viven.

Y en el segundo (*Fauna y flora marinas*, Enrique Rioja. «Cuadernos de Cultura») continúa la enseñanza sobre la vida en los arenales, los bosques sumergidos y demás fenómenos marinos.

Obra perfecta, de gran utilidad, que está tan bien escrita como documentada. Estos cuadernos son tan completos dentro de su trazo sintético que nos permiten el conocimiento a grandes rasgos de la ciencia del mar.

ALVARO ARAUZ

GRÁFICAS REUNIDAS.-Grabador Esteve, 19, Valencia

B I B L I O T E C A

ORTO

Dirección: Apartado de Correos 454, MADRID

- EL SINDICALISMO (Historia-Filosofía-Economía), por *Marín Civera*.—3 pesetas.
- PATERNIDAD VOLUNTARIA (Guía práctica de los medios para evitar el embarazo), por *Hildegart*.—2 pesetas.
- PLAN FINANCIERO QUINQUENAL DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, por *José López Tomás*.—5 pesetas.
- TEATRO DE MASAS, por *Ramón J. Sender*.—2 pesetas.
- JESUITISMO Y MASONERIA (Dos ideales opuestos), 250 páginas, por *Matías Usero Torrente*, ex sacerdote misionero católico.—4 pesetas.
- SEXUALISMO REVOLUCIONARIO (Amor libre), magníficamente presentado, por *E. Armand*.—2'50 pesetas.
- COMO ACTUABAN LOS BOLCHEVIQUES EN LA CLANDESTINIDAD (traducción directa del ruso por *A. Nin*), *Krasin*, *Bogomòlov*, *Guerchanòvich*.—4 pesetas.
1945. EL ADVENIMIENTO DEL COMUNISMO LIBERTARIO (Una visión novelasca del porvenir), por *Alfonso Martínez Rizo*. 2 pesetas.
- LA ULTIMA VICTIMA DE LA INQUISICION (El maestro de Ruzafa, Cayetano Ripoll), por *Julio Noguera López*; ilustraciones de *Rivadulla*.—2 pesetas.
- PERVERSIONES SEXUALES (El instinto sexual y sus manifestaciones mórbidas), por el *Dr. Benjamín Tarnowski*. Con un extenso prólogo, traducción y láminas de la señorita *Hildegart*. Epílogo del *Dr. Havelock Ellis*. Con abundantes fotograbados, en couché, de todos los homosexuales célebres en la Historia.
- EL AMOR DENTRO DE 200 AÑOS, por *Alfonso Martínez Rizo*.—2 pesetas.
- COMO SE CURAN Y COMO SE EVITAN LAS ENFERMEDADES VENEREAS, por *Hildegart*. Con ilustraciones.—4 pesetas.
- EL PROLETARIADO ANTE EL SEXO, de *N. Tarassov*. (El derecho al aborto. El aborto legal y clandestino).—1 peseta.
- «EL CAPITAL», DE CARLOS MARX, AL ALCANCE DE TODOS, de *Carlo Cafiero*. Prólogo de *James Guillaume*.—2 pesetas.
- LIBERTINAJE Y PROSTITUCION (*Grandes prostitutas y famosos libertinos*), por *E. Armand*. Una obra sensacional acerca la influencia del hecho sexual en la vida política y social del hombre. Ilustrada con numerosos grabados y fotografías.—10 ptas.
- PROSTITUCION, ABOLICIONISMO Y MAL VENEREO, por el *Prof. Luis Huerta*. Una obra de palpitante actualidad para todo aquel que quiera enterarse del estado actual de la prostitución en España y en el mundo; la reglamentación, el abolicionismo, la trata de blancas, etc.—4 pesetas.
- EL COMUNISMO LIBERTARIO Y EL REGIMEN DE TRANSICION, por *Christian Cornelissen*. La organización de las industrias bajo la dirección de los Sindicatos obreros; distintas maneras de apreciar el problema monetario; la organización de la agricultura; justicia y policía en una sociedad comunista; el arte, la moral, etc, etc.—2 pesetas.
- LAS RELIGIONES DEL MUNDO DESENMASCARADAS, por *Matías Usero Torrente*. Un tomo de más de trescientas páginas, en las que el autor pasa revista y compara todas las religiones, a la luz de la ciencia y con un criterio modernísimo. Los grandes conocimientos del autor —ex sacerdote misionero católico— y su larga experiencia religiosa hacen de este libro algo indispensable en la biblioteca del hombre libre.—5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid

Ultimos **CUADERNOS DE CULTURA** publicados:

N.º **84.** **Cristó y su tiempo (Vida y martirio de un hombre libre)**

Por E. RUIZ ARTAJONA. Precio: 0'60 ptas.

N.º **85.** **Los pobladores del mar**

Por ENRIQUE RIOJA. - Precio, 0'60 ptas.

N.º **86.** **Fauna y flora marinas**

Por ENRIQUE RIOJA. - Precio, 0'60 ptas.

N.º **87.** **Georges Sorel (1847-1922)**

Por GAETAN PIROU - Precio, 0'60 ptas.

N.º **88.** **El psicoanálisis, ciencia del porvenir**

Por F. DURÁN JORDÁ. - Precio: 0'60 ptas.

**Una obra reciente
y de gran interés documental**

F. O. R. A.

**Ideología y trayectoria del movimiento
obrero revolucionario en la Argentina**

por Diego Abad de Santillán
prólogo de Juan Lazarte

Precio: 3'50 ptas.

Un libro de más de 300 páginas en el que el conocido militante D. A. de Santillán estudia minuciosamente los fines, alcance y desarrollo del movimiento obrero en la Argentina.

Pídalo a BIBLIOTECA "ORTO", Apartado 454, MADRID
o en cualquier quiosco o librería

7 *Noviembre*
pta.